

Penúltimos

33 POETAS DE ARGENTINA
(1965-1985)



Penúltimos

33 POETAS DE ARGENTINA
(1965-1985)



SELECCIÓN Y PRÓLOGO
EZEQUIEL ZAIDENWERG

Textos de Difusión Cultural
Serie Antologías



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura
México, 2014

Primera edición: octubre de 2014

D.R. © De los poemas: los respectivos autores.

D.R. © De la compilación y el prólogo Ezequiel Zaidenweg

D.R. © 2014, Universidad Nacional Autónoma de México
Coordinación de Difusión Cultural / Dirección de Literatura
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán, 04510 México, Distrito Federal

Ilustración de portada: Carmen Amengual

Diseño de portada: Bonobos Editores

ISBN: 978-607-02-6041-4

ISBN de la serie: 968-36-3756-6

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Todos los derechos reservados.

Impreso y hecho en México

PRÓLOGO

Al presentar un libro como éste, el recopilador suele incurrir en una sobrejustificación que busca excusarse mediante disquisiciones terminológicas más o menos sutiles, y con diferentes grados de éxito, de la imposibilidad de la tarea. Así, en líneas generales, se presentan dos posibilidades. Por un lado, quienes confíen en la autoridad de su gusto personal o en la fuerza de un programa estético explícito le darán a su libro el rótulo de “antología”. Como lo indica el significado etimológico de la palabra, que en griego quiere decir “selección de flores”, no bien cortado el ramillete en cuestión comenzará a ajarse, y al antólogo sólo le quedará esperar que algunas corolas permanezcan erguidas unos segundos más que otras. Por otra parte, quienes pretendan arrogarse cierta objetividad le pondrán a la selección el nombre de “muestra” y, como la enfermera que les extrae sangre a sus pacientes con una mezcla de firmeza y suavidad, a menudo silenciarán, bajo la engañosa asepsia de una radiografía de época, un afán programático más o menos consciente.

Por mi parte, trataré de explicar los criterios que me guiaron (a tientas) en el aprendizaje, tan fascinante como abrumador, que fue la preparación de este volumen. El prin-

cial problema es, por supuesto, el criterio de selección, sobre todo cuando se opta por no dejarlo librado a los caprichos del propio gusto y, por ende, se lo expone a otras arbitrariedades, a menudo tan injustas como aquéllos, y casi siempre todavía más difíciles de prever y controlar.

Antes de fijar un criterio de selección, basado en categorías tan brumosas como la “calidad” o la “representatividad”, es necesario plantearse un orden. La mayoría de los trabajos como éste presentan un muestrario de autores ordenados por su año de nacimiento. Sin embargo, y si bien después de meditarlo largamente decidí acogerme a la norma, no se me escapan los problemas que ésta suscita, el principal de los cuales es lo antojadizo y poco representativo que resulta, en una selección que pretenda dar cuenta de una época, acogerse a este criterio rector y no, por ejemplo, al año de publicación del primer libro. Un caso palmario es, a mi entender, el de Mario Arteca, nacido en 1960 y por lo tanto excluido forzosamente de este panorama, al ser cinco años mayor que Fabián Casas, Beatriz Vignoli y Carlos Schilling, quienes dan inicio a esta selección. No obstante esto, Arteca publicó su primer libro, *Guatambú*, en 2003, trece años después del debut de Casas, por lo cual es muy discutible que se pueda juzgar contemporáneos a ambos autores, sobre todo si se tiene en cuenta que para entonces Casas ya había publicado la casi totalidad de su obra poética. Además, Arteca es a mi entender no sólo uno de los poetas más interesantes de su “generación” —concepto, como se ha insinuado ya, no por bíblico menos equívoco—, sino también una figura que quizá se vuelva insoslayable para comprender la poesía por venir.

Resignado al catálogo tradicional que ordena a los poetas según el año de su nacimiento, me propuse la quimera de una selección “ecuánime” que dejara de lado afectos o antipatías personales e intentara visibilizar escrituras poco promovidas que considero importantes, sin restarles lugar a otras

sólo por el hecho de haber sido publicitadas con insistencia. De modo que, más que un elenco de “raros”, o un intento por desestabilizar el “canon” de la poesía nacional —que, como veremos, es tradicionalmente inestable—, me propuse ser representativo, intentando reflejar el espectro más amplio posible de tendencias que configuran el campo poético argentino, aunque éstas cuenten con un único representante “raro”, como la poesía experimental de Carlos Ríos, el formalismo pop de Carlos Schilling o el inquietante mundo al que dan vida los poemas de Eduardo Aimbinder.

Por supuesto, ser ecuánime es imposible. En primer lugar, porque si bien me interesa muchísimo la poesía argentina y trato de estar al día en mis lecturas, mi biblioteca mental tiene lagunas considerables. Aunque leí y releí todo lo que pude, con el terror constante de que tal vez estaría cometiendo una injusticia tras otra, estoy seguro de que podría haber duplicado o triplicado las (muchísimas) horas que le dediqué a esta tarea, y aun así habría incurrido en las mismas faltas. Amén de mis limitaciones personales, la abrumadora mayoría de los proyectos editoriales se concentran en Buenos Aires (y, en menor medida, en Rosario, Córdoba y Bahía Blanca), lo cual hace muy difícil que los autores de otras zonas del país se den a conocer. Eso explica que predominen en este libro poetas nacidos en las provincias centrales de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba, y que muchos de los que provienen de otras regiones estén ahora radicados en la capital o en alguna de las ciudades más grandes del país.

Si, aun así, uno quiere seguir participando de la bella ficción de la representatividad, además del reparto geográfico es necesario tener en cuenta otros criterios, como el género (el plan original del volumen preveía casi el mismo número de varones y de mujeres), que a menudo a la vez que combaten una injusticia propagan otra. ¿Es justo, sin ir más lejos, que entre dos personas igualmente “calificadas” (otra entelequia,

lo sé), se elija incluir a una sólo porque es mujer, aunque esto responda a una saludable búsqueda de equidad?

Por otra parte, sólo es posible distanciarse del propio gusto hasta cierto límite, y esto irremediamente conduce a injusticias. En ocasiones, me obligué a elegir a algunos poetas, por considerarlos representativos, en desmedro de otros, más cercanos a mis preferencias estéticas. Otras veces, mis propios prejuicios me llevaron a excluir ciertas tendencias de las que una muestra que se planteara como único objetivo la representatividad no podría haber prescindido. Un lector avisado notará, por ejemplo, que los herederos más identificables del neobarroco brillan por su ausencia, aunque podrían encontrarse algunas reverberaciones de esa línea en la poesía de Aníbal Cristobo o en la de Francisco Garamona, si bien enrarecidas por la lectura de John Ashbery, una influencia de cuyo feliz maridaje con aquella tendencia ya daba cuenta el uruguayo Roberto Echavarren en esa genial operación de prensa que fue *Medusario*. Esa muestra pionera reunía un conjunto, muy rico y dispar, de —en su momento poco visibles, y ahora debidamente canonizadas— escrituras latinoamericanas, comúnmente identificadas con el sonoro y borroso mote de “neobarrocas” o “neobarrosas”, que en aquel entonces sirvió de reivindicación pero que, al institucionalizarse, opacó la riqueza y la diversidad de esta constelación de poéticas. A mi entender, en consecuencia, quienes continuaron practicando esta estética por lo general se limitaron a reproducir la doxa, sin llevar a cabo una crítica, al nivel de la forma, de la tradición recibida.

En cualquier caso, el principal problema tiene que ver con la *actualidad* del material. Tratándose de autores vivos con obras en proceso, aún no operan los diversos filtros, más o menos arbitrarios, que hacen que, de cada generación, la posteridad no aficionada al trabajo de archivo sólo conozca un puñado de nombres. Además, estamos frente a poéticas

en desarrollo, lo cual dificulta su valoración, en especial en el caso de los más jóvenes. A este respecto, las itálicas a comienzo de este párrafo aluden a la obsesión de nuestra cultura por lo actual, la juventud, lo nuevo, que sin duda tiene raíces mucho más profundas que el peculiar estrato geológico que ocupa la poesía, pero que no dejan de atravesarlo. Ejemplo de esto es la proliferación y difusión de antologías de poesía joven en los últimos veinte años (*El manantial latente* y *Divino tesoro* en México, *Poesía en la fisura*, *Monstruos* y *30.30* en la Argentina), ante la comparativa escasez de rescates de autores orillados por el canon.

Aun más difícil que atrapar el presente es asir el futuro, aunque ambos esfuerzos, al fin, sean reinenciones. El problema es que, por la falta de nitidez de sus materiales, esas cartografías de lo “nuevo” ofrecen menos resistencia a los prejuicios y afanes programáticos —conscientes o no— de los compiladores, de modo que a menudo el mapa que resulta es esquemático: por militante en los casos más intencionados, o por turístico, en aquellos en que la fascinación nubla la mente y proyecta en ella el espejismo de la imparcialidad.

En consecuencia, y aunque comienzan a aparecer voces novísimas que exigen atención, decidí excluirlas y limitar el conjunto a autores nacidos entre 1965 y 1985, que en su gran mayoría han publicado al menos dos libros. El objetivo, como he venido esbozando hasta el momento, era trazar un panorama de la poesía argentina de los últimos veinte años, lo más representativo y plural que mis lecturas me permitiesen. El título, *Penúltimos*, responde a esa inasibilidad de lo actual de la que hablaba. De todos modos, no ignoro que, como intento de justificación, es poco menos que el equivalente de subir el puente levadizo y cebar una piara de cocodrilos en preparación para un ataque nuclear.

Para terminar con las justificaciones, diré que, de forma inevitable, todo intento de escapar del programatismo es de

alguna manera programático, y aun más si es deliberado. En consecuencia, este trabajo no pretende esquivar los debates que se han suscitado en los últimos años en la poesía argentina, sino que dialoga conscientemente con ellos y hasta se atreve a formular una hipótesis propia. Y aunque fue concebido para un público mexicano, quisiera que este libro fuera leído también en mi país. De todas maneras, antes de desarrollar esa hipótesis, ya implícita en la selección, sería oportuno ofrecerle al lector mexicano una somera contextualización que le permita comprender no sólo esos debates, sino una serie de particularidades de la poesía argentina, a través de un contraste con la mexicana. Para ello, quisiera enfocarme en dos problemas, uno literario y otro político: la relación con el canon y la tradición; y las reacciones poéticas al neoliberalismo y al resquebrajamiento de ese paradigma.

* * *

En general, el lector mexicano no recibe demasiada información sobre la poesía producida al otro extremo del continente. Al parecer, y mal que les pese a los más celosos defensores de nuestra áspera patria, Chile, cuya tradición poética —tal vez con justicia— cuenta con muchos más representantes conspicuos en el hemisferio norte, no nos ha ganado solamente el pujante mercado de los vinos, sino también el más humilde de los versos. En México se conoce a Borges, por supuesto, pero más como ensayista y narrador, y se tiene noticia de los poetas alguna vez difundidos por Octavio Paz (Alejandra Pizarnik, Roberto Juarroz, entre otros). La obra completa de Héctor Viel Temperley, un rescate relativamente reciente en la propia Argentina (publicada por Ediciones del Dock en 2003), fue editada en 2008 por Aldus. De autores más jóvenes, se han publicado selecciones de Fabián Casas y Washington Cucurto. A este último lo editó el sello El billar de Lucrecia, que también

publicó a Laura Lobov, residente alguna vez de la Ciudad de México. Otros nombres, como los de Laura Wittner, Martín Gambarotta, Sergio Raimondi, Martín Rodríguez y Mariano Blatt, son conocidos en ciertos grupos de poetas, en razón de algún viaje, por haber coincidido en festivales, o a través de la simple lectura en Internet.

Si se guía por su propia tradición, el lector mexicano tal vez imagine que Borges, en calidad de “escritor nacional”, ocupa en el canon un lugar análogo al de Octavio Paz en su país. Esto es cierto en alguna medida: Borges, en su rol de ensayista y narrador, y a pesar de las críticas que hace tiempo lo tienen como blanco, sigue siendo el máximo punto de referencia de la literatura argentina. Sin embargo, su poesía no goza de la misma popularidad, sobre todo entre los poetas —quienes, dicho sea de paso, constituyen la casi totalidad del público de la poesía—, en particular entre los más jóvenes, que se ven desalentados por el carácter reflexivo y la preocupación formal de sus versos.

Sin embargo, esta falta de piedad filial es eminentemente borgeana. Nuestro eterno candidato al Nobel, que empezó su carrera literaria como poeta, construyó su poética temprana en oposición a la de Leopoldo Lugones, por entonces el poeta nacional. Esto contrasta de manera nítida con la actitud de Paz, que se mostró más respetuoso de sus mayores, gesto que la tradición poética mexicana ha tendido a reproducir. A la grandilocuencia modernista y los alardes técnicos de Lugones, un escritor que, según Borges, se empeñaba en “escribir con todas las palabras del diccionario”, le contrapuso la figura de un oscuro y humilde poeta del suburbio en su *Evaristo Carriego* (1930). Así, con oblicua malicia, Borges buscaba un antecedente de su propia poética de entonces, en consonancia con aquella idea, también típicamente borgeana, de que un escritor crea a sus propios precursores y no al revés, como parecería dictar el sentido común. Este gesto que invierte la cadena de

filiación encuentra su formulación más célebre y explícita en “El escritor argentino y la tradición”. En este ensayo, Borges se pregunta a qué tradición tiene derecho el escritor argentino, y tras examinar y refutar una serie de hipótesis corrientes (la tradición gauchesca, la hispánica, etcétera), concluye que el lugar periférico que ocupa la Argentina respecto de los centros de producción cultural le permite al escritor nacional hacer uso libremente de toda la tradición. Así, tal vez desde antes de Borges, pero de manera mucho más pronunciada a partir de él, la literatura argentina se muestra afecta a los márgenes y a los parricidios, y en consecuencia su canon, al repetirse periódicamente el gesto insurreccional borgeano, se asienta en una falla sísmica.

La comparación entre Borges y Paz, aunque en modo alguno alcanza para explicar las diferencias entre ambas tradiciones poéticas, resulta muy ilustrativa. El mexicano, ganador del Premio Nobel, tuvo una enorme gravitación en la vida pública mexicana, con fuerte injerencia en la política cultural de su país. Borges, ignorado por los albaceas del inventor de la dinamita, trabajó en una biblioteca municipal durante ocho años, hasta que el gobierno peronista, al que se opuso con encono, lo obligó a renunciar nombrándolo —muy borgeanamente— inspector de aves de corral. Luego, derrocado el peronismo, fue nombrado director de la Biblioteca Nacional por el gobierno militar de la autoproclamada Revolución Libertadora, donde trabajó dieciocho años hasta jubilarse. Su filiación conservadora y su relación con los gobiernos militares sigue inquietando a los intelectuales progresistas, a quienes en ocasiones les cuesta aceptar que un autor con un proyecto estético tan radical y refractario a todo autoritarismo del pensamiento haya manifestado esas ideas políticas. No obstante esto, Borges evitó participar directa y activamente en política, y siempre se mostró incómodo con su entronización en la oficialidad literaria.

Este contraste no se debe solamente a accidentes biográficos y a diferencias de temperamento. Desde la Revolución Mexicana existe una fuerte relación entre el Estado y los escritores, y además de los numerosos y bien dotados concursos de poesía —cuyos nombres (Gilberto Owen, Elías Nandino, Efraín Huerta) testimonian la menos problemática relación de la literatura mexicana con sus antiguas glorias—, funciona un poderoso aparato institucional para sostener la cultura, que fue instaurado durante el auge del neoliberalismo. El FONCA, cuyas becas y encuentros constituyen verdaderos ritos de pasaje para los artistas mexicanos, fue creado en 1988, durante la presidencia de Carlos Salinas de Gortari, mientras que la Fundación para las Letras Mexicanas, establecida en 2003, de hecho sustituyó a la Fundación Octavio Paz, que había sido instituida en 1998.

En cambio, la relación entre los escritores argentinos y el Estado es mucho menos estrecha. No existen casi premios literarios ni becas, y sólo se otorgan algunos subsidios, magros e infrecuentes, para la publicación de un libro o la concreción de un proyecto en particular. Podría decirse que la soledad del escritor argentino frente al Estado es casi total. Pero en esto no se cifra únicamente lo precario de su situación, sino que allí también reside buena parte de su fuerza y libertad.

No es éste, sin embargo, el lugar de discutir las relaciones entre apoyo oficial a la cultura y cooptación. Retomando el argumento principal, hacía hincapié en la relación entre neoliberalismo y cultura porque precisamente este libro recopila textos publicados en las décadas de 1990, 2000 y una fracción de la de 2010. Con esto no quiero decir que la poesía escrita durante esos años constituya un mero reflejo del espíritu de la época. De hecho, voy a sostener la hipótesis contraria. Pero ciertamente tanto la poesía argentina como la mexicana, por saturación o por ausencia, han tematizado y problematizado

las ramificaciones, tentaculares y asfixiantes, del orden neoliberal, así como la esperanza de su resquebrajamiento.

Mientras que *Monstruos* (2001), la antología de poesía argentina joven preparada por Arturo Carrera y publicada por el Fondo de Cultura Económica fue financiada por el Centro Cultural de España en Buenos Aires (CCEBA), desnudando aun más la falta de apoyo institucional que históricamente ha recibido la poesía en la Argentina, Conaculta auspició en México *El manantial latente* (2002), que reunía un contingente de poetas mexicanos publicados en los años noventa. Más allá de ciertas poéticas que desentonan en el conjunto, como las de Julián Herbert y Luis Felipe Fabre, un lector que llevara a cabo un examen de concordancias sobre el texto de la antología descubriría que, entre las palabras más recurrentes, aparecían “aire”, “agua”, “luz” y “palabra”, dando cuenta no sólo de las infatigables aspiraciones de pureza atemporal de los autores, sino también del ensimismamiento especular de una poesía que se complacía en la contemplación de sí misma, fiel a la tradición eternalista que describiría más tarde Eduardo Milán.

En la Argentina, la última generación poética que gozó de plena visibilidad, la llamada “generación del noventa”, que nuclea a autores que comenzaron a publicar en esa década e incluso en la siguiente, y que siguen al día de hoy en actividad, fue mucho más heterogénea de lo que parecieran indicar los esfuerzos críticos por reconstruirla, promocionarla e incluso canonizarla. Sin embargo, un rasgo común que la distingue de la poesía mexicana de la misma época —con la que, por otra parte, comparte un desinterés, a veces militante en el caso argentino, por los recursos alguna vez tradicionales del metro y la rima— es su preocupación, a menudo programática, por reflejar el espíritu de la época. Frente al auge neoliberal, contra la frivolidad de la política y de la vida pública y la destrucción de las instituciones, cuya risueña imagen trágica

fue la década presidencial de Carlos Saúl Menem (1989-1999) seguida de la farsa continuista de Fernando de la Rúa (1999-2001), una vía posible de resistencia era adoptar, irónicamente, esa frivolidad y desfachatez para denunciarlas.

Esta sensación de inmovilidad, de abrumadora sujeción a la experiencia del presente, se dejó sentir con fuerza durante aquellos años. Precisamente, Francis Fukuyama, uno de los ideólogos del orden neoliberal, no había tenido empacho en declarar el fin de la historia, y no faltó quien, en la Argentina, le extendiera un certificado de defunción a la lírica. En el caso argentino, al desatender la gran tradición de la lengua y al desconfiar, a veces de manera militante y programática, de todas sus herramientas y aparejos retóricos, y al concentrarse en reflejar una época deleznable para criticarla, es posible que, involuntariamente o no, muchos poetas hayan incurrido en una actitud tan inmovilista como la de sus pares mexicanos: en vez de proponer la eternidad de un pasado sublime, quizá estuvieran defendiendo la retransmisión infernal de un presente perpetuo.

Sin embargo, como suele suceder, la fuerza de los acontecimientos agitó con violencia el clima espiritual de estancamiento. En la Argentina, por más sospecha con que se la mire, si algo consiguió la década kirchnerista, puntuada por la presidencia de Néstor Kirchner (2003-2007) y los períodos consecutivos de Cristina Fernández (2007 a la fecha), fue reavivar en un sector considerable de la población, tras el colapso institucional de 2001, la esperanza de que quizá fuera posible cambiar la realidad a través de la política: en suma, desterrar la idea de que la historia estaba muerta.

En el caso mexicano, si acaso puede cifrarse simbólicamente un cambio de perspectiva en un hito histórico, el acontecimiento que devolvió a la historia la relevancia más urgente fue la guerra contra el narcotráfico. El conflicto, detonado por Felipe Calderón en su sexenio —que, de manera

paradójica, proporcionó una ilusoria pausa en el monólogo gubernamental septuagenario del PRI—, tuvo, como es sabido, cruentas consecuencias para la población civil.

Un importante grupo de la siguiente camada de poetas mexicanos, capitaneado por Luis Felipe Fabre, se alzó contra el eternalismo que percibía en la promoción anterior. Este grupo, entre cuyos integrantes se cuentan Óscar de Pablo, Paula Abramo, Minerva Reynosa, Maricela Guerrero y Rodrigo Flores Sánchez, desligándose de la influencia de Paz y prefiriendo el tutelaje de una figura menos central como Gerardo Deniz, buscó deliberadamente devolver la historia, así como en algunos casos el humor y la preocupación formal, a la poesía mexicana.

En la Argentina, sin embargo, y a pesar del inconsciente borgeano de sus intelectuales, la llamada “generación” o “poesía del noventa” no contó con adversarios jóvenes que cuestionaran explícita y orgánicamente su lugar desde la producción poética, si bien los poetas reunidos en torno a la revista *Hablar de poesía*, generalmente mayores que los noventistas, asumieron una fuerte posición crítica respecto de éstos. De hecho, en 2012 apareció una antología crítica, *La tendencia materialista*, que no escatimó esfuerzos argumentativos en canonizar a la generación del noventa, en virtud de un eficiente y tautológico mimetismo histórico. ¿Cómo leer esta aquiescencia? ¿La del noventa sería una década larga, con pretensiones de eternidad? ¿Habría muerto el viejo espíritu parricida? ¿La atracción gravitatoria kirchnerista habría imantado la figura del intelectual crítico hacia la órbita oficial? ¿Por qué, en una poesía cuyo valor residiría en su eficacia para reflejar la realidad, hay tan pocas huellas de un cataclismo histórico tan reciente como la dictadura?

Tal vez haya que buscar las respuestas puntuales a estos interrogantes no solamente en el plano de los contenidos sino también en el de las formas. Quizá lo que se lee como mansa

aceptación sea, en realidad, una protesta tácita, un silencioso intento por flexibilizar el paradigma militante instaurado en el campo literario por las vanguardias. O a lo mejor— y ésta es la primera parte de mi hipótesis—, la laboriosa construcción de la llamada “generación del noventa”, promovida por sectores de la academia y la crítica y por un puñado de poetas con un notable talento para la autopromoción, haya sido un error de perspectiva, un espejismo producto de la impaciencia de intentar capturar el tráfico aéreo del presente —que se mostraba, a la vez, como un futuro inamovible— armado de buenas intenciones y una red para cazar mariposas.

Sí, es cierto que la poesía de Washington Cucurto da cuenta de los procesos migratorios recientes, que han convertido zonas de la ciudad de Buenos Aires, como el barrio de Once, en verdaderos crisoles donde al ya tradicional aluvión de inmigrantes de países limítrofes (Paraguay, Perú, Bolivia) se suman contingentes caribeños, especialmente dominicanos, así como grupos provenientes de Asia (coreanos, chinos). Y es natural que esto concite, en Argentina, el interés de la crítica literaria de corte sociológico, y fuera de ella la fascinación de cierta *intelligentsia* biempensante siempre ávida de disimular su curiosidad exotista calzándose atavíos etnográficos. Sin embargo, una lectura de este tipo, ¿no empobrece las virtudes de la poesía de Cucurto? También es verdad que en su trabajo puede verse una saludable intención de integrar a la Argentina al concierto latinoamericano, del que durante tanto tiempo se mantuvo peligrosamente alejada. Pero señalar sólo esos méritos, ¿no implica distraer la atención del trabajo específicamente lingüístico, material, de la poesía de Cucurto, su oído privilegiado no sólo para las hablas populares, sino para recoger la tradición poética letrada del continente?

También es cierto que la poesía de Alejandro Rubio, otro de los más señeros autores del noventa, insiste en presentar paisajes suburbanos deliberadamente feístas, y que en este

gesto podría leerse la decadencia moral y la destrucción de las instituciones que trajo aparejadas el menemismo. Sin embargo, si nos quedamos sólo con su realismo sucio, con esos interiores de departamentos mohosos donde transcurren muchos de sus poemas, ¿no perdemos de vista la maestría de Rubio para modular diversos registros e inflexiones de la lengua castellana (e incluso de la inglesa)? ¿La riqueza de la poesía de Rubio no se cifra, por ejemplo, en ese contraste explosivo entre la realidad que describe, en las antípodas de toda opulencia, y su espléndida imaginación lingüística, que no duda en declarar su herencia modernista?

Es verdad que, en muchos de sus poemas, Marina Mariasch construye una voz pop, hipersexuada y fingidamente ingenua, y que en ese regodeo podría encontrarse una denuncia implícita a la frivolidad cosmética e impune —ciertamente pop— que reinó durante las dos presidencias de Menem, e incluso al exhibicionismo respecto de su propia sexualidad por parte del expresidente, que no ahorró ningún esfuerzo por erotizar su investidura. Sin embargo, ¿hacer hincapié en las ramificaciones políticas de esta escritura —que sin duda las tiene—, no le resta valor a, por ejemplo, las penetrantes reflexiones metaliterarias de un arte poética como “Querida Marina”, o al controlado y elegante lirismo de “Treinta y seis”?

Podría continuar argumentando en esta línea a propósito de todos los poetas comúnmente asociados con el “objetivismo” o la “tendencia materialista” de la llamada “poesía del noventa”, pero no creo que ésta sea la ocasión de hacerlo. Que quede claro: no estoy impugnando el valor de escrituras que, en muchos casos sin buscarlo, se vieron atrapadas en este cajón de sastre crítico. Más bien, quisiera hacer hincapié en el peligroso efecto de uniformidad y aplanamiento que produce un dispositivo de lectura de estas características, no sólo en la obra de estos autores, sino en el resto de la producción. Y aquí viene la segunda parte de mi hipótesis: sí, existió un

grupo con más o menos las características que se describen —pero también con muchos otros méritos—, cuya recepción se vio limitada por el dirigismo de la crítica surgida para promocionarlo. Pero ese grupo, al que se llamó “generación del noventa”, arrogándosele en consecuencia representatividad epocal, fue sin embargo considerablemente menos emblemático de lo que se afirma sobre la producción poética de aquellos años, y les restó visibilidad a muchas otras escrituras que se desarrollaron a la par de él, agostando por lo tanto la riqueza del campo poético argentino con un monocultivo.

Sí, el cinismo y la sensación de asfixia e inmovilidad neoliberal, el descreimiento generalizado en toda instancia de trascendencia, se colaron en la poesía, y provocaron en algunos autores una fuerte desconfianza respecto de las posibilidades de la lírica. Pero no es cierto que este espíritu haya predominado en la producción poética. Si no, ¿cómo se explican voces tan poderosas, y de un lirismo tan denodado, como las de Beatriz Vignoli, Sonia Scarabelli o Andi Nachon? ¿Y en qué esquina del realismo mimético se sitúan los extraños paisajes verbales de Eduardo Aïnbindler, Aníbal Cristobo y Francisco Garamona?

Creo que, como ejemplo de los límites de la hipótesis que quisiera refutar, resulta muy ilustrativo el caso de Martín Rodríguez (1978). Rodríguez tuvo un debut muy precoz (su primer libro, *Agua negra*, fue publicado por Siesta en 1998, cuando tenía sólo veinte años), y desde un primer momento fue considerado —con total justicia, creo— una de las voces más importantes de su generación. Además, *Lampião* obtuvo en 2003 el premio del Fondo Nacional de las Artes, un raro honor que demuestra que en modo alguno se trata de un autor marginal. Sin embargo, la poesía de Rodríguez, como se ha observado ya, tiene mucho más que ver con la de los sesentistas que con la de la llamada generación del noventa. El gesto irónico o descreído, la parodia y el pop, no tienen lugar en su poesía, y las obsesiones que lo animan son siempre del

orden de la trascendencia: la infancia y la familia, la historia y la política, la religión. A este respecto, es notable la fuerte impronta católica de Rodríguez, que se enlaza con su pasión por la política, algo que se explica por la estrecha relación entre sectores del catolicismo y la organización armada Montoneros, del ala izquierda peronista, que actuó en la década de 1970, durante la malograda tercera presidencia de Juan Domingo Perón, el interregno de su viuda, Isabel Martínez, y los años de plomo de la dictadura.

Si bien Rodríguez encontró en el kirchnerismo un espacio de pertenencia del que luego tomó distancia, su reconocimiento previo a 2003 demuestra que había en su poesía fuerzas que buscaban un cauce desde antes para hacerse visibles. A partir de la apertura que empezó a producirse gradualmente luego del estallido de 2001, estoy convencido de que la poesía de Rodríguez, aunque publicada en forma contemporánea a la de la mayoría de los noventistas, es mucho más cercana a las escrituras posteriores que considero más importantes. Alejandro Crotto, que es de hecho casi un mes mayor que Martín Rodríguez, pero que sin embargo publicó su primer libro recién en 2009 —o sea, diez años después del debut de éste—, y Valeria Meiller —nacida en 1985; debutó con *El recreo* en 2010—, retoman de distinta manera esa impronta católica y ese interés por lo sagrado en la naturaleza, pero lejos de la militancia política.

Si, como algunos poetas mexicanos jóvenes habían reivindicado a Gerardo Deniz como precursor, en desmedro de Octavio Paz, podría decirse que, si se les pidiera a los poetas de la —felizmente innominada— generación que siguió a la del noventa que votaran una lista de influencias, sin duda el nombre que más consenso suscitaría sería el de Héctor Viel Temperley, que fue, básicamente, un poeta católico y aristócrata. Poéticas como las de Clara Muschietti (1978) prestan testimonio de esta filiación.

Lo que más llama la atención de estos poetas es su capacidad para celebrar, tal vez por haber superado el tabú asociado al derroche impune y a la fiesta menemista. La poesía de Mariano Blatt (1983) es fuertemente contemporánea: a diferencia de la de Crotto, que prefiere un léxico más “elemental”, con menos marcas temporales, Blatt ambienta su poesía en un mundo social muy reconocible, el de ciertas culturas urbanas juveniles (floggers, skaters, etcétera). Sin embargo, ambas poéticas tienen en común no sólo la confianza en las capacidades del lenguaje (el versículo y la insistencia en la anáfora en Blatt; un uso a la vez virtuoso y crítico del metro y a menudo la rima en Crotto) sino la irrenunciable voluntad de celebrar la creación, aunque en uno se trate del amor divino y en el otro del homoerotismo, el fútbol y las drogas. Además, los dos poetas, a diferencia de la generación anterior, tematizan su voluntad de celebrar situando sus poemas ya no entre cuatro paredes sino a pleno sol y en espacios abiertos: “El Paraíso, el Espacio Exterior”, de Blatt, es poco menos que un himno a este deseo de apertura.

Aunque no haya un debate explícito respecto de la tradición recibida, estos poetas no esquivan la responsabilidad de problematizarla. Así, en su notable *El espectador* Santiago Venturini (1981) lleva el proyecto objetivista un paso más allá. Lejos de convertirse en un epígono, Venturini devuelve a los humanos a su incómoda animalidad, al mostrarlos como si fueran los sujetos de un documental. Marcelo D. Díaz (1981), otro de los “raros” de este libro, recoge influencias inusuales como la ciencia ficción, para insertarse de costado en un debate inesperadamente actual. Si bien el título de su último libro, *El fin del realismo* (2014), pareciera marcar una voluntad de cerrar el debate sobre esa empeñosa corriente estética, en realidad se trata de todo lo contrario. Los poemas de Díaz no se obstinan por decretar su muerte, sino más bien se preguntan por su finalidad, sus límites y su pervivencia.

Estas poéticas celebratorias no surgen en el vacío, ni son un mero reflejo de las esperanzas suscitadas por la década kirchnerista. Su aparición, sin embargo, permite arrojar luz sobre otras poéticas que hasta el momento se habían mantenido al margen en una visión de conjunto, como la de Denise León, o las ya mencionadas Beatriz Vignoli y Sonia Scarabelli, o releer desde otro punto de vista a autores más visibles, como el propio Martín Rodríguez o Silvio Mattoni. Ojalá este trabajo no sólo ponga en primer plano estas escrituras poco atendidas, sino que también pueda devolver a los poetas antes canonizados o anatematizados con el mote de noventistas una valoración atenta a su especificidad y no a un programa previo. Ojalá sea testimonio —como el título del hermoso poema de Valeria Meiller que cierra este libro— de una evolución.

EZEQUIEL ZAIDENWERG

FABIÁN CASAS
(Buenos Aires, 1965)

Publicó los libros de poesía *Tuca* (1990), *El salmón* (1996), *Oda* (2003), *El spleen de Boedo* (2003), *El hombre de overol* (2007) y *Horla City y otros* (2010). Publicó además una *nouvelle* y libros de cuentos y ensayos.

PASO A NIVEL EN CHACARITA

Los chicos ponen monedas en las vías,
miran pasar el tren que lleva gente
hacia algún lado.

Entonces corren y sacan las monedas
alisadas por las ruedas y el acero;
se ríen, ponen más
sobre las mismas vías
y esperan el paso del próximo tren.
Bueno, eso es todo.

HACE ALGÚN TIEMPO

Hace algún tiempo
fuimos todas las películas de amor mundiales
todos los árboles del infierno.
Viajábamos en trenes que unían nuestros cuerpos
a la velocidad del deseo.

Como siempre, la lluvia caía en todas partes.

Hoy nos encontramos en la calle.
Ella estaba con su marido y su hijo;
éramos el gran anacronismo del amor,
la parte pendiente de un montaje absurdo.
Parece una ley: todo lo que se pudre forma una familia.

(De *Tuca*)

ME DETENGO FRENTE A LA BARRERA

Me detengo frente a la barrera.
Es una noche clara y la luna se refleja
en los rieles. Apago las luces del auto.
Está bien, pienso, es bueno que nos demos un tiempo.
Pero no comprendo nuestra relación;
no sirvo para eso: ¿Acaso serviría de algo?
Tu padre está enfermo y mi madre está muerta;
pero igual yo podría ir y tirarme encima tuyo
como todas estas noches. Eso es lo que sé.
Ahora la tierra vibra y un tren oscuro
lleva gente desconocida como nosotros.

UN PLÁSTICO TRANSPARENTE

Abrí la puerta y te estabas bañando.
Los vidrios empañados, el ruido del agua
detrás de las cortinas,
las cosas esenciales instaladas
fuera de la razón.
Me llamaste, acercaste la cara

y nos besamos a través del plástico
transparente: fue un instante.
Las parejas y las revistas literarias
duran casi siempre dos números.
Sin embargo, de a poco,
le fuimos ganando terreno al río:
días interminables en los que el caos
tomaba tu forma para envolverme mejor.

UNA CANCIÓN QUE NO RECORDÁS

Acelerás despacio,
el aire en la cara te reconforta.
A tu derecha, una heladera de coca-cola
ilumina la estación de servicio.
Un colectivo, amarillo,
cruza lentamente la calle.
En la radio, los Beatles
cantan una canción que no recordás;
una cucaracha flotaba en el café
cuando vaciaste la cafetera.
Doblás y tomás por una calle oscura,
el empedrado te sacude un poco
y el ruido liso que te acompañaba
es ahora un leve repiqueteo.
¿Qué es lo que hace
que una vida funcione y avance?
Alguien, unos metros delante tuyo,
hace señas para que te detengas.

DESPERTARTE

Despertarte a mitad de la noche
y ver en el otro lado de tu cama
a tu mujer llorando
es una experiencia importante.
Quiere decir, entre otras cosas,
que mientras paseabas por los cuartos
iluminados de tu cerebro
algo se estaba gestando cerca tuyo.
Un error con el cual mantenés
una particular relación de intimidad.
Porque aunque no firmemos nada,
ni corramos apurados bajo la lluvia de arroz
pensamos que es para toda la vida
y así seguimos.
Botes, que durante la noche,
quedan amarrados al muelle,
golpeándose entre sí,
según el viento.

POGO

Sentados los cuatro, frente a platos calientes,
necesitamos avanzar. ¿Es esto
lo que quería decir?
El balcón, a tus espaldas
da sobre un corazón de manzana
donde la luna ilumina techos y cables.
Sacudida por el viento,
la ropa colgada produce aplausos secos
para nadie.

¡Los pensamientos brotan de mi cabeza
como el sudor!

Bajo el cálido cono de luz,
el brillo de los cubiertos
y el tintinear de vasos y botellas
cometimos la estupidez
de recurrir al mito para ordenar el mundo.

“Lo único que podemos hacer
—dice él— es superar a nuestros padres”.
Y yo digo “Sí, sí” y mastico
un pedazo de carne seca.

Nos ponemos tensos. ¿Y ella?
Devorada por el perro de la maternidad
ya no puede articular palabra.
Deberíamos irnos, pero no podemos.

Pienso en la rutina de los parques,
los besos, los paseos al aire libre,
la oscuridad del cuarto
en el que mis viejos se convirtieron en hermanos.

Los días se apilaron entre algodones
como pastillas en un frasco.
¿Nos van a venir a visitar más seguido?
¿La pasaron bien? ¿No te molestó
que te dijera esas cosas?
“No”, digo. El violín finísimo
de un mosquito orbita mi cabeza.
¿Cómo pudo escapar del invierno?
¿Cómo podremos alguna vez
escapar de este cuadro?

Distribuimos nuestro tiempo
entre el miedo a la muerte y el miedo
a los demás; la gramática
incomprensible de una reunión de amigos.

Pongámonos los sacos,
saludémonos, deseémonos suerte
y salgamos a la calle
bajo el abrigo confortable de la psicología.

(De *El salmón*)

LOS CICLOS

Estuve charlando con tu verdugo.
Un hombre pulcro, amable.
Me dijo que, por ser yo,
podía elegir la forma en que te irías.
Los esquimales, explicó, cuando llegan a viejos
se pierden por los caminos
para que se los coma el oso.
Otros prefieren terapia intensiva,
médicos corriendo alrededor, caños, oxígeno
e incluso un cura a los pies de la cama
haciendo señas como una azafata.

“¿Es inevitable?”, le pregunté.
“No hubiera venido hasta acá con esta lluvia”, me replicó.
Después habló del ciclo de los hombres, los aniversarios,
la dialéctica estéril del fútbol, la infancia
y sus galpones inmensos con olor a neumáticos.
“Pero”, dijo sonriendo,
“las ambulancias terminan devorándose todo”.

Así que firmé los papeles
y le pregunté cuándo iba a suceder...
¡Ahora! dijo.
Ahora
tengo en mis brazos tu envase retornable.
Y trato de no llorar,
de no hacer ruido,
para que desde lo alto
puedas hallar
la mano alzada de tu halconero.

(De *El spleen de Boedo*)

BEATRIZ VIGNOLI
(Rosario, 1965)

Publicó los libros de poesía *Atmagro* (Editorial Municipal de Rosario, 2000), *Viernes* (Bajo la luna, 2001), *Itaca* (Junco y Capulí, 2004), *Soliloquios* (Huesos de Jibia, 2007), *Bengala* (Bajo la luna, 2009) y *Lo gris en el canto de las hojas* (Baltasara Editora, Rosario, 2014). Tiene además publicados varios libros en los géneros novela, crónica, cuento y relato breve.

LA CAÍDA

Si te dicen que caí
es que caí.
Verticalmente.
Y con horizontales resultados.
Soy, del ángulo recto
solamente los lados.
Ignoro el arte monumental del sesgo,
esa torsión ornamental del héroe
que hace que su caer se luzca como un salto.
Ese rizo del mártir que, ascendiendo
se sale de la víctima
y su propio tormento sobrevuela
no es mi especialidad. Yo, cuando caigo,
caigo.
No hay parábola
ni aire, ni fuerza de sustentación.
Un resbalón: espero. Al suelo llego
por la ruta más breve.
Un alud, una piedra,

una viga a la que han dinamitado.
No hay astucias del cuerpo en mi descenso.
Se sobrevive: el fondo
del abismo es más blando
para quien no vuela, sólo cae.
Si te dicen que caí,
no vengas
a enseñarme aerodinámica revisionista.
No me cuentes de los que cayeron venciendo.
No vengas a decirme
que no crees que haya sido un accidente.
En lo único que creo es en el accidente.
Lo único que sabe hacer el universo
es derrumbarse sin ningún motivo,
es desmoronarse porque sí.

LA GUERRA DE LOS TONTOS

Dinamitamos antes de cruzarlo
el puente, el bello puente
que habíamos construido.

El puente sobre el río del olvido era.

Ahora, moriremos olvidados.
Muramos ya, y de esto.

(De *Viernes*)

IFIGENIA

Padre: la suerte de tus armas
no dependía de mi muerte.
Nada une a la cordera con tu enemigo.
Nada unge al metal.
No hay magia en las estrellas
y la sangre, diversa
jamás entrará en la letra:
nada unge al metal, el fuego
no tiene nombre. Mis heridas
no serán un eco de las tuyas
más que a través de aguas imposibles.

(De *Soliloquios*)

SUITE BENGALA

1

Una matemática del espacio,
la forma del aire: tiempo
que se sostiene solo,
horas que sin nadie se tienen en pie.

2

Terminamos unidos por hilos más finos
de lo que creíamos. Una luz,
un jardín en la memoria. El árbol
del futuro está vacío: nadie ya
trepa su altitud.

3

El verano se queda. Se lo siente en las puertas
pintadas de verde oscuro,
se lo huele bajo este cielo de agua pesada;
nada ancla en la palabra. El viento
no tiene sombra.

4

Cada enero me aleja del origen.
¿Dónde, el paraíso?
Visión ¿de qué lugar?

Yo sabía cavar en los escombros
del tiempo y dar con lo que hubiera sido:

joyas de lo imposible
se ahogaban al traerlas,
exiliadas de su agua.

5

En el aire, la luz
entera permanece;

el silencio está en paz
con su ya no tener nada que decir.

Hubiera o hubiese amado.

Todo el tiempo pasó a través de mí
y siguió.

40

6

a Roberto Malatesta

Algo se abre en junio:

ganas de que la vida tenga forma,
ganas de caminar, hallar camino
bajo los pies. La hoja del eucalipto
es la de antes. ¿Algo nos recuerda?

Anónima intemperie,
nada sabe de sí.

7

Lo que la voz escribe
lo baldea el cansancio.

Con pies sin huella, anduve
avenidas vacías.

¿Era eso
el alma?

(De Bengala)

Era entrar a una masa orgánica como en las películas de ciencia ficción cuando llegan a un planeta desconocido y se encuentran con una sustancia enrarecida, un humo negro muy pesado que flotaba como una masa orgánica que no volvía atrás, impiadosa, que no dejaba nada de aire para respirar... la sustancia se imponía a uno, no se podía invadir sus fronteras.

Omar Emir Chabán,
Declaración indagatoria
en carácter de ampliación,
Poder Judicial de la Nación,
Buenos Aires, 8 de junio de 2005.

MORIR, SOÑAR, MORIR DE ALGO QUE NOMBRA (*Soliloquio del empresario excéntrico*)

¡Morir, soñar! ¡Morir de algo que nombra!
¡Morir doscientos! ¡Morir de media sombra!
¡Morir de algo que nombra el claroscuro!
¡Yo que hice todo para que la noche
fuese una masa de eternidad bendita!
Media sombra me nombra: mi yo ignífugo.
Omar Emir Amor: prófugo ignífugo,
Pan de poliuretano en las alturas.
¡Yo, que fundé el desierto!
¡Yo que oí, como Juana,
voces antes del fuego!
Yo interpreté el susurro de la seda
que sólo a mí me hablaba.
En mis manos, las rutas de la seda,
las rutas de la nada.
Nací para la música del tiempo
y hoy soy la nube negra:

Omar Emir, poeta y asesino.
Aduzco mi inocencia.
¿Por qué me toca ser zombi de los días
a mí, el efebo de la noche clara?
¡Yo fui el abismo azul, Su Señoría!
¡Yo, ellos, mis estrellas de chatarra!
¡Con hilos de coser hilé su gloria!
¡En mi emirato de tafeta me sentaba
con mi manto de colas de ratón!
Les avisé. ¿Por qué no me escucharon?
Un monje fui en mi celda de autoflagelación.
Yo los amaba con mi alma ignífuga:
un átomo de sed, dos de carbono.
Pasto del Mal, yo los rescato en sueños.
En mis sueños los cargo en mis espaldas,
corderos del adiós. Yo los quería.
Un reino les creé, de plastilina.
Ardió. No tiene nombre. Lo tenía.
Yo los llevé al no ser. No los maté:
los amplié, los cerré. Los transportaba.
Soy San Cristóbal de lo que ya no vive,
de lo santificado por la muerte;
vadeé el infierno, créame. En mis sueños
yo los quería. Yo forjé la materia
de su martirio. Lo supe. Lo lamento.
Me yergo como un Cid, muerto en el trono
y a la melancolía del cianuro
Su Señoría, no me la perdono.

(De *Lo gris en el canto de las hojas*. Publicado
con la autorización de Baltasara Editora,
Rosario, Argentina.)

SHE WORE A BASEBALL CAP IN HER OWN FUNERAL

Ella llevaba puesta en su propio funeral
una gorra de béisbol
con la visera enhiesta como luna de eclipse,
lo último vertical
resistiendo
y ya no pude decir
mirá lo que se puso,
mirá cómo se vino:
no podía volverse,
perfecta estaba ella
en su fashion emergency final
y supe entonces que somos hasta el fin,
de cabo a rabo como las especies,
las rocas, las estrellas
y el espacio entre todas esas cosas;
el tiempo de una vida nos contiene:
los otros son el marco,
la memoria.

(Inédito)

CARLOS SCHILLING
(Sunchales, 1965)

Publicó tres libros de poemas: *Mudo* (2001), *Formas de ver el mar* (2006), *Confesiones impersonales* (2010) y *Ensayos de voz*. También es autor de varios libros de ficción.

NO ES POSIBLE SEGUIR NI DETENERSE...

No es posible seguir ni detenerse
Si cada paso acaba en otro paso
Vale lo mismo el alba que el ocaso
Cuando comienza el tiempo de perderse
¿Es similar sentarse que moverse?
¿Saciar la sed o destrozar el vaso?
¿Ser capitán o ser soldado raso?
Son preguntas que deben responderse
Aunque todo lenguaje sea escaso
Aunque nadie termine de entenderse
¿Quién podría juzgar en este caso?
Si atacar significa defenderse
Si sólo cuenta el precio del fracaso
No es posible seguir ni detenerse
Si sólo cuenta el precio del fracaso
Si atacar significa defenderse
¿Quién podría juzgar en este caso?
Aunque nadie termine de entenderse
Aunque todo lenguaje sea escaso

Son preguntas que deben responderse
¿Ser capitán o ser soldado raso?
¿Saciar la sed o destrozarse el vaso?
¿Es similar sentarse que moverse?
Cuando comienza el tiempo de perderse
Vale lo mismo el alba que el ocaso
Si cada paso acaba en otro paso
No es posible seguir ni detenerse

(De *Mudo*)

JAIME GIL DE BIEDMA

Escribo siempre sobre otros poemas,
nada quiero decir, nada de nada,
mi tema no es el mar, tampoco el cielo,
no busco en las palabras las personas
del verbo y nunca me dirijo a nadie.
¿No reconocen en mi voz el tono

de Jaime Gil de Biedma? Es que su tono
se mezcla y se confunde con poemas
que ya no pertenecen más a nadie.
Citar sus versos es volverse nada,
es transformarse en todas las personas
que han apostado su porción de cielo

a cambio de las luces que otro cielo
les promete. ¿Por qué negar el tono
de alguien que no confía en las personas,
y sólo les dedica sus poemas
a fantasmas, a sombras, a esa nada
desde donde jamás responde nadie?

Si *personne*, en francés, vale por nadie,
como la voz latina, muestra el cielo
detrás de toda máscara: la nada
que vive en esos cuerpos cuyo tono
rosado han celebrado otros poemas
más justos. ¿Qué decirles a personas

que pronto dejarán de ser personas
para asumir su condición de nadie?
Ese pozo no acepta tus poemas
para llenarse, es mudo como el cielo,
como el mar que jamás encuentra el tono
ni el modo de cantar su propia nada.

Si cavando en el verso sólo a nada
se llega, ¿cómo pueden las personas
hacer allí su tumba? ¿Acaso el tono
es la rara manera de ser nadie
que día a día le concede el cielo
a quien paga su deuda con poemas?

Al revés: baja el cielo a los poemas
y es el tono filial de las personas,
celebrando que nadie sea nada.

(De *Formas de ver el mar*)

YO PUEDO DISFRAZARME DE PRINCESA...

Yo puedo disfrazarme de princesa
y recorrer los campos escoltada
por zorros y gallinas, ser señora
de los corrales, madre más que hija

de las bestias que saltan los alambres
de púas y me lamen las rodillas
y las manos. Si canto en otro idioma,
¿me entenderán? Si dejo que mi voz
formule sus sentencias, ¿me amarán
o me odiarán? Calculo las estrellas
que faltan cada noche y le prometo
al cielo más fulgores, más relámpagos,
más luces en los sueños animales...
Nada traba mi lengua cuando digo
la palabra fugaz que me desviste
de plantas y de flores y me ordena
ser el aire invisible que despoja
al árbol de sus frutos y a la perra
de sus cachorros. Mi silencio vale
sus vidas: quiero que me recen, quiero
que repitan mi nombre por instinto,
quiero ser su comida y su bebida,
quiero que coman pasto de mi cuerpo
y beban agua de mis venas, quiero
llegar vestida de princesa al mundo
de los espectros y decir: yo soy
la reina, si me miran ven el cielo
que perdieron sus ojos; esas nubes
oscuras son mis planes de tormenta
y tengo otras ideas para el día
que ya anuncian los gallos en la tierra,
dejen todo y escuchen mi discurso,
no se duerman, ahora no se duerman...

COMIENZA LA CANCIÓN DEL CARNICERO...

Comienza la canción del carnicero,
sin que nada la anuncie, sin que suenen
tambores o cornetas en los campos
de nadie, sólo arranca, como un grito,
como un ladrido, como una plegaria,
y la mejor manera de cantarla
es mantener la boca bien cerrada
si se pretende conservar la lengua
y no perder los dientes: *Corto carne
con cuchilla/ y también los huesos corto,/*
*solo con mi puñal corto/ la vaca
que mejor chilla./ Negra sangre siempre
mana/ el caballo destripado,/ negra
y con gusto pesado,/ como el beso
de una hermana./ Que nadie con su voz
nombre/ el cadáver en la mesa,/ ni
pregunte cuánto pesa/ ya sin vísceras
un hombre.* La canción encuentra siempre
su propia forma de seguir latiendo
más allá de sí misma, más allá
de mugidos, silbidos y chillidos,
cuando la voz del carnicero baja
y se vacía toda en el silencio,
como si preparara el escenario
para que sus cuchillos hablen solos
sobre el cuerpo de nadie: *Ya sabemos
cortar hueso/ y sabemos degollar;/*
*digan si quieren gozar/ más profundo
nuestro beso./ No somos uno ni
tres,/ no somos tan sólo brillos,/ no
somos simples cuchillos,/ somos tu
propio revés...* Se dice que jamás
termina la canción del carnicero.

HE COMPRADO MI CASA CON PALABRAS...

He comprado mi casa con palabras
y ahora las palabras son monedas;
puedo cambiarlas, puedo colocarlas
a plazo fijo y obtener con ellas
todo el tiempo encarnado y disponible
en los cuerpos fugaces de una nena
o un nene que se vendan en las calles
de Córdoba. ¡Chiquitos! Qué bellezas
serían si estuvieran limpios siempre,
con olores frutales en el pelo,
peinados y vestidos de princesas...
¿Me dejan que los lave con mis manos?
¿Me dejan que los roce con mis labios?
Conocen mal la fábula del oro
quienes lo buscan en la mutación
final de la materia, no, no, el oro
es el principio, el oro es el milagro,
el oro es la ocasión de toda alquimia.
Vení, tocálo, ¿lo querés? Subí
al auto y dame un beso. No me digas
cuánto cuesta. Los precios de las cosas
ya no me asustan; pago porque debo
pagar, porque si pago cada sílaba
ocupa su lugar en la plegaria
que nunca dejan de rezar por mí
los que saben decirle a dios las frases
que dios quiere escuchar: diez mil, cien mil,
un millón... ¿Pueden ver en cada cero
un ojo que refleja en su retina
la imagen de otro mundo, más sensible
a los deseos, más cercano al sol

que nos quema y nos funde desde adentro
en su moneda de ninguna cara?

(De *Confesiones impersonales*)

ESTUVISTE JUNTANDO EVIDENCIA EN MI CONTRA...

Estuviste juntando evidencia en mi contra
para el juicio final y sabés que los jueces
se pondrán de tu parte, seré condenado,
azotado y colgado en la plaza más pública
del infierno: tu mente y mi mente. Ningún
abogado, ningún profesor de derecho
estival o invernal borraría los meses
que marcaste con cruces de tinta invisible.
Tu ejercicio contable supone la lista
minuciosa de todo el dolor que sentiste
por mi culpa y revive y repite y recita
el pasado en presente, fijándolo ahora
en un único día de oscuro desprecio,
esa tarde de enero en que dije: te mato,
te acogoto, ya estoy repodrido, la concha
de tu madre, y rompí tu regalo y me fui
lo más lejos posible del reino encantado
al que nunca debiste invitarme. No sé
si decirlo: ¿perdón significa perdón
en mi voz y en tu oído? Ninguna palabra
equivale, supongo, al papel satinado
que envolvía al vestido y le daba a su tela
estampada con flores un halo de vida
imposible, alejada de mí, de mis manos,
del amor envidioso que yo te ofrecía.
Permitime contarte una idea fugaz:

ya pasó, ya aprobamos el test, lo que viene
en el próximo mundo será diferente
y mejor: tu fantasma y mi espectro sabrán
encontrarse de nuevo, guiados por todas
esas fuerzas contrarias que hoy nos repelen.
Mi promesa es premisa... ¿Callarme? ¿Pedís
que me calle? ¿Decís que me tape la boca?
Si te doy por silencio esta página en blanco,
¿me darías a cambio otro día de enero?

(Inédito)

LAURA WITTNER
(Buenos Aires, 1967)

Publicó los libros de poesía *El pasillo del tren* (1996), *Los cosacos* (1998), *Las últimas mudanzas* (2001), *La tomadora de café* (2005), *Lluvias* (2009) y *Baluceos en una misma dirección* (2011). También publicó libros infantiles.

VIDA DE HOTEL

Fruta pelada en platos blancos:
toronja rosa, naranja sosa,
melón ardiente, guayaba moza.
Plátano verde para tostones,
banana blanca, arrodajada,
deshecha a fuerza de cuchillo y tenedor.
Furioso chorro del café negro
que inunda la taza, mezcla
el sarro multilingüe,
la brisa tempranera,
marina punteada de nada, lisa.
De prisa, de prisa:
iremos corriendo al agua.
Líneas de sol en la guacaleta
que se vuelven redondeles y espirales
por andar confundidas con las hojas.
Quiero hablar, quiero cantar,
quiero cantar hablando
y hablar cantando pero no puedo:

me sale este runrún sureño,
asoberbiado. Soy sobria, soy tonta,
me enrollo el corpiño en una mano y nado.
Escucho mi respiración, él escucha la suya,
pero vamos juntos a ver peces.
Inspirar, exhalar, inspirar, exhalar,
me mira desde el visor y entre nosotros
se pasea el negro y amarillo pez a rayas.
Tras el pez, el pez viene tras nosotros,
frutas, pez y nadadores
enamorados: una disposición ikebanesca,
naturaleza viva, retrato a la acuarela,
modelos para una abigarrada
versión del origami vegetal.

(De *La tomadora de café*)

A LA NOCHE VA A LLOVER

Lo dijeron en la tele;
lo dice el cielo que evidentemente
se va preparando pero sin apuro:
formula nubes blanduzcas
cada vez más opacas
y cada vez más dueñas y señoras:
levan, intentan hacer del cielo un techo,
exhalan ese perfume promisorio
transformador del tono molecular del aire.
Lo publicaron en el diario
con el dibujo de la nube gris
atravesada por el rayo;
sólo queda esperar, disimulando,
como si la certidumbre de la lluvia

no se volcara sobre nuestros actos
renovando del todo su carácter.

FUERTE

En la extremísima quietud del sueño,
como piedras, los durmientes imaginan
que la tormenta lo que hace no es caer:
es galopar hacia delante en frenesí.
Tronarles órdenes a sus caballos
que si no fuera por las riendas
elegirían desbocarse poniendo como excusa
la aterradora iluminación electrizada.

(De *Lluvias*)

CÓMO HACER COSAS CON PALABRAS

El zeide Aarón, en sus últimos años,
me compró el María Moliner,
el Simon & Schuster's y el Garzanti,
y en el cauce ídish del porteño
con un beso y un abrazo, sentenció:
"No te entregues tan fácil".
Do not go gently. Rabia y risa, y después,
cartas vía aérea con su letra trabajosa.
Y a la vuelta, almuerzos sencillitos
en el silencio austero de su departamento.
Se murió, claro. Yo ahora hago buen uso
de las palabras que se ocupó de conseguirme.

El zeide Leo, a mis ojos,
vivió entre pajaritos enjaulados
y máquinas de coser.

No me habló: pero puso mi nombre
en hilo rojo de bordar, en gran cursiva
en una bolsa de tela azul marino
que se ocupó de fabricar.
Él se murió; yo seguí usando
la bolsa unos dos años más.
El zeide Leo, entonces, dice *Laura*.

La bobbe Elena: “Tu papá está grave.
Esa verruga es venenosa.
Es un secreto entre nosotras.
No lo fastidies”. ¡Mentira!
Cantó, jugamos,
me mostró qué tiene de importante
la forma en que la luz decide
atravesar cada grupo de hojas
en hileras de árboles,
me convirtió al chocolate de taza
y me mintió.

La baba Etia. ¿Qué palabras...?
¿Cómo armamos tanta cosa en siete años?
¿En qué tonos y voces?
Cruce fugaz, pero fulminante.
Sólo puedo citar: “No aguanto más.
Nunca voy a salir de este hospital”.
Yo huí por un pasillo blanco
oníricamente interminable.

DEBAJO DE LA SOMBRILLA

Debajo de la sombrilla
varias tortugas moldeadas en arena

se yerguen e inician su camino hacia el mar.
Apuntando, tal vez, en dirección opuesta
nudos de histéricos cangrejitos negros
patalean al violento vaivén
de un baldazo de espuma estancada.

Vemos a otros —en fin: a nuestros hijos—
ocupar diestramente el espacio
reservado para momentos fundantes:
tomar la ola de frente,
dejarse mojar
los pies por lo que viene y va;
vencer el frenesí, flotar,
hundirse poco a poco en arenas movedizas,
emerger.

¿Quiénes nos creemos
al sol y desvestidos,
revolcados en los torrentes del amor?
¿Ambiciosos directores de una escena sobreexpuesta
manoteando recursos, utensilios?
O mejor: responsables
de, con un crudísimo presente,
ir armando el álbum de recuerdos.

(De Balbucesos en una misma dirección)

AEROSILLA

Flota sobre el silencio de maleza
prende un cigarrillito y va subiendo.
No existe más allá de ese chirrido
intermitente, del bamboleo mareado

en dirección al cielo. Los pies
en primer plano; no el presente
ni el futuro, ni nada. Sí los pies
que cuelgan, y también la roldana
que chirría, y el perfume caliente
de la maleza abajo, y el del humo
que la esconde y la acuna en su estrategia.

EL PESO

Que me pese el pelo. Eso para empezar.
Si no sé quién soy, qué cosas pienso.
¿Cómo inclinar un punto la cabeza,
cómo encarar la luz con la presbicia
si no peso, si el pelo no me pesa,
y de ahí para abajo ya me hago traspasable,
ya dudo en consistir?
No hay forma.
No se justifica
la tendencia actual a sacar el volumen
porque con el volumen se va el peso,
¿no lo ven? ¿Y qué somos?
Livianos como pollos,
con el pelo erizado,
sin ancla, sin memoria,
como diciendo ¿doblo acá
o seguimos derecho?

(Inéditos)

ALEJANDRO RUBIO
(Buenos Aires, 1967)

Publicó *Personajes hablándole a la pared* (1994), *Música mala* (1997), *Metal pesado* (1999), *Novela elegíaca en cuatro tomos: tomo I* (2004), *Prosas cortas* (2003), *Rosario* (2005), *Foucault* (2006), *Falsos pareados* (2008), *Samuel Horribly* (2009), *Sobrantes* (2010) y *La enfermedad mental* (2012) que recopila toda su obra poética y agrega el inédito *Nociones para un lechón*. En prosa, publicó *La garchofa esmeralda* (2010).

LA CASA ABIERTA, EL AIRE...

La casa abierta, el aire
con olor a repollo hervido. Si me dieran un peso
por cada uno de los días que pasé
esperando en un cuarto de hotel...
No todos fueron así, pero así
se me aparecen: quemaduras en el borde de la mesa, la sombra
de la silla en la pared, mirar tranquilo
las motas de polvo de espaldas
a la ventana: y un día igual, otro año,
te llama el chancho y te dice:
Heredia,
Heredia, usted es Gardel.
Gracias por todo. Ahora vivo en una especie
de ático o altillo, tres por tres, casi nada me rodea.
Pocas visitas, cuando vienen
les sirvo mate o en su defecto café, hablan y me distrae
el temblor de la mano entre las piernas, una mancha
en la baldosa; pero lo que de verdad me inquieta
es la decadencia del oficio.

(De Personajes hablándole a la pared)

PESADEZ EN EL AIRE DE AGOSTO...

Pesadez en el aire de agosto,
tu pie, mi nariz, otro domingo salvaje.
Si lo que abunda, es decir, la aridez
fuera un truco: una lona que cubriera
nuestro legado, la fe de nuestros padres. Rumiar
la grasa del asado, cada pensamiento,
cada percepción. Nacimos pobres, pobres. Pero no es
que no hayamos estado en la fiesta; es que nos quedamos
para limpiar y ser testigos
de lo que hace la luz con los restos.

CRISOL

Ventolín. Nubarrones.
Voces que se cuelan
entrecomilladas. Mañana hepática
en una pocilga posmo. Dolor de cabeza,
dolor en lo que los antiguos llamaban
“el alma”. Brujas que tiran las cartas
y destapan siempre, parece a propósito,
el Ahorcado. Cobran diez pesos la media hora,
viven en Belgrano, sus clientes son de Bernal.
Infecto lupanar en Paraná y Corrientes,
paraguayas y dominicanas escriben cartas
a sus madres, donde detallan
los parques y las plazas y las costumbres culinarias
del país. Estado de ánimo:
estacionario. Estado
de cuenta: en disminuyendo.
Actitud arrogante
del cartero del barrio,

detenido en una esquina
desierta: pasa un turista brasilero
y le saca fotos. Eternidad
frágil de las imágenes.
Pecho abierto, una mano se mete
y extrae, triunfante, el corazón
y lo expone al firmamento homérico.
Ningún vaticinio, ningún
signo, nada salvo
la carcajada de los dioses en pedo.
La angustia de P., en tercetos
perfectamente medidos, saca
la tercera mención en un concurso español.
Se celebra
medidamente, como es de rigor,
con whisky irlandés en un restorán armenio.
Pájaros negros que sobrevuelan
una llanura inculta; detrás de la niebla,
la ciudad; en la ciudad
una torre de ónice
en la que un condenado
ensaya un discurso:
Padre, no me pidas eso.
Padre, traje de la amarga intemperie
un pico de gallina
y un collar de madera
para acrecentar el tesoro
de la estirpe. Padre, mis uñas
están rotas y mis pulmones resecos
del polvo de la amarga intemperie.
Que las paredes respondan:
Hijo... hijo...
El tiempo
se hace

simultáneo: todas las edades acá,
ahora, en esta
cocina mortecina donde la luz
penetra de a gotas y la hornalla caliente
una pava de agua
para el té:
alguien dice
“intelecto reticular
de las cosas”, alguien dice
“fuego en el pajonal”.
De las cenizas rescaté
magras figuras:
un gaucho,
Perón sobre un caballo pinto,
una negra barriendo la vereda
con los ojos de gato abierto
al sol decadente.

(De *Metal pesado*)

27 DE NOVIEMBRE

El día corrió como la sangre de un esclerótico
por cornisas y cordones, atemperado,
similar. La luna asomó por el techo
del laboratorio cuando estaba
en la bañera y cuando los ruidos
del tren se alejaron salí al balcón
desnudo, pero la virgen
no se hizo presente ni ella
apareció para tomar aire
en la terraza entre malvones.
Desde un piso alto un policía

parece un astronauta, flota.
La brisa trae el olor
de charcos promiscuos donde otra vida
crece sin conciencia y medra.

CARBÓN

Es difícil de arrancar.
Su polvo ennegrece los árboles.
Tus ojos también son negros.
Pienso en eso cuando voy en tren
por el valle de las flores de la putrefacción.
Cada vez encuentro más bellas
las flores de la putrefacción. Por lo menos
huelen a carne. Los vagones arrastran la carga
sobre rieles que destellan como plata falsa
bajo la luna llena. Las ramas se tuercen a los costados
de la calle por la que pies pesados chapotean
rumbo al trabajo. También son negros tus ojos.
Adentro del valle de las sombras
pienso en ellos y en sus puntos colorados
Mirando el fuego detrás de mí.

(De *Sobrantes*)

CARLOS RÍOS
(Santa Teresita, 1967)

Publicó los libros de poesía *Media romana* (El Broche, 2001), *La salud de W.R.* (Dársena3, 2005), *La recepción de una forma* (Bonobos, México, 2006), *Nosotros no* (UNL, 2011), *Perder la cabeza* (Diatriba, 2013) y *Excursión a Farandulí* (Vox, 2014) y las plaquetas *Códice Matta* (México, Caja Negra, 2008) *La dicha refinada* (Dársena3, 2009) y *Háblenme de Rusia* (Goles Rosas, 2010). También es autor de las novelas *Manigua* (Entropía, 2009), *Cuaderno de Pripyat* (Entropía, 2012), *Cielo ácido* (Clase Turista, 2014) y *Obstinada pasión* (Ril, Santiago de Chile, 2014); y de los relatos *A la sombra de Chaki Chan* (Trópico Sur, Uruguay, 2011), *El artista sanitario* (Postales Japonesas, 2012) y *Casapiente* (Los Proyectos, 2014). También es autor de cuatro novelas y tres libros de relatos.

WORK CAMP

La fuente nunca dice todo lo que sabe (1) La fuente siempre es más débil de lo que aparenta (2) La fuente construye desde sus palabras el rostro del que pregunta (3) La fuente, mientras mira el rostro del que pregunta, hace votos para no doblarse (4) En ocasiones la fuente es amistosa con el que pregunta y permite el avance del interrogatorio (5) Sin embargo, esta táctica puede ser un engaño (6) La fuente, por más cooperadora que se muestre, nunca deja de ser el enemigo del que pregunta (7) Ellos, todos, sus epígonos establecen un parámetro donde lo que se dice es más importante que lo que no se dice (8) Nosotros (9) No

MEIKO KAJI

Ellos, todos, sus epígonos y el brote inducido por el paso de una dosis atemperada pero siniestra (1) Las líneas espectrales de cortisona disparan un kit de pánico (2) Estar fuera del cuerpo libera un mestizaje de miedos y tristezas (3) A modo

de ejemplo ella, la japonesita que deja de farfullar cuando los ve y entona, protegida por una bufanda de sombra, su Waka-rebanashi nanka (4) Sus amigos norcoreanos habían pasado cinco días sin dormir, echando pestes, después la luz se fue o la cortaron, robaron la comida, cayó la ola de Hokusai sobre sus piernas, como en Berlín la piedra, como en Tijuana el cepo (5) Los sobrevivientes dieron su resto como ofrenda a los más fuertes (6) Nosotros (7) No

DECENCIA

Esa rafia presidencial que lavas en el agua de los muertos, ¿de dónde la robaste? (1) En el río canta la flor, sus pedúnculos honorarios saludan el desfile del inflamado (2) Es que la guerra, el zurdo hostil en salvas, su atropello de caimán (3) Donde salta la liebre por el camino del oro, apandada como la saliva, en medio del huracán Ike o como se llame ese pomodoro de oxígeno y trastes granjeros (4) En plena guerra luce la chalina su sangre, en el cuello del afligido, donde salpica el mal (5) Que todos temen (6) Nosotros (7) No

MAGOS DE BALI

Sin brazos hacen lo que el mago de Oz jamás se atrevería (1) Reptan por los suburbios para no ser atrapados por el Grupo Canófilo (2) Un combo de larvas arma en sus pechos la pasta fluorescente que comen por la noche (3) Pero son magos: las reducen a corbatas (4) Son magos: dejan las cosas así, como si otro las confeccionara, un dios o un tipo más organizado que ellos, una persona, diríase, ambidiestra (5) Nosotros (6) No

OWENIANA

Ellos, todos, sus epígonos, y la mutilación a ras del cielo (1) Donde la hormiga arruga un plus de materia, remolca para su beneficio, anida (2) Allí se van también, a la sombra del pozo, a contar un secreto por la horizontal del bajorrelieve, por el camino de la mosca (3) La lengua, en su dulce carne, arrastra las eses del socorro, menos por un capricho sublingual que por asalto de la figura ambidiestra, donde salpica el mal (4) Ellos, todos, sus epígonos destripan esas sombras increíbles donde recios y hasta enloquecidos meandros atraviesan monasterios y unos pies de niña se ciñen a las cuerdas de los árboles, acaso desbordados por la manifestación de una desnudez inédita, de algo que no se alcanza a ver y no se oye (5) Quisieran quedarse ahí, en el tornasol de la milpa, violatoria la herrumbre de las piernas, la mirada hacia el piso como las pecadoras (6) Nosotros (7) No

FIGURA II

La figura crepuscular, inmediata, abre con su brazo el horizonte, el hueco del estómago solar, palpa, filosofa, se anima, agrupa: su *motto* (1) En plena retirada su “resignación constructiva”, inicia el “giro del signo” para “llenar el aire” donde el “deseo de ser o parecer” se adueña, gana, convence, apenas (2) Hacia la gracia del deporte, hacia la sólida estrategia del logro (3) Es decir: la “pole position”, tradúzcase: la empoderada incrustación, la piedra en la cabeza (4) La figura alterada, retocada en lo invisible, “sugada por um redemoinho” (5) La figura corpuscular: forzada por el cálculo de audiencia (6) “El amor popular a sus ídolos quemados” (7) (8) Grandeza (9) En juego la modalidad, la excusa, la suposición errónea (10) La figura crepuscular bajo el imperio del bajorre-

lieve (11) Ellos, listos para soportar cualquier “esterilización”
(12) Nosotros (13) No

H. CORTÉS

Ellos, todos, sus epígonos y la eficacia en el manejo del signo (1) Avanzan con el intérprete a través de las lenguas ardientes de las piedras (2) En absorción de la enseñanza al desarticular el enemigo interior (3) Entiéndase que la figura sólo prospera en la mente de quien la necesita (4) Siempre en un entorno de protección (5) La aplicación de fuerzas nada convencionales anula el idioma de las madres (6) Ellos, todos, sus epígonos falsearon la verdad desde su trastienda lingüística (7) Nosotros (8) No

LA MOSCA EN EL PLATO

Cuando hay guerra la llave del éxito está en manos de las madres (1) Ellas impresionan a sus hijos con la mosca en el plato (2) Ejemplo: en la montaña maoísta la ansiedad podía con ellos y volvían sin encontrar lo que buscaban (3) Siempre las madres perdonaron con la mosca en el plato a los hijos que bajaron la montaña (4) Por eso el futuro de los combatientes depende de la asociación que logren construir con ellas (5) Las madres se empoderan y sacan siempre ventaja de las debilidades de sus informantes (6) Quien ha sufrido una experiencia traumática y aún teme por su vida sí lo entiende (7) Nosotros (8) No

PERRO DE FUEGO

Sin distinción entre lo absurdo y lo real, ese perro de fuego negocia entre tablas su entrada al paraíso (1) Apenas una línea oficial afectaría el guión donde en balde el actor trata de identificarse con su papel, un mayordomo que llama al perro por su nombre (2) En tal sentido se explica la aparición de un desquiciado vestido de perro, con las orejas en V, a centímetros de la cruz, en su pecho la difícil tarea de migrar el continente de la Opera de Pekín en un golpe de escena: antes de morir, los perros de fuego miran con sus ojos de avena y delegan la fuerza del combate en ellos, todos, sus epígonos (3) Nosotros (4) No

MILENA

La conocieron cuando salía al parque del Hospital Mitte en su silla de ruedas, tanto o más rubia que su hermana, con el tubo de oxígeno entre las piernas, la bandera tricolor hecha un nudo, incrustada en el regazo (1) Un dato: cada jueves chequeaban, sin chistar, su ausencia de respuesta clínica a los ensayos terapéuticos (2) El episodio: té de jamaica y una Milena casi en las últimas, polipneica, febril y sibilante, habladora por falsa necesidad, pues quería irse (3) Se alimentaba con los ojos (4) El recelo la llevó a un centro radiológico de puros marihuano con el propósito de comprobar la veracidad de una supuesta fractura de húmero, facturada por la administración, en euros o canadienses, mientras se depreciaba el peso de manera insultante y a semanas de su crisis basal (5) Hasta ese martes la mantuvieron lúcida, alegre y gentil (6) Nosotros (7) No

NORTEC

Ellos, todos, sus epígonos, le dicen: Olvídela cumpa (1) Cuando la tristeza del residente entra en la ciudad por la araña de la canción (2) Esos ambientes retro que la figura asocia y se remontan a claves sonoras apenas oídas (3) El camino que va hacia la frontera y el que regresa dan siempre la misma nota (4) Las interfases rítmicas, por visuales, ofrecen al triste residente indescriptibles genomas, en patrones blandos, recuerdos acaso masticables (5) Tradúzcase: cuando el olvido del cumpa es equiparable al rasguido del polígono industrial en 24 horas (6) El residente de la triste figura arraiga tracks en un cubo provisional con muchas lucecitas (7) Cada modulación surge de aparatos de telefonía antigua que se proyectan en una pantalla donde un zapatero regresa a sus zapatos (8) Nosotros (9) No

CIGÜEÑA EN XOCHITLÁN

El desconcierto en las patas del medio animal cuando rasca el aire (1) Hacia menudencias en un océano de desperdicios sanitarios (2) En contracampo la figura del ave y la tentación del residuo, oscura por patógena (3) En mezcolanza tal un dios anuncia la vida nueva (4) Acto bautismal: la cigüeña cierra su pico y se eleva por el camino que la trajo del polvo (5) Hay quien la necesita, hay quien cita su forma de retraerse, de mover las alas, de invadir con su costumbre una religión o costumbre (6) Nosotros (7) No

(De *Nosotros no*)

ESCRIBO EN ESTE TROZO DE PAPEL el riesgo de hablar sin que me escuchen, en específico el riesgo de la acción de estar hablando y encontrar en el que escucha alguien incapacitado de escuchar o el riesgo de encontrar bajo la piel del que me escucha un corazón, ese órgano que late como si respondiera a las ondas de un curso menos líquido que sonoro. Puede ser que pensar el corazón nos llame a engaño, pero no hay riesgo porque es un órgano incapaz de escuchar lo que se dice en otro lado. El corazón no puede oírte, a quién se le ocurre que puede dejar el río de sangre de lado para ponerse a escuchar, ¡para escucharte!

ESCRIBO EN ESTE TROZO DE PAPEL la muerte de la monja mientras comía un durazno; se desplomó sin más, como una bolsa, decirlo así habla mal de mí: cayó más bien como caen las plumas de los pájaros cuando parten al medio el corazón del invierno. Qué ruso me puse. Qué ruso se puso todo. ¿Hay monjas en Rusia? ¿Su modo de morir es desplomarse? Como cierre digamos que el durazno continúa suspendido gracias al mordisco de la monja. Desde esta cerrazón puedo verlo, no al durazno, sí a lo otro, o ni siquiera, desde afuera lo que se ve es cierto sistema, su posible estructura, listo para morder o ser mordido.

ESCRIBO EN ESTE TROZO DE PAPEL la injusticia de los que pierden el tiempo buscando lo que no hay. Acá, por suerte, no hay nada que buscar. Todo se encuentra: hablo de objetos en pleno desarraigo, cuyo uso diferente ha logrado distanciarlos de su identidad. Los miro con desafección, como a estúpidas vajillas o animales, también con cierta tristeza. Tienen una forma de mirar que aplasta las razones. Alguien tendría que concederles el beneficio de la letra, su clausura. No me pidan que sea yo el que lo haga. A ver si ustedes.

ESCRIBO EN ESTE TROZO DE PAPEL el desahogo del agua en la alcantarilla. La prisa del satélite cuando espía cada paso que doy en una habitación donde se puede hacer cualquier actividad, menos caminar. Escribo la imposibilidad de tirar la red y levantarla. A ver, leámoslo otra vez: DESAHOGO, SATÉLITE, IMPOSIBILIDAD. En mayúsculas las palabras adquieren un estatuto de panteón. Acá, en el filo de la reja, nadie se hace el distraído. Observo en la tarde las cabezas contra el suelo. No me importan tanto como la inclinación, el gesto duplicado de esos cuerpos que no resistirán otra condena.

(De Excursión a Farandulí)

SERGIO RAIMONDI
(Bahía Blanca, 1968)

Publicó *Catulito* (Vox, 1999. Versiones de la poesía de Catulo) y *Poesía civil* (Vox, 2001).

QUÉ ES EL MAR

El barrido de una red de arrastre a lo largo del lecho, mallas de apertura máxima, en el tanque setecientos mil litros de gas-oil, en la bodega bolsas de papa y cebolla, jornada de treinta y cinco horas, sueño de cuatro, café, acuerdos pactados en oficinas de Bruselas, crecimiento del calamar illex en relación a la temperatura del agua y las firmas de aprobación de la Corte Suprema, circuito de canales de acero inoxidable por donde el pescado cae, abadejo, hubbsi, transferencias de permiso amparadas por la Secretaría de Agricultura, Ganadería y Pesca; ahí: atraviesa el fresquero la línea imaginaria del paralelo, va tras una mancha en la pantalla del equipo de detección, ignorante el cardumen de la noción de millas o charteo, de las estadísticas irreales del INIDEP o el desfase entre jornal y costo de vida desde el año mil novecientos noventa y dos, filet de merluza de cola, SOMU y pez rata, cartas de crédito adulteradas, lámparas y asiático pabellón, irrupción de brotes de aftosa en rodeos británicos, hoki, retorno a lo más hondo de toneladas de pota muerta

ante la aparición de langostino (valor cinco veces mayor), infraestructura de almacenamiento y frío, caladero, eso.

EXTRAÑOS RUIDOS EN LA TOLVA

La psicología laboral lo sabe: ante niveles importantes de exigencia y soledad las formas de protestas alcanzan grados alarmantes de sutileza. Tan sólo un ejemplo: el manejo de la soda cáustica es de suma peligrosidad durante el embolsado y la calidad de los guantes debe ser más que eficaz. Los operarios de Solvay-Indupa se niegan a usar el mismo par de una día para otro y por allí o por allá, al final de la jornada, lejos de sí los arrojan. La empresa presupuestó la compra de doscientos guantes semanales para los doscientos embolsadores y sin duda no es lo mismo comprar doscientos que comprar mil. Por eso ahora cada lunes las manos de caucho se entregan con un sello interno, y una reglamentación ha fijado la multa correspondiente a quien los abandone. Es decir: ahora los guantes poseen apellido y número de legajo pero no la herramienta que el operario como al descuido desliza en la bolsa de soda en perlas y que el vigilante deberá dar por perdida con consiguiente multa para él. Días más tarde, al realizarse la descarga de los vagones en el muelle, el responsable de los silos de almacenamiento oirá primero el golpe seco del hierro y luego el estallido de los metales con que ha sido construida la hermosa tolva.

LA DIETA DE DANTE

La dietética debería preguntarse cómo un poeta que basaba toda su alimentación en el huevo (con una pizca de sal, según cuenta la fábula)

produjo tal cantidad de versos en forma regular durante un tiempo considerable. La estructura cerrada de la obra sin dudas fue un aliciente: no se trataba de avanzar hacia la nada (o sí, pero en todo caso la nada también había sido prevista). Tal vez habría que tener en cuenta la relación entre contenido energético y volumen que favorece a este alimento si se lo compara, por ejemplo, con la carne. En fin, los estudiosos deberían entrar en cuestiones al parecer ajenas y dedicarse por un tiempo al análisis de los versos para corroborar, como un ruso señaló alguna vez, el impulso con el que cada terceto presupone y dispara al que le sigue según el modelo de fases de un cohete espacial; es sólo una sugerencia, pero la célula del huevo, es más que conocido, contiene el germen de un nuevo ser y las sustancias de las cuales se podría nutrir. Por otra parte, un gran porcentaje de esos seres suelen ser aves.

A LOS REALES SEGUIDORES DEL REALISMO

No es, como gustan decir, la voluntad implacable de nombrar la experiencia de quien ha sufrido y por eso desecha el recurso del adorno mortecino. Es, en todo caso, su confianza en los sustantivos, su adjetivación rala y apenas expresiva y cualquier atisbo de acción subordinado a la persistencia y fijeza de una imagen. Suyo el artificio, en fin, de que el verso existe porque en algún lado se vivió, no de que el verso es la vida y lo intolerable.

LA DRAGA

Uno de los problemas del país es y seguirá siendo la posesión inevitable de una de las cinco praderas más fértiles del mundo y el empeño menos natural en hacer de ella la esencia económica de su ser de acuerdo a prerrogativas largamente históricas confundidas con un destino de rigor frente al cual nada es dado modificar. Así como a fines de siglo diecinueve, más del setenta por ciento de las divisas que ingresan al país a causa de lo que el país exporta se deben a productos agropecuarios, porcentaje igual al correspondiente a manufacturas en los países más industrializados, centros de consumo y poder tal como Estados Unidos y Canadá, Europa, China o Japón, ubicados todos lamentablemente en torno al paralelo cuarenta o cincuenta del hemisferio norte, lo que hace del traslado de cereal asunto primario si se tiene en cuenta que en la cotización en destino el flete marítimo constituye un elemento determinante. la pregunta es, entonces, una: ¿cómo abaratar costos? La respuesta son dos enormes cabezales de tres metros de ancho que succionan y vuelven a succionar, previa inyección de chorros de agua a presión para remover los sedimentos apostados miles y miles de años atrás en el lecho en sucesivas capas, el canal de acceso de la ría de Bahía Blanca hasta lograr la profundidad de cuarenta y cinco pies, calado usual de los buques de mayor tonelaje de porte bruto o capacidad de carga que equivalen a una merma considerable en el flete. La desregulación de servicios de remolque y practicable, la supresión de leyes y organismos de control estatales, el despido de personal y la eliminación de convenios laborales han contribuido también a llevar al puerto

a un nivel de competitividad internacional pensado según simples criterios tendientes a que el dinero, con la cantidad menor de trabas, tarifas y riesgos, fluya y retorne, con creces, al mismo lugar de partida mientras la Geopotes 15 aspira barro día y noche y dos o tres holandeses, desde la cabina de mando, testean lo que sucede en lo más hondo por monitores que traducen la agitación en simulación matemática.

W

El *New York Times*, en su sección económica, destacó su llegada como una gran renovación para la industria petroquímica. Fue construida por la compañía Ishikawajima en un astillero próximo a Nagoya, Japón, utilizando tecnología de la corporación norteamericana Union Carbide. Montada en una plataforma de veinte metros por ochenta y nueve, y tras haber atravesado el océano en dos meses sobre un buque holandés sin que las puntas de sus pies acaricien las olas, reina en el sector de muelles de Puerto Galván y en la mente de los más cotizados ingenieros: en comparación con una planta de tierra utiliza un cuarto de energía, un décimo de la áreas necesarias para la instalación y, en particular, implica la mitad del costo general de inversión. Tiene una capacidad de producción de ciento veinte mil toneladas. Su núcleo es un reactor UNIPOL que explota en la noche para anunciar que ya no habrá vuelta atrás hacia la inercia. Su nombre es síntesis de la palabra waterborne.

(De *Poesía civil*)

VIEDMA / PATAGONES

La posesión de vastísimas extensiones agrestes y deshabitadas.
Eso es menos dominio que ineptitud de vastedad semejante.
Porque el único espacio existente es el espacio en que se vive.
Vacante, el territorio aloja un pensamiento presuntuoso y trivial.

Una carpa levantada en la estepa como residencia presidencial.
La predisposición ejecutiva más cerca de la fruta que del engorde.
De la obsesión decimonónica y fluvial a la perspectiva oceánica
útil para reconocer el contorno austral de utilidades por venir.

Releer la oratoria derrotada en los debates de la cuestión capital.
La discusión enfática previa a la instalación de la naturaleza.
Analogías apopléjicas o macrocefálicas del orbe de la medicina
para dar cuenta del desequilibrio enfermo de la concentración.

Una conmoción de frío seco en las coyunturas del funcionario.
La posibilidad de replantear la estructura de un edificio público.
Dieta nacional reformada en base a la biomasa proteica del krill.
La energía gastada en proximidad del sitio de su producción.

Pero si las convicciones son demasiado morales y perfectas
no ha de quedar mucho más que una maqueta irreprochable.

Porque también la distancia entre la idea y su ejecución final se transforma de hecho en ese mismo espacio desértico y vacío.

SCHLIEMANN, HEINRICH

Ignaro de esa sensibilidad estética y exquisita que faculta a disfrutar de los versos al margen de cualquier tipo de preocupación mundana, usó y abusó del pragmatismo ya comprobado en su contabilidad para la compañía naviera o en sus decisiones cuando el negocio del oro para leer en Homero lo hay que leer cada vez: el testimonio más exacto de la vida material, si bien antes de avanzar en la argumentación cabe destacar que la vida concreta a emerger de las excavaciones apresuradas y más falibles en un punto no podía ser sino, exactamente, la de su propia época: positivista e imperial. Los ochenta turcos contratados avanzaban con cada golpe de pico y pala hacia una era remotísima de la que apenas si habían salido mientras él con la teoría de un hacer incesante demolía la escolástica tradición aristotélica urgiendo la correspondencia de una verdad con otra. Poesía e historia: un magma igual. Endilgarle que no coligiera en las tres vueltas ligeras en torno a las murallas una licencia exigida por la dinámica del metro, un signo esotérico dedicado a fomentar la soberbia de la secta infaltable de iniciados o, bueno, una hipérbole entre tantas destinada a cautivar a oyentes muertos, actuales y de los siglos

por venir es no sólo injusto e improbable;
es fetichista. Que la palabra soporte lo literal.

CHANCHO, CHA

Amér. *cerdo*, fr. *cochon* y *porc*,
it. *porco*, i. *pig*, a. *Schwein* (de *cerda*, pelo grueso,
del lat. *saeta*). 1. Lamentable expresión de lamento,
“Porca miseria” es un oxímoron, no contradicción
ideológica. O sea: evidencia sin contradicción el sitio
desde el que se habla y, más precisamente, ese sitio
considerado propio y que por esas leyes del sistema
hubo que abandonar para caer, aaajjjjjjjjj, qué asco,
en un chiquero. Déngle un puerco al que nació mísero
a ver qué dice. Bah, decir no va a decir nada, pero ya
anda como loco por ahí viendo cómo hacerse de una
flor de chancha, cola corta al aire, pezuñas clavadas
en la tierra mostrando el surco cuando aquel viene y
izácate! se la monta, eso siempre y cuando no lo haya,
trabadas las patas de atrás, hundido antes en el tanque
con el agua hirviendo y ahora con el cuchillo al cuero
le dé arriba abajo le dé arriba le dé abajo le dé le dé
para que no queden cerdas al colgarlo del gancho
y por el vientre y el pecho de un único tajo lo abra
atajando mierda al instante todo envuelto en sangre
intestinos, hígado, corazón, bofes y riñón: facturas.
No, porca miseria para quien supo degustar con bon
vin sus buenas fetas de glacé y bien lejos del criadero,
como si los jamones hubieran llegado allí por magia
o hubieran madurado envueltos, ya oreados y secos,
en un árbol ubicado en la parte trasera del restaurant
bajo el cual piarían unos pollos horneados al ananá.

(Inéditos)

SONIA SCARABELLI
(Rosario, 1968)

Publicó *La memoria del árbol* (2000), *Celebración de lo invisible* (2003) y *Flores que prefieren abrirse sobre aguas oscuras* (2008).

XIX

Mientras tuve mi oportunidad
todo esto vi:
la nervadura de la hoja de arce,
la diminuta ola del mercurio,
la valva pulida
hasta quedar de una blancura
transparente,
la pesada travesía
de la gota de agua;
y cuando cerré los ojos,
ahí, estaban conmigo.

(De La memoria del árbol)

XXXV

Con el sol
los sobrevivientes
se llenan de vanidad

panza arriba
junto a un hormiguero
el escarabajo
insiste en hacerse
llamar “gigante”

el colibrí reclama
por su parte
ser nombrado
esmeralda del aire

y la abeja
oro del aire

pero la golondrina

ella es siempre
migratoria
la más vanidosa
de todos

dice que su reino
está en la parte superior,
junto al mismo éter,
donde
es sabido
se encuentran las almas más puras.

(De Celebración de lo invisible)

LOS COMEDORES DE PAPAS

Yo no recuerdo estar
frente a la lámpara
ni tampoco la mesa de madera,
pero los rostros sí, los ojos
con aquel paño de tristeza enormes

y el olor a la leña
llenando todo de un humo que apenas,

no el humo celebrante
de las fogatas de San Juan, no el humo
de las hojas ardiendo en la vereda

sino más bien un humo
en el que parecía fueran a quemarse
todos los sueños de la vida

¿En qué pensó mi padre ante ese único
alimento rodando entero
el mediodía?

Sólo un plato de papas y todo
el tiempo por delante,
el largo día entre los hijos

Lujosas me parecían a mí
que aún sin dolor miraba
el vaso medio lleno
y no la pérdida
el hondo plato de la pérdida

servido
tan blanca, blandamente

STAPELIAS¹

Piel de lagarto,
estrella de mar,
carroña

stapelia
orbea variegata

a mi madre y a mí
nos recordaba
la piel de los escuerzos

tu flor brillante abierta
con puntos grietas de oro
sobre el pardo rugoso
de los pétalos

Animalito
de desolación
cuánta belleza
fragilidad detrás
de la máscara
de diosa,

alma escondida
humilde
hablando de la carne
que perece

1. Las *Stapelias* son unas extrañas plantas suculentas cuyas extremadamente grandes y bellas flores con forma de estrella sueltan un olor pestilente que atrae a las moscas. Su velluda, áspera textura imita la carne podrida de un animal muerto. (Nota de la autora).

Fascinadas te vimos
soltar las cinco puntas
de tu estrella
por años
sin saberte
el nombre cierto

¿qué es aprender
un nombre?

temor y reverencia
nos daba
tu flor
de cielo inverso

carita de la vida
de la muerte
hermosura
nuestra

corrupción
que se anuncia
deslumbrando

NO LA NADA

*Para Germán Scarabelli
In memoriam*

¿Será verdad que sólo
hay un vacío enorme tras las cosas
cuando vemos
subir la luz de un cielo como este

y abrirse el día así? ¿Será
verdad que atrás de estos colores
que el otoño dispersa, la belleza
y el dolor de los cuerpos
un santo ríe y nos espera
gozando de su engaño
con la furia inocente de lo altísimo?
¿Que hay consuelo después
como hay ahora
desconsuelo y salimos
despiertos de este sueño
y no al contrario?

Qué batalla la nuestra
si es tan dulce
a veces
cambiar esas miradas
con la luz
y si también la noche
se siente que cobija
a ratos
lo que nos duele atrás
de lo que somos.

Lo pienso ahora
que parece que te vas
y estás quedándote
al mismo tiempo en todo
lo que veo. Y no se pierde
tu forma, rasga un velo
me digo, que entorpece
mirar lo que está ahí,
lo que sentimos
amar, y cuesta irse

confiar en la ilusión
que, cuentan, es
lo misteriosamente
diferente
y no la nada.

(De Flores que prefieren abrirse sobre aguas oscuras)

TRANQUILIDAD DE HABLAR

Hablo con la tranquilidad
de los que no tienen que ser oídos,
de esos a los que nadie tiene que escuchar.
Ahora mismo soy como el pajarito
al que no le acierta ninguna piedra,
el pez al que no lo pescan, feliz en el agua.
Las palabras me arropan este rato
que lo paso hablando con vos
y no siento nada de frío
y no me asusta ni un poquito la oscuridad.
Mirá cómo ya todo lo que decimos
se hace de la sombra,
y nadie nos escucha ni a vos ni a mí,
y hablamos muy tranquilos
como si conociéramos la lengua de los pájaros.
Mirá cómo lo que decimos la perfuma a la noche,
igual que si las palabras se abrieran como flores,
como si nuestro idioma fuera una flor rarísima,
de esas que se abren
aunque no haya luz.

EL RÍO

Cruzaste el río del olvido, pero
¿te olvidé yo?, ¿me olvidaste?
No, nos vamos sacando esas cáscaras,
esas corazas como de rinocerontes,
las caras que teníamos que poner,
las cosas que teníamos que decir,
y abajo quedan los animales blandos,
hablando en un idioma que es tan nuevo
que me parece que lo aprendo en un sueño
o me lo encuentro por ahí.

TRICKSTER

Al final te escapás de la muerte
y yo me escapo con vos.
Sos como un zorrillo, como una liebre,
el que hace trucos a los creadores de todo.
El que trae el fuego, el que corta la leña
y asa el alimento.
Yo nazco de vos y después te doy a luz
como si fueras mi hijo.
Porque somos como los gemelos,
somos como la liebre con el labio partido,
los que juegan a la pelota
con los dioses del inframundo.
Entonces nacés de nuevo,
me contás el secreto,
y yo lo voy silbando y cantando
muy contenta en el viento.

(De *El arte de silbar*, inédito)

EDUARDO AINBINDER
(Buenos Aires, 1968)

Publicó los libros de poesía *Nené* (1990) y *Con gusano* (2007), que recopila una serie de plaquetas de circulación limitada.

LARGA NOCHE DE CONEJOS Y MORTALES

Después de una noche de conejos,
baja de la alcoba con el hocico seco, las orejas caídas,
hacia la sala iluminada
así como todos los días para entrar o salir
de su infierno privado deberá atravesar qué
¿los espinosos esquemas de un jardín?
Se pregunta si no es una exageración llamar “en celo”
a ese intimar de los insectos bajo la luz,
y si ese suave golpeteo de los insectos contra la lámpara
no es en una mínima escala
la tendencia de los mortales —no de los conejos—
a estrellar su lenguaje contra una pared;
se pregunta si no sería otra exageración
llamar a esa silenciosa colisión, a esa alianza momentánea
de cal, cemento, ladrillo hueco y palabras:
“una gramática”, usada por los jóvenes del mañana
para andar por ahí chillando vanidosamente: “Al infierno
o a la paz inservible, vence con el caos”,
en el caso de que mañana haya jóvenes

o siquiera un demonio niño, demasiado crecido para su edad,
que prefiera el caos a cualquier círculo del infierno.

FENÓMENO

Oh si viniera una bella niña en edad de merecer
y me tomara de las manos
sin dudarlo, retrocedería ante tal fenómeno,
y dejando de lado la parábola, el arco, salto mortal o caída
libre,
con una previa voltereta circense
me iría a echar en los musculosos brazos de lo absurdo;
y cuál si no este acto es el que me otorga una estirpe,
ya no un león de mi escudo sino una alimaña.
Oh si viniera ahora en su defecto una viejecita
—jactándose de haber sido una bella joven—
y me tomara de las manos
sin dudarlo retrocedería ante tal fenómeno
pues a mi calavera se le antoja
que ni siquiera un seno blando
entibia a una mano muerta.
No, no vendrá, y ninguna otra niña merecedora
se acercara jamás a este regazo de lo ridículo
donde me encuentro hace cien años,
ni me daría cuenta de que las jornadas pasan y pasan
si no fuera por esa rana que todos los días
viene a mear en el acervo de lo cotidiano.

QUÉ BUENO SERÍA ENCONTRARME

por un segundo en esta vida a una perfecta alma gemela
y decirle en un acto de instantánea confraternidad:

“Tanto gusto, me cortaría una de mis enormes y redondas
orejas
y te las serviría en bandeja de plata
para que sólo tú las muerdas
como a una deliciosa galleta”;
un poco endurecida, eso sí,
de tanto escuchar a los viejos, jóvenes y novísimos juglares
recitar lo suyo en amplísimos salones.
Pero qué bueno encontrarme por unos segundos
en esta vida a esa alma gemela
y que un demiurgo al vernos juntos nos salude con cortesía,
aunque piense para sí: “qué par de monstruos”.
¿Y no es acaso cuando el demiurgo intenta reconciliarse
con sus dos criaturas más imbéciles
o cuando un vate le implora al mundo:
“Mundo sé bueno, existe buenamente”
que el anticlímax es terrible?

POR QUÉ NUNCA VIENE

un Don Nadie a llevarse la perla de la casa,
y a falta de un verdadero espíritu malvado que apedree las
ventanas
o pisotee las flores del jardín,
mi mundo es revisitado a diario
por quien está de turno y me toca en suerte:
un demonio al que llaman “mal menor”,
porta la nariz roja de los seres castigados por la justicia
poética,
su apodo lo avergüenza, y cuando desciende al averno
sus compañeros de cuadrilla se burlan de él.
Nuevamente cabe preguntarme por qué nunca viene un
Don Nadie

a llevarse la perla de la casa,
y solo es recurrente un gato
trayéndome un ratón muerto a la memoria
y ésta lo rechaza como quien repite:
“No quiero animales en mi casa”.

¿ACASO SE MULTIPLICARÁN

como los males y las pestes?
No, odiada y odiado hasta ser uno solo,
ya no susceptible de adoptar cualquier forma,
ni siquiera la infancia o una vida anterior
recuerdan su antigua forma humana
cuando la madre de todas las cosas
ya era lo que es hoy:
una anciana requetevieja
a la que no se le ven los ojos ni la cara,
arrastra los pies y como encorva cada vez más el lomo
cada tanto hay que gritarle: ¡Párese derecha!
Odiada en el odiado
dirige a la madre de todas las cosas
la suma de su odio, detesta lo disperso
y también a quienes juntan palabras.

SI LA MATERIA NO CONTUVIERA

sus propias leyes de autodestrucción
es probable que un demiurgo previsor
dejase precisas instrucciones
para la destrucción de lo rosado
blanquecino, beige, azul y oro,
lo rojizo, verdusco o incoloro,

en fin... de todo lo creado.
Pero las “Instrucciones para sostenerle
la vela a una anciana” son más bien imprecisas.
En ellas no figura cuánto tiempo
hay que sostener la vela,
si hasta el fin de nuestros días
o hasta que las pupilas se nos vuelvan cuadradas.
Y lo más preocupante, inquisidor de la conciencia,
si en todo caso cuando la vela se consume
quien la sostiene estará muerto
y la anciana vivirá para contarlo.

(De *Con gusano*)

EN NUESTRA CASA INSTITUCIÓN

los únicos habitantes erguidos son las sillas.
Y aunque en todo momento
escuchamos los gritos
de nuestro preceptor: ¡Párense derechos!,
no hay manera, no hay modo
de dejar de ser un cuasimodo.
Y si golpean a la puerta
de nuestra casa institución
egoístas disfrazados de altruistas
con ignorancia de aquella regla elemental
que dice: “A los vergonzantes
no se les pide, se les da”,
no tenemos nada para dar
salvo si un día nos volvemos
enjutos a más no poder
para ofrecer aunque sea
menos resistencia al aire.

SÉPANLO:

nuestra forma de gobierno
se da mediante un mecanismo de poleas,
cuando sube al poder un enano
baja un gigante, o viceversa.
Mi filosofía no ha ido más allá
de escribir insultos contra el régimen
en el interior de las grutas
que otros inmediatamente leerán como elogios
ya que veinticuatro horas al día funciona
la maquina de transformar
vituperios en alabanzas.
Con más acierto andaban quienes dejaron escritos
sus consejos amorosos en un abanico, lo sé.
Y como de escribir en las grutas
diatribas contra el régimen no se vive,
ante la mirada atenta de mi superior,
puloil en mano, limpiando cacas e insultos
de la estatua del tirano de turno, voy.

CAMINA EN LÍNEA RECTA

ajena a vueltas de tuerca o punto de fuga.
No es bueno odiar a la tortuga
por el hecho de quedarse callada,
o por no ser enteramente alada
pero con esas señas particulares
¿quién se atrevería a amarla?
Si la fábula la hizo hablar,
en todo caso no le otorgó
el don de la conversación,
si en verdad habló, los ruidos

molestos de cada época
se encargaron de silenciarla.
Su plan está trazado desde un principio:
viene de un silencio ancestral
y lo que hará en adelante será callar,
o a lo sumo se debatirá en sordina
si quedarse inmóvil o irse
con el silencio a otra parte.

(De *¡Párense derechos!*, inédito)

ANAHI MALLOL
(La Plata, 1968)

Publicó los libros de poesía *Postdata* (Siesta, 1998), *Polaroid* (Siesta, 2001), *Óleo sobre lienzo* (Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, 2004), *Zoo* (Paradiso, 2009), *Querida Alicia* (La Sofía Cartonera, 2012) y *como un iceberg* (Paradiso, 2013). Es autora, además, de un libro de ensayos sobre poetas argentinos, *El poema y su doble* (Simurg, 2003).

IRON & GLASS & GARBAGE

Soy
un trozo
de fósil
de mamut
soy un monstruo
mecánico
transparente
y no quiero
nada.

Desnudo
resbalo
por sábanas
arrasadas
de mafioso latino.

Jóvenes
adornadas sólo
con guirnaldas
rojas y amarillas
se mueven despacio

junto a mi cama.
Busco
la tensión cero
vivir en lo anodino
los días boca arriba
en la oscuridad
de un sueño perfecto
inalterable
diamante
persistir
en sales narcóticas
anestésicos
cristales de opio
de prismas rectos
e incoloros
permanecer
comprimido en lo indoloro
600 millones de años
como esa bacteria
vida latente
en sal gema
fiel a la forma
hasta en los mínimos detalles
como quien guarda
el desecho de un recuerdo
de un deseo
en un relicario de ámbar.

(De *Postdata*)

UN CABALLO...

un caballo
parado
debajo de la lluvia
como si no
lloviera

así quiero estar
desnuda entera
debajo de la lluvia
como si nada
como si nadie
me hubiera
tocado nunca
haciéndome más frágil

(De *Zoo*)

QUERIDA SUSANA:...

querida susana:
años sin vernos, quién
lo hubiera dicho y
pasaron tantas cosas tal vez
no sepas
o tal vez sí porque esta
ciudad —siempre se dice—
es un pueblo me enfermé una vez
y tuve miedo
y tuve un hijo
y tuve miedo
y después tuve gemelos

que nacieron
antes de tiempo y eran
chiquititos como muñequitas
de colección
y respiraban se movían me miraban
ahí internados
en su burbuja
de plástico
transparente
y eso ya fue angustia
y después
hubo también alegrías
libros, amigos, peleas
esas cosas de todos
los días y otras que
no tanto
pero los nenes
crecen cada día y ahora
me dicen mamá o también
mami
—mami— algo que nunca
me nació decirte y ahora
aunque él y yo
ya no estamos juntos
viste? con él tampoco pude—
cada vez que escucho un imami!
que, agudo, me reclama o que
comparte una pena o una alegría
sé que eso fue
de su parte
el mejor legado.
qué cosa
tantos años
y yo

sin saber nada de vos
aunque me dijeron que estás
con un principio de alzheimer o
demencia y entonces aunque casi
te llamo por tu cumpleaños
no lo hice
tuve miedo de que
como esa vez en la que nos cruzamos
me dijeras
no sólo que no me conocías
mamá— sino que
ni siquiera recordaras
haber tenido alguna vez
esta hija
que ahora te recuerda y
escribe una carta.

QUERIDA ALICIA:...

querida alicia:
años sin vernos y sin embargo la otra tarde
me hice un par de horas
para pasar a verte
te dije estabas igual
era y no era cierto
ahora las dos unas arrugas
el pelo teñido
pero eso
es lo de menos
a la media hora de estar juntas
ya no sabía de qué tema
hablar con vos
se instaló el silencio

puse una excusa
tal vez extravagante
y me fui
porque no podía
soportar ese silencio entre nosotras
porque no podía decirte
que en estos años
recordé a menudo tu risa
ahí al lado en el otro banco
tu indulgencia ante mis bromas
mi aburrimiento
cuánto aprecié
querida alicia que no te enojaras
cuando era a vos a quien retaban y era
yo la que había lanzado
el primer desafío en el silencio
de la clase creo que nunca nadie
volvió a quererme así
ahora el tiempo y la distancia, ya sabés
y sin embargo
me queda
como un talismán que repito
tu nombre alicia
querida alicia
y en ese nombre
hay un pedazo de infancia una sonrisa
una calidez como de hermana
que me da en las tardes de invierno
una calma difusa
pero cierta
como que hay un cielo.

(De *Querida Alicia*)

EL CALOR

como si se pudiera
residir en el calor de otro cuerpo
me acomodo entre los brazos del verano
espero
la tarde en que vuelvas,
amor, a leer conmigo mi pequeño
zoológico de palabras
o sombras en los muros, para empezar de nuevo.

LAS ESTRELLAS

y acercaste tu cara a la mía en el gesto
de quien espera
recibir un beso
y te besé
y pediste más
y te besé otra vez
y otra.

un instante confundí
la lucecita del extremo de un ala de avión
con las estrellas.

ICEBERG

sorprendente y hermoso
como un iceberg
descubrir
una nueva forma del amor
en la maravilla del cuerpo:

cuando él llora
de la punta de los pechos brota
una forma
perfecta de consuelo
una leche
blanca y dulcísima.

(De como un iceberg)

MARTÍN GAMBAROTTA
(Buenos Aires, 1968)

Publicó: *Punctum* (Libros de Tierra Firme, 1996), *Seudo* (Bahía Blanca, Vox, 2000), *Relapso+Angola* (Vox, 2005), *Refrito* (Calabaza del Diablo, 2007) y *Para un plan primavera* (Vox, 2011).

10

No hay, no va a haber, no hubo
no hubo, no, no hay, no va a haber
ni hubiese habido si; no hubo,
no hay, no va a haber, no,
hubo, nunca, ni hay, ni puede
haber, no hay, ni debe haber
habido, no hay, no hubo,
ni va a haber errores de línea
en el cráneo, la curva perfecta
de los huesos frontales,
no hubo, no hay, mejor serie que Kojak,
ni máscara más concreta
que estas antiparras de soldador
para pasar la poda de la noche
neutra, no hubo, noche
neutra ni clara, no hay martillo
neutro ni pesado, no, que martille
agarrando el mango del martillo
para martillar con el martillo

la madera de los hechos, no hubo,
no hay: Kojak vendió su coche en llanta
a los chacales, entregó el escudo y arma
al Capitán Griego, los negros amagan
con quemar un kiosko y no lo queman;
no va a haber, Cadáver, mañanas
reales de color tierra
para usar el gatillo, un gatillo difícil,
tenso, que se resiste a ser gatillado
contra algún objetivo enemigo,
ni hay, no hubo, ni hubo de haber,
tiza para delinear con tiza
el contorno de la víctima tirada
boca abajo en el suelo duro;
no va a haber, líneas
de carbonilla en el cielo,
líneas de grano tieso y reventado,
líneas negras que cruzan otras líneas, en ángulo oblicuo
formando enredaderas con líneas
que se despuntan en líneas
que se pierden hacia un fondo
rayado por otras líneas curvas, ni hubo,
ni hay, no hubo no, no va a haber, no hubo,
ni hubo de haber habido, no hay, no.
Escopetas recortadas en cartón, bidones
de nafta, plantas alicaídas,
descompuestas, antes de lograr
una forma madura bajo el toldo,
vidrio molido en la carne picada,
una vieja con el tobillo sangrándole
bajo la media de nylon, el personal
de limpieza en la planta baja de ibm,
una cuadrilla de negros
que se deja caer del camión
para romper una calle.

Esto se dijo antes (ya)
se dijo, incluso, en canciones pop;
que la noche hace crash se dijo
antes, está dicho desde antes,
se dijo que el animal sedado
daba vueltas por la casa y antes
se dijo que no había nervios trastocados
en el organismo ansioso, que la carne
sin nervios molesta se dijo
y también se dijo que no hay
que saltar en la cama
y aparte se dijo esto
y del lugar en que se dijo
está sacado esto: no puedo leer.
El párrafo que empiezo y rempiedo
se detiene, me trabo al llegar a la primera e.
La primera e es el cabeza rapada partidord-
de guías-de-teléfono que me hace no seguir leyendo.
Por el cabeza rapada tatuador-de-esvásticas
entiendo todo lo aprendido hasta ahora
y que no sirve.
Antes de aniquilar
este párrafo es inútil,
estéril además, en esta tierra negra,
seguir con toro párrafo
donde la traba para leer
sería, por ejemplo, una coma.
Las palabras en el libro no significan nada,
al leerlas están cargadas de electricidad, saltan de la hoja
pero no quieren decir nada. A esto trato de solucionarlo
tomando algo, poniéndome gotas para los ojos,
que obnubilan la vista,

dejan la visión acuosa. Con una gota
de medicamento en el ojo
se ven colores no formas, al colocar
siguiendo las indicaciones en el prospecto
una gota en el lagrimal, que vendría a ser
la esquina del ojo
si se toma al ojo por un triángulo acostado
veo colores y no formas,
eso mismo que dije antes y anteriormente
se habrá, creo, dicho muchas veces antes (ya).
Parpadeo, los cierro para que sequen,
para que los ojos en sangre vuelvan a blanco,
esperando que el movimiento líquido que veo,
los manchones negros, cubos blancos
y lo que parece ser un pez gordo
nadando sin sombra en el fondo del mar
vuelvan a ser los que en realidad, son:
un ovejero atado a un lavarropas.

.....

Mamadera para los dioses
y carbón para asar el siglo
cobarde, la piedra negra,
la mano de piedra
negra que atrapa el relámpago,
alambre iluminado que
se transmuta en flecha de cobre
y no hace falta especificar,
digo piedra: forma estéril
ahí entre las viejas del agua disecadas,
los caracoles disecados, las uvas
resecas, las hojas disecadas,
la cáscara de durazno disecada

y la cáscara de esa cáscara disecada.
Eso forma parte de su dieta
a base de calabaza y jugos diluibles.
Todo en un tercero D alquilado
lejos del dodge verde metal de papá
donde fumaba por la tarde.
Una viuda de 24 años
contemplando su cráneo de yeso
en la biblioteca de mimbre.
Hielo charla con La Drogona de Palermo
que pasó a pedirle un cospel.
“Dale,” dice Hielo, “ponéte tu remera
del Mono andando en Mula,
quememos estos libros
y salgamos a ver la lucha de clases
en los copetines de la tarde, a los que se creen
albañiles por levantar cuatro bolsas, a pedirle plata
a tu novio que tiene llavero de la CNN,
el que paga 10 dólares por un sandwich
y después siente inconvenientes en la panza
o al otro punto aquel que tenés
el que trae jugadores de
la Federación Boliviana de Fútbol.
Después podemos ir en taxi a bailar
a ese galpón que pusieron por discoteca
al ritmo machaque de esa chatarra
cibernética de tercera mano que ponen.
Eso si te dejan entrar y no te dicen
'zafá pardita' en la entrada
y tenemos que ir a buscar
a la novia de Iggy
para que mueva el culo
enfundado en lycra
y nos haga pasar.”

.....

La sangre: pacificada
más suero, en realidad, que sangre.
Suero pacífico por sangre
igual a sangre pacificada;
sangre con suero que anula
la sangre real. Las vías
respiratorias: pacificadas;
los peces: pacificados; los huesos occipitales,
también, pacificados. El cemento duro,
que por definición es duro, de las edificaciones
del estado: pacificado. Pacificada, además,
la pupila dilatada a causa
de una gota para los ojos.
El parpadeo en el sopor
ayuda al proceso de pacificación
general del cuerpo. Los pulmones:
pacíficos. Agua y arena para hacer cemento:
pacificados, los músculos de la cara:
pacificados. Las fundiciones de acero:
pacificadas; los altos hornos zapla:
pacificados; en paz descansan las perforadoras
con mecha especial para talar piedra,
las soldadoras eléctricas, las pulidoras de metal
y otras herramientas.

(De *Punctum*)

POR EMPEZAR...

Por empezar
un electricista no es un electricista
sino un hombre que trabaja de electricista
aunque por la noche piense
que sus venas son cables
que transmiten watt residuales
del trabajo diario.

(De *Seudo*)

*UN CUERPO REACCIONA CUANDO ALGO
LO INFECTA...*

Un cuerpo reacciona cuando algo lo infecta
la situación externa domina la situación interna
libro + ojo = doctrina
todo lecho es clínico
el delantal acepta sangre
doctrina - mentor = jabón en polvo
la gimnasia no es gramática
el sistema afecta la lengua
república - doctrina = trapo de piso
la gramática es gimnasia
un himno debe sonar idiota
gallo + machete = puchero
ser la neumonía
erradicar la Y
arroz + bol de acero = plan
el primer síntoma de pánico es una sintaxis indisciplinada
no se mata la peste comprando ambulancias
bandera = delantal de carnicero
el sectarismo soporta cualquier adjetivo

el resentimiento es combustible
Rodríguez + petróleo + diamantes + hierro
+ fosfato + cobre + oro + uranio = Angola.

(De *Relapso + Angola*)

*NO ES QUE QUIERAN QUE DEJES DE ROTAR EN UNA
SILLA GIRATORIA A UNA VELOCIDAD...*

No es que quieran que dejes de rotar en una silla giratoria
a una velocidad
distinta que el mundo distante, no presentan objeciones a
que te sientas
en una órbita original al girar sobre un eje propio, ni que
después abras
pensativo una lata cilíndrica de paté haciéndola rotar en tu
mano, ellos
también a veces hacen girar sus globos terráqueos y los
detienen con el índice
para elucubrar un rato acerca de la región que señalaron al
azar
no tienen problema alguno con tu murmurante desiderata
sobre
si lo que gira es la lata de paté o el abrelatas, sobre el pequeño
disco dentado
que se desprende del resto de esa lata cuando abierta, no
quieren ver
tus planes a la hora de otra primavera adjetivada, ni tienen
especial interés
en plantarte un dispositivo de rastreo satelital para seguir
tus pasos
por ramblas de balnearios atlánticos donde supo haber
videobares, disquerías, locutorios, ni ubican

a esos automóviles contratados por los motores de búsqueda
que salen con cámaras
de trescientos sesenta grados en el techo a fotografiarlo todo,
no quieren saber
las canciones que almacena tu pequeño reproductor de acero
cromado y plástico
blanco, no están necesariamente al tanto del diagnóstico que
dice que lo anómalo
no es estar desconectado de la realidad sino, a un nivel
macro, estar demasiado
conectado ni esperan que se entienda por realidad un lanchón
de asalto adentrándose
lentamente en una mesopotamia, que se entienda por
realidad camelias
sobreexcitadas por el viento, por realidad a un grupo de hijos
etíopes haciendo
que esperan un micro en una circunvalación específica
habiendo perdido toda noción
de especificidad, con sus parkas estropeadas, pasándose un
cigarro, clavándose
en la yema de los dedos los dientes de la tapita redonda de
una botella recién
abierta, no ponen en duda la frágil camaradería nocturna que
tejieron hace un rato
comiendo corazones de pollo ensartados en palillos de
madera, no contextualizan
ese manifiesto, no teorizan sobre el entumecimiento, no leen
todo lo que dice
el vicepresidente de Bolivia, no sintetizan la tenacidad, no
acampan a las puertas
de abisinia, ni azuzan leopardos semidomesticados con el
tamborileo de
sus panderetas, no queman tabloides, no se duermen con las
manos entrelazadas

sobre el pecho mirando propaganda, ni les preocupa que
ahora te pasees
con dulce parsimonia, la almohada todavía marcada en la
cara, arrastrando los talones
por los pasillos de un supermercado buscando una marca
específica de sopa
de fideos instantánea japonesa, y tampoco es que quieran
evitar
que prepares, el temperamento hecho un témpano, esa sopa
antes de ponerte
a leer un manual para perfeccionar maniobras de evasión,
lo que sea
no, no, no, nada de eso, no
simplemente quieren que te mueras.

(De *Para un plan primavera*)

RASGUÉ LAS CUERDAS DE MI CÍTARA SATÍRICA...

Rasgué las cuerdas de mi cítara satírica
hasta que una cefalea irremediable se puso
a bailar al compás de un valsecito nefasto
sobre la tapa de mis sesos, dejándome
el cerebro hecho papilla como el de un
senador al que se le cae la cabeza
en su plato de espaguetis. Rasgué
rasgué esa cítara hasta, pero juro
por mis días en el rastafarianismo
que esto no volverá a suceder.

(Inédito)

SILVIO MATTONI
(Córdoba, 1969)

Publicó los libros de poesía *El bizantino* (1994), *Tres poemas dramáticos* (1995), *Sagitario* (1998), *Canéforas* (2000), *El país de las larvas* (2001), *Hilos* (2002), *El paseo* (2003), *Poemas sentimentales* (2005), *Excursiones* (2006), *El descuido* (2007), *La división del día. Poemas 1992-2000* (2008), *La chica del volcán* (2010), *La canción de los héroes* (2012), *Avenida de Mayo* (2012), *Peluquería masculina* (2013). También es autor de dos libros de ensayos.

PARECIDA A LA NOCHE, ME SENTÉ...

Parecida a la noche, me senté
a escuchar un chasquido sordo, el arco
tenso del destino que dispara sobre mí.
No hablaré de mi infancia, del peligro
desafortunado, de expulsiones familiares, allá
donde entre tan escasa gente nadie
miraba el brillo de esta niña, hoy
tan alta como un árbol que se hunde
profundamente en la tristeza terrestre.
Busqué después la vana promesa de leer
a dos hombres unidos por un hilo
que yo llevaba danzando. La muerte
los hace ahora totalmente distintos, ¿qué
rara trama decisiva diría que uno
fuera consumido por su enfermedad, dándole
un excesivo alimento, qué hizo al otro
detener un crecimiento que hoy tejo
con la malignidad de mi aceptación?
Todavía mi herida me quemaba y él sacó

una flecha nueva, alada, causa
de sombríos dolores. ¿Quién podía
saber que un gesto negativo, juvenil
y violento, que esta cápsula, yo,
me aboliría para siempre? No sé
cuántas personas se conmueven al verme;
quienes me aman susurran, para asistir
a la belleza de mi llanto que me dobla
como la lluvia al frágil junco: “¿Por qué
quieres crear otro cuerpo con tu cuerpo?”

(De *Sagitario*)

AHÍ VES A QUIEN NO PUEDE TOLERAR...

Ahí ves a quien no puede tolerar
las caricias involuntarias del cielo sin
soñar con el infierno que perdió. No
quiso entender que hasta un pájaro implume
corta el aire del instante, hace un mundo
de agua fresca donde crecen seres
de nombres desconocidos. ¿No parece
una mosca, como nosotros, saltando
y zumbando a la espera de esa mano
que ciega nos envíe a la turbia ceniza
de donde salimos? Sin pensamiento, sin
fuerza, en la ausencia definitiva
que no llega, somos felices
moscas. Él se nego; para el indiferente
existe este pantano del arrepentimiento,
donde cada fantasma se desprende arropado
en tiempo transparente. Aquí nos dejan
tirados, distraídamente, abundantes

como abrazos infantiles, apenas
moscas que molestamos a otras moscas.

(De *Canéforas*)

EN ALGÚN RINCÓN DE UN CUADRO DE BRUEGHEL...

En algún rincón de un cuadro de Brueghel
hay un féretro con ruedas que un niño
remolca seriamente. Hasta nosotros
llegan los pésames de animales mudos
como en un pesebre. ¿Por qué
no tomamos un poco de vino
en honor a los muertos? ¿No vieron
que nacen en ese instante, juguetes
de nuestro aparente olvido? El zorro
pasa su cola de plástico al lado
del establo, la grulla picotea
un alimento invisible en el estéril
aserrín del piso. Un pájaro verde
les cuenta sus desgracias a las tensas
orejas de la liebre. No alcanzamos
a escuchar más que el chirrido del carrito
que siempre está vacío. ¿Buscaremos
nuevos personajes? Cada bibelot
nos permite una charla interrumpida
por los humores del cuerpo. Las fábulas
no son lo que parecen; un tímido animal
se transforma en maestro. Sientan eso:
“tunn, tah... tunn, tunn, tah... tunn, tah...”
Vámonos, van a llegar los otros, los otros.

(De *El país de las larvas*)

FIEBRE

Cuatrocientos cincuenta instantes, ella durmió con la cabeza entre mi cuello y mi pecho. Respiraba agitada por la fiebre y en su ronquido rítmico yo intentaba escuchar qué pasaría con el sueño, con la enfermedad. Pero ¿soñaba acaso sin palabras sobre una almohada de huesos, mi clavícula? “Quisiera preguntarle al gran espejo libre de gripe, a la velocidad de tus meses de vida, que ahora oprimen apenas mi garganta, qué será de vos mañana, pasado, de aquí en veinte o cuarenta años, cuando yo no pueda sostenerte y lo que digas dependa de otro mundo.” Traté entonces de dormir: imágenes desconocidas y signos dibujados por detrás de los párpados sobre la pared en mi noche secreta. Sólo supe que no me traerías pesadillas y que pesabas menos que una pluma.

(De *Poemas sentimentales*)

DESHACERSE DEL CUERPO

El auto ronronea demasiado,
¿en camino hacia dónde? Voy
buscando con mi padre algún lugar
para dejar ese pequeño cuerpo

que traemos envuelto en una bolsa de basura. Mis quince años de vida no llegan a cinco de estar pensando en mi voz, en mi encierro. ¿Dolía de verdad? Hablar era imposible y todo tenía que ser escrito. Atrás el plástico negro parece vibrar con las sacudidas del viejo Citroën celeste. Estábamos casi afuera de la ciudad, en el borde que todavía no es campo. “Por acá puede ser”, dice mi padre. Bajo con la pala en la mano, él levanta el cadáver canino que nunca, nunca dejará de volver. El suelo tiene fisuras que resisten, siguen inamovibles ante la hoja de hierro que levanta porciones mínimas de tierra. ¿Qué hacer? Seamos pragmáticos, abandonemos cualquier idea de eternidad o historia: lo único que existe nos afecta. Mi padre avanza en el desierto gris con una perra muerta que de pronto rompe el nylon y cae. Puedo ver sin enfocar, apenas por la esquina de mi ojo, el hocico flácido, una oreja dada vuelta que muestra el interior rosado. La pala ineficaz se mete al auto como si nadie la hubiese empuñado. ¿Quién más estaba ese día de un entierro fingido, inútil? “No les digamos a tu mamá y a tu hermano que no pudimos...” Claro, nunca podremos, la tierra es dura, morir como un perro es una frase. ¿Qué descuido invade con un yuyo la aridez y persiste

en la época seca? Algo se deja
en el lugar equivocado, ¿habrá otro
mejor alguna vez? Como si nada,
volvemos sin decir nada y me guardo
un vacío con forma de poema
mientras el ruido del motor simula
en mi cabeza el arrullo que sentía
cuando apoyaba el oído en el lomo
palpitante de ese animal. Y ahora
trota en silencio atravesando pausas
muy prolongadas y parece
que hubiera aprendido a hablar. Me está diciendo:
“Cuidate del descuido, cuidá bien
tus palabras, tus actos, esto que ves,
es todo lo que hay.” Ya en la casa,
las lágrimas copiosas de mi madre
hacen su poesía sin birome
y yo subo a mi pieza, a mi cuaderno.

(De *El descuido*)

MEMORIA

Agitando las hojas amarillas
de los plátanos, las semillas giratorias
con sus élitros de nervadura traslúcida,
al cruzar las calles del barrio donde
casi nunca pasaban autos, absorbió
en su interior, plegando las palabras,
el ocio frío, la vagancia veraniega
y la tranquila espera de los negocios,
la huevería, el billar, el almacén,
perros buenos, perros malos, sus nombres

y los nombres de los gatos que fueron
mejores o peores que los perros,
después rebotó en la chapa descascarada
de un auto, sacudió la alfombra roja
contra la baranda cromada del balcón,
jugó con el disco del teléfono
que habían pinchado en la dictadura
y el tío siguió usando a su regreso,
pateó la pila de hojas al lado del cordón,
se agachó a recoger la postal de una chica
en tetas, europea, yéndose con rabia
a la pieza de arriba donde los autitos
de colección no habían desertado todavía
y los libros competían por los estantes,
bajó la escalera despacio acariciando
el hierro verde, cruzó la puerta cancel
y tocó el picaporte de cien años
donde empezaba el barrio proletario,
se dio vuelta y volvió hacia el comedor
vacío, no abrió el piano, corriendo
a la cocina, ahí tocó las cabezas
de los chicos casados, padre y madre,
agarró y levantó a los dos hermanos,
miró sus caras tratando de adivinar
señales de sus vidas previsibles
y los puso otra vez en sus sillas de caño,
provisorias hasta las próximas mudanzas,
frente a las milanesas y el bol oscuro
repleto de puré, quiso probar el agua
de algún vaso cuando súbitamente,
con una sorda exhalación, paró
su embudo sucio, lleno, ronroneante
y en la punta más angosta tenía
la mínima bolita de una birrome.

(De *La canción de los héroes*)

MI RELIGIÓN

Demasiado saludable, aunque no tenga
un tema confirmado, necesito
escribir un fragmento, la petición
con que empiezan las palabras. Abro ahora
un manajo potencial de un solo tallo
de pasto seco. Los que no creen en nada
que no sea corporal se agitan y desean
alcanzar metas que siguen estando ahí
cuando sus cuerpos ya no. Gritan a veces:
“¡no hay dioses!”, pero piden, se ríen
y lloran como esperando el favor del azar
que no tiene manos para aplaudir.
Sueñan también con la memoria de los niños
que no saben leer. Se disfrazan de refranes
subjuntivos: “que la específica experiencia
y las palabras especiales duren más
que las pantallas superpuestas del olvido”.
Sería más fácil recobrar un dios,
o al menos un demonio charlatán
que diera ideas. Pero está peligrosamente
solo el que escribe en una mesa cualquiera
y hace su religión con un pasado
que se destruye antes de convencer
a su primer creyente. Margarita —tu nombre
es lo más cercano a una aparición
verdadera— le dice a un visitante
que quisiera escribir y que no me conoce:
“su única religión es el silvismo”.

(De *Peluquería masculina*)

PEDRO MAIRAL
(Buenos Aires, 1970)

Publicó los libros de poesía *Tigre como los pájaros* (Botella al mar, 1996), *Consumidor final* (Bajo la luna, 2003), y *El gran surubí* (Orsai, 2013). Bajo el pseudónimo Ramón Paz publicó *Pornosonetos* (Eloísa Cartonera, 2003), *Pornosonetos II* (Vox, 2005), y *Pornosonetos III* (Vox, 2008). También es autor de novelas y libros de cuentos.

SIESTA

Tu religión se desensambla sin un ruido
y el toro de la siesta duerme cerca.
San Pedro en el calor canta tres veces,
su barca está en el medio de la puna.
Sobre el anca del hombro está el madero,
es de alambre de púas la corona,
no te ampara la cúpula del cielo,
te clava Dios el sol
y hay una mosca
que recorre tu mano gigantesca.
Sobre un viejo zureo de torcazas,
sin un solo milagro,
cae la fruta.

(De Tigre como los pájaros)

UN DURAZNO

Morder el verano,
morder el sol entero
por 1,80 el kilo.
Este durazno recién llegado a casa
fue apenas sueño de árbol escondido
alentado por el fertilizante,
después fue flor y fruto verde solo
protegido de plagas y de heladas
por cinco pesticidas,
engordado por lluvias y riego por goteo,
cosechado por Pablo Luis Ojeda
oriundo de Río Negro
que tumba en un colchón de gomaespuma

su cuerpo dolorido cada noche.
Cargado en un camión que avanza bajo el cielo
maduró este durazno con el viaje,
después llegó al mercado,
atravesó las mafias,
fue a parar a una cámara de frío
que le fijó el color
y lo detuvo durante cuatro meses
cerca de San Cristóbal
hasta que lo compró Supermercados Disco,
y lo llevó a la sucursal 14
sector verdulería de autoservice
donde yo lo elegí, lo embolsé, lo hice pesar
lo tiré en el carrito
al lado del pan Fargo, las pechugas,
junto al Skip Intelligent y el queso,
lo llevé hasta la caja, le leyeron
su código de barras,
lo pagué, lo reembolsé con nailon,
lo traje caminando hasta mi casa
cruzando la avenida,
bordeando el hospital,
entre ciegos, cirujas, policías,
lo subí en ascensor
y llegó a la mesada de mármol sin golpearse.
Entonces lo libré de las dos bolsas,
le lavé el pesticida en la canilla,
le lavé todo el cansancio del camión, el humo,
la noche de las manos de Pablo Luis Ojeda,
le saqué la etiqueta de la marca
y lo mordí con ganas de matarlo,
lo asesiné con dientes, mandíbulas y lengua
y a pesar de la química, de la distancia muerta,
a pesar de la larga cadena intermediaria,

me encontré allá en el fondo de su sueño amarillo
con esa flor primera que perfumaba el viento.

(De *Consumidor final*)

DICEN QUE A LOS PAJEROS ES LA PRÓSTATA...

dicen que a los pajeros es la próstata
lo que al fin de los días los socava
yo que todos los días me tocaba
como un mono de mí como un apóstata
yo que he sido abusado por mí mismo
por mi mano tirana e impaciente
voy a morir un día entre la gente
por mi propio pecado de onanismo
por mi propia avidez y desenfreno
por mi propia manía de gozarme
voy a morir un día por tocarme
a pesar de haber sido un hombre bueno
el pajero habrá muerto y sin embargo
los otros pasarán nomás de largo

(De *Pornosonetos*)

TE ME CODIFICÁS EN PLENO ABRAZO...

te me codificás en pleno abrazo
te me volvés hipérbaton verdosa
tan nítida que estabas tan hermosa
de golpe sos bandera fagonazo
camuflada en colores serpenteando
oculta en la inquietud y no te toco

te me escapás ambigua no te enfoco
flameando tetas verdes esquivando
negativa naranja incandescente
estás pero no estás adivinada
tu boca reaparece colorada
o azul besando a otro indiferente
celeste falo ondula y no es el mío
y cambio de canal y tengo frío

A ROLO LA MUJER LO SORPRENDIÓ...

a rolo la mujer lo sorprendió
pajeándose con gafas de 3D
sentadito mirando la TV
y a las tres menos cuarto lo dejó
yo no quiero vivir con un pajero
le dijo y se rajó y ahí quedó rolo
medio triste o alegre medio solo
continuando su asunto con esmero
por fin la casa toda para mí
sin el feminodonte dando vueltas
por fin mirar las guáchidas esbeltas
posando en el canal fashion tiví
mi amigo todo el día haciendo nada
pidiéndose una pizza una empanada

DOS VIDAS QUIERO YO DIJO FERNANDO...

dos vidas quiero yo dijo fernando
lo dijo con resignación profunda
una para coger y la segunda
para hacerme la paja recordando

y yo dijo gastón quiero un duplete
tener a dos minitas en mi casa
bucearle el orto oscuro a una negraza
mientras la rubia puta me hace un pete
yo quiero una gordita dijo lucas
que me quiera y se ría y no me rompa
que me pida masajes en la pompa
que me deje fumar todas mis tucas
y yo no dije nada tuve tos
no dije que en verdad te quiero a vos

(De *Pornosonetos II*)

CON OJOTAS DE TELO Y EN TOALLITA...

con ojotas de telo y en toallita
te espero como un perro ante la cucha
mujer de luz escribeme a la ducha
dame alguna señal no seas maldita
no me dejes en esta calesita
de la cama redonda medio trucha
el conserje de abajo no me escucha
no sabe que yo espero tu visita
se cree que vine solo con mi suerte
a pajearme mirando algún video
si faltas y no jalas mi fideo
cada timbre del turno es una muerte
my life is just a waste without your pussy
qué ganas de matarme en el jacuzzi

(De *Pornosonetos III*)

LA CADENA DE POLVOS QUE NOS TRAJO...

la cadena de polvos que nos trajo
desde el fondo del tiempo están cogiendo
los antiguos cachondos pretendiendo
pasar su trascendencia por el tajo
de la vida caliente prolongando
los genes de las bestias castellanas
y cogen con vocales y con ganas
a través de los años suspirando
gozándose en los húmedos sonetos
desde el siglo del oro del amor
hacia la eternidad y su temblor
y su sangre española y sus bisnietos
escriben con pasión fornican fuerte
y se siguen burlando de la muerte

(Inédito)

ANDI NACHON
(Buenos Aires, 1970)

Publicó *Siam* (Nusud, 1990), *Warsawa* (Bajo la luna, 1996), *Taiga* (Suscripción, 2000), *Goa* (Tsé-tsé, 2003), *Plaza Real* (La Bohemia, 2004), *36 movimientos hasta* (La Bohemia, 2005), *Volumen I* (Peak a Boo 2010) y *La III Guerra Mundial* (Bajo La Luna, 2013).

WARZSAWA

Tapame los ojos:
hace frío detrás de las ventanas y este sábado
el invierno se disuelve entre nosotros. Da vértigo

tapame los ojos. No sé
qué hacer con este frío sobre mi cuerpo
algunas noches, reconozco
esa marca detenida en mis muñecas:
signo
que mostrar orgullosa levantando los brazos: “Esto
han hecho con mi cuerpo”. Así
como un refugiado muestra
sus dedos sin uñas y eso
se vuelve su último orgullo. El tuyo
Da vértigo, el frío recortando cada objeto. Entre nosotros
llega otro invierno. Una papa
humeando desde un cacharro de metal —para ver
desde allí— los ojos del amo:
tapame la cara

mirando hacia adentro,
hacés té y leés
tranquilo al calor de la lámpara
afuera
el invierno golpea, no sé
qué puedo decirte desde este puerto: “hizo frío
y el día se extinguió lentamente —casi— sin dolor”. Ahora
se dan vuelta los ojos y sube el vértigo, cubrime la cara
tapá
este frío de refugiada que mataría
por el calor de una papa. Cuerpo

helado al costado del camino
—el mío— frente a una linterna
encandilada, para gritar: esto
han hecho conmigo. Mientras la noche
profunda se instala y corren
suaves gotas sobre las ventanas. —“No,
no deberíamos ser apacibles”—
Ahora:

ojos volcados hacia adentro
como quien dice —levantando los brazos—
“Hagan
lo que quieran con este cuerpo”, en medio del invierno
vos
leés al calor de una lámpara y esta noche
se instaló suave, prácticamente calma.

(De *Warszawa*)

SURF

Un acuario estalla y queda sólo agua. No marejadas, agua
chorreando los pisos, cuerpos se sacuden sin ser peces
sin ser nada. Buscaste el caos y deseaste
los límites arrasados. Este acuario pierde contención y eso
que fue algo es

restos

reminiscencia: el juego
de las cajas chinas se termina y el mundo dentro de otro y
de sí, se apaga.

Caos:

ausencia

de un mundo que te sostenga. No hay proceso, no habrá
rebeldía que enfrente nada. Plantas antes erectas pierden
boscosidad, cuerpos
son despojados de cualquier potestad, un mundo dentro de
otro y así. Has amado
la ausencia de fronteras
sin contar que sólo se ve nada. Tolerar este sistema apenas un
metrónomo, la
mínima alteración y tiemblan: grava, criaturas aterradas. Qué
sistema. Ínfimas
irrupciones del movimiento inesperado. Este pez
marca su territorio y en él todo lo posible: soñás un mundo
dentro de otro y así
se levantan cuevas, mareas, una sombra almizclada. El juego
de las cajas
chinas una en la otra

y sí, la historia:

un límite que te contenga. Igual se obsequia la última sonrisa
al desconocido que nos admiró, se cuida la temperatura o
el control

preciso de los filtros. Algún mundo nos comprende, una en
la otra y así, el

sueño,

tu historia. ¿Buscaste la irrupción
del desorden del sistema para quemar tus ojos viendo nada?

No hay
tempestad.

Un mundo tras otro: destruir tu acuario y destruir
la presencia de vos en el agua.

(De *Taiga*)

—¿ACABASTE CONMIGO?— O SI HUBIERA EL SISTEMA

de banderitas que señale: ahora
estás acá, ahora

no. Digo esa impresión

que tu mano deja sobre mi omóplato o el olor
del jabón en tu remera. Ínfimas

instancias entre este

“estás acá, ya no”. Pasemos por eso: contalo de otra manera
algo así como qué cansancio

todavía más cuartos, más luz, más peras. Un gesto lánguido

de la dama de cangurito celeste y anillos disco, otra

fácil eualización para no decirte: cierro los ojos

y te tengo. —Bien: ¿acabaste conmigo? ¿Vos

también llegaste ahí?— Entraba la luz

apenas clareaba y resultó demasiado

sencillo, casi fácil de pronto estás y luego

no. Sistema

de banderas que me diga “ahora sí

ahora estoy”. La contundencia de la noche

llegando a la mañana o el simple

estar de la luz
sobre la mesa. Me preguntaste si yo
había acabado y me reí. Luego fuiste al baño
al volver te burlaste del cliché
mi cigarrillo encendido y yo —la chica huevo—
pasmada ahí. Solamente
se hacía otra vez la mañana —y sí: nuevos cuartos
muchas más peras— cuando acaba la noche
y me descubrí durmiendo en tu abrazo, tu voz
que seguía hablando. —Claro que sí
si cierro los ojos
cruza tu mano mi espalda,
desde atrás me agarra. Cuando cierro
los ojos llevo eso
algo así como decir
“te tengo”. —Qué miedo
todavía sobre mi cuerpo. Sigue la luz
más mañanas, todavía más
veces en que preguntar: ¿acabaste? —Conmigo en tu abrazo
y eso ya
queda en mí. —Contalo de otra manera: qué trabajo
más encuentros, más luces, más
espera. Y una —la chica huevo tan
acostumbradita a abrazar sus piernas— y un cuarto nuevo
y otros brazos y otro
jabón en tu remera. Gesto lánguido
para no confiar ese
“¿estás ahí?”. Código
de banderas igual al “hola”
con que tu cara emergió de la almohada
la marea. —Tanto miedo—. Clareaban los vidrios
y me dormí sobre tu voz: instancias
mínimas a ecualizar si estás y no. Más
lánguidamente allí donde la luz

roza esas peras del plato, respiración
tuya tocando mi cuello. Después
dijiste hablé dormida, en sueños
la chica huevo te contó
de la cajita feliz. Habíamos cruzado esa
noche de la disco a tu casa y luego
en taxi a la mía y sí, hablé dormida y eso
me sorprendió mucho
más a mí que a vos. El trayecto largo
desde ese “¿está mal?” hasta el recorrido
por la ciudad con una
botella de whisky y otra
de agua mineral. —Está mal si pregunto:
“¿seguís ahí? ¿ya no?” —Códigos
de reconocimiento: sí, llegaste. Otro cuarto
adonde descubrir cómo entra la luz y marca
nivela la distancia de vos
a mí un nuevo
sistema de señales con sus propios
banderines y retornos. Pasá por eso: contalo de nuevo.
Demasiado
fácil todo, tu mano en mi omóplato
la manera
de girar al mismo tiempo o ese
emerger la marea de la almohada
hacia dormirme
en tus brazos. —Tanto trabajo—. Una impresión
complicada de ecualizar, si es que llegaste
hasta mí demasiado. Entonces:
“te llevo”. No el gesto lánguido la chica
huevo no: esa
mujer que encontraste al abrir los ojos y tu mano
apretó para alcanzarla, de nuevo,
hacia vos. Clareaba y no sé qué

viste de mí o cómo
después despertamos bajo el mediodía
su luz plana sumergiendo la casa y las peras
en la mesa resplandecían. ¿Llegaste ahí?
Habrás podido ver ese cuarto, la clara
posibilidad de entrar o no: instancias
ínfimas que permiten decir el “quiero
seguir ahí”. Aunque está mal —si pregunto—
acabaste conmigo cuando en verdad
sólo debías decir —sin banderitas
y al oído— “te tengo”.

(De 36 movimientos hasta)

*SOY BUENA COPILOTO, AUNQUE NO LEA MAPAS
Y PASEN...*

Soy buena copiloto, aunque no lea mapas y pasen
los carteles a la velocidad de la luz

nunca me duermo ni dejo solo
al conductor con su magia
en avanzada constante. Soy

buena copiloto y ya: desde los cuatro lo sé y cada
viaje o este único
largo viaje interminable

con su movimiento marcan
su propia realidad. Cuando fui chica la familia
nucleaba en su chevy naranja
el terror de la huida. Ahora

como toda copiloto sé
no hay viaje sin fuga y nada hay
que no haya
empezado en algún dolor.

*EN DEFINITIVA, LO SUYO ES LA COLECCIÓN:
ALINEA...*

En definitiva, lo suyo es la colección: alinea
y encuadra elementos disímiles. A veces pinceles

colores y tonos que mezcla
en chapitas de gaseosa. Tu hermano mayor
alguna vez pintó y fuiste vos

una asistente precoz: tardes eternas a su lado
bosquejos y líneas de puntos
para armar figuras. Cuando él no está

solapada revolvés sus telas donde las caras
se retuercen y arman
gestos de dolor. Alguna vez

tu hermano mayor dejó atrás al debilucho
y arrastró a la madre de compras: su primer trofeo
culata blanca el revólver, delicado y casi
para la cartera de una dama.

Del hermano mayor, la colección ahora
abarca toda la superficie de su cama: un
fusil de asalto, la colt cromada o el winchester
que en perfección merece
su lugar de exhibición. Los días del padre

vos mentirás en la escuela regalos
rutinas de paseo a sabiendas que
las verdades familiares no se enuncian
de ninguna manera. A los seis
sos una experta: un cucharón de joyero es útil

para volcar plomo y fabricar precisas
puntas de bala. Tu propia colección

mentiras en voz alta de pronto pronunciadas
eficientes al momento de eludir aquello
que no querés decir: belleza
del hermano mayor y su uniforme, la certeza
ineludible de su amor.

UN FRANCO TIRADOR HABLA DEL EJERCICIO...

Un francotirador habla del ejercicio
diario para la templanza: gatillo
aliento
el blanco. Será un segundo apenas y todo
entrará allí en juego. No existen guerras fraternas: kilómetros
avanzados acontecen y caen
líneas azules rojas del mapa extendido

igual a la mano abierta de esa niña
que fuiste vos ante sus ojos. Nada dice del cielo, su miedo
nada de las horas gastadas en la trama
para un posible final. Del sur queda el deseo

su blanco: un espacio inmenso.

Así crecés navegando mapas
a tu manera extraña de copiloto enana. La mira

inhalación y el objetivo

instalado sobre la espera misma, la zona de nadie
donde aquello que está no habla
del dolor que vendrá. Cielos enormes sin más fin
que sus mismas tardes, rutas

recorridas sobre el vértigo
como rastreo
sin sitio a alcanzar. De la perdición
tu hermano mayor anhela su orden: blanco

la mira

exhalación. Zona de nadie donde toda
guerra instala
una guerra entre hermanos.

(De *La III Guerra Mundial*)

ANÍBAL CRISTOBO
(Buenos Aires, 1971)

Publicó *Teste da Iguana* (1997), *Jet-lag* (2002), *Krill* (2002), *Miniaturas kinéticas* (2005) y *Krakatoa* (2012).

ÑANDÚ

Llega el ñandú –cansado
de transmitir su acorde– y susurra
en tu oído:

–basta de peso físico, dice
–a pastar, dice

Pero el ñandú es la bomba
de tiempo! Es el ladrón! Te descubre
sentado entre las rocas:

–vamos hacia lo abierto, dice
–la curva del espacio, dice

Si hay un diamante, es
el de la persuasión y distracción –como un
ilusionista: “el secreto es el viaje”, sueña
que te hipnotiza; pero también:

—“Yo no soy el ñandú! El ñandú
es invisible, y no es cierto
que mire al cielo, esperando instrucciones”—.

CIELO DEL SIAMÉS

Escondido en las mantas, hablo
con el siamés; “siamés, vamos a Nuevo
México, quiero ver cómo se arruina
el óxido en el sol, y el
desierto de días, un
cactus”. Cada uno de nosotros

lleva el rozar de sus piedras
en la mano, compara
el método de sus mejillas en la isla del miedo. Yo

soy así, y también
puedo ser como vos, fracasar
al morder una
pera, o cualquier
galletita. Siamés, llevame lejos, contame

en el oído cuál es tu posición
en este cielo blanco
del navío; y del hablar, decime
cada repetición de
tus palabras, adónde te
conducen—.

HIJA DEL PASTIZAL

Y yo que sólo vivo: seca
entre aquellos cardales, orientándome
con unos pocos gritos

o por el hipnotismo de los frutos; sin
tocar el vacío del pantano.

Saltando: saco esas fotos que son del cielo.
Pateo piedras pequeñas.

Hija del pastizal —mi oído
es el de otra, quiere escuchar: el
vibrar de las algas en el río; los

corredores del viento. Por qué
tendría que quererte? Me visto
con tu imagen, digo

las palabras difíciles mucho mejor
que vos; no escribo—.

LOS ANIMALES VIEJOS

Inmóviles, como ramas secas
al sol, los animales viejos.

Los veo caer, iluminarse
con un rayo antes de la tormenta. Caer
vacinando sus pulmones con
un soplo: lanzan
un aire negro que los quema por dentro.

Cuero mal preparado, ese cuerpo
no ha de llevarlos más: al
arroyo. A las estaciones
buenas.

No quieren, ni
saben pensar en redención. La muerte
no los hace diferentes, apenas
indefensos frente a las moscas y el
polvo. Miran

sin pestañear, pero nadie
los llama, ni elogia sus virtudes. Pasan
los días: por qué
la tierra habría de curarlos? Sería mejor
así? Si en el fuego
la patas se retuercen y

quiebran; cómo saber
que se encuentran a salvo?—

(De *Krill*, 2002)

HIJA DEL PASTIZAL (*BACKPACKER VERSION*)

A veces miro y está nevando sobre un parque
industrial, sobre el perro que custodia un hotel
bombardeado, sobre las plantaciones de arroz

controladas por puestos de vigilancia que se suceden
del otro lado de la ventanilla
del micro: y si puedo patear

debajo del asiento, y pateo, siempre espero encontrarte
dentro de mi mochila. Esa soy yo, leyendo

cómo irme, cómo fotografiarme
tomando este café con leche en otro highlight
de la carretera, en otro de mis hits
secretos. Una nota

en el diario dice: “dentro de poco

voy a llegar a un lugar igual a
éste, pero mucho

mejor; y mucho más lejano”–.

UNA OBJECCIÓN

Objetos como estos potes, lociones de afeitar
correctamente etiquetadas y expresadas, colonias,
no son paradigmáticas, no sirven como recursos o ilustración
de lo que
nos sucede

constantemente. No consiguen tampoco
crear un guión de nuestras actitudes: nos ponemos loción
y salimos; en el ascensor ya somos una incógnita
nueva, manchados por las dudas, o la desconfianza
ante un perro cuya mirada no puede comprenderse. Una
mancha
de aceite, en la calle y un frasco de aceite, más tarde, en el
supermercado
establecen una relación necesaria; mentalmente
podemos regresar sobre esos datos: para imitarnos,

eliminamos las magnitudes despreciables; nos perfumamos
con actos improvisados, implorando

que ningún Jack Russell intente frotarse en nuestra pierna
mientras bajamos desde el 5^o piso —y llamamos a esto

decisión: al parecer, compramos ese ticket
como quien adquiere una cadena infinita de consecuencias.

Pero

no: el reverso, la frase se nos escapa y otra vez
reencarnamos en nuestro propio tránsito, aunque
éste no exista. La página que escribo ya dejó de existir, o bien
tenemos problemas con el navegador, interrumpidos
siempre por el ruido que hacemos al quitarnos las manchas,
intentando

recuperar alguna apariencia tras hacer el amor
con un perro, o quedarnos callados, fumando, con los dientes
perfectos, cuando llega un mensaje
y transforma por un momento algo importante
en algo irrelevante, y no lo percibimos—.

HAPAX LEGOMENON

Esta tarde, contemplando sin interés
el incremento acumulado en mi verga, igual que un accionista
austríaco vagamente alejado de la mesa
de negociaciones, confinado a su círculo gástrico
y a cubrir la memoria con fotos de manzanos
en diversas posturas

ajeno a la posición privilegiada del glande, con su repetición
bursátil proyectando la nada—

pienso a lomo de burro en los casi once mil kilómetros
de ruta loxodrómica, desde mi chullo verde
hasta la casa donde eyaculaba regularmente mi padre. A esa
distancia,

ahora
ya no podrá salvarla

el tiro
de ninguna corrida; ni el pulsar insistente de esta erección
podrá telegrafiar una demanda
contra el amor del hijo. Han colapsado

las líneas de navegación: viene la

bancarrota del recuerdo, viene
mi gata en celo y me mira escribir, ser recaudado
por un banco de datos; y después vengo yo, como unas
vacaciones
demasiado extendidas—.

LA ESCUELA MUSICAL DE SAUSALITO

Las partículas de café se precipitaban
por el vaso de leche artísticamente, como la purpurina
que coronaba a las cheerleaders al entrar
al museo. Era el otoño
en que la escuela musical de Sausalito deslumbró al mundo
sin un sólo instrumento. Algunas publicaciones científicas
se mostraron interesadas, prometieron enviar al fotógrafo
que cubría las catástrofes. ¿Mantuvieron que era “una victoria
de la imaginación” y a los rehenes
amordazados en el auditorio? Entre ellos, la mayoría eran
agnósticos y geminianos. Y los hombres
altos, con camisas que denotaban el mesianismo de sus
composiciones. La última
se preguntaba “¿Hasta qué número pueden contar los
pájaros?” y había sido el éxito

incluido en la campaña presidencial de ese año. Afuera
brillaban
los primeros neones de las lencerías, articulando el juego
de tu tristeza—.

(De *Krakatoa*)

MI VIAJE A LA METRÓPOLI

Te di una idea: esta quietud
no te atraía más que un samurái enfermo
sobre un arbusto, ni que él mismo, antes,
viajando en parapente mientras sus padres proyectaban la
escena
en un garaje repleto de invitados. Sólo te preguntabas:
¿conseguirán volver? ¿todas las amenazas
acabarán con la irrupción de un personaje
más alto? Dejando atrás las últimas franquicias de oxígeno,
avistamos un puesto de frontera. Eso era una casucha,
cincuenta o sesenta cuadros impresionistas escondidos en el
ático y comida
de perros. Es decir: un oasis políglota al cuidado
de un sordo que saludaba agitando cancioneros tiroleses.
Un manantial
de humanismo, metonímicamente hablando.

Seguimos avanzando, como un celofán en la tempestad,
entre los aullidos amplificadas por el vacío del parking.
No lo entendimos: ¿qué podías hacer por nosotros
sin estar ahí, señalando una mancha en la nieve?

(Inédito)

CLAUDIA MASÍN
(Resistencia, 1972)

Publicó los libros de poesía *Bizarria* (1997), *Geología* (2001), *La vista* (2002) *El secreto (antología 1997-2007)* (2007), *Abrigo* (2007), *La plenitud* (2010) y el libro de fotografías y poemas *El verano* (2010).

AZUFRE

Ser cartógrafa de una casa implica conocer sus objetos secretos: una red agujereada de pesca en el depósito de las herramientas, señuelos con dibujos de peces rojos y negros, el cuadrante roto de una brújula que marca siempre el norte, olor a humedad que recuerda imperfectamente el mar. Como si alguien de la familia hubiera fallado en los preparativos de una travesía larguísima y ahora te tocara reconstruir el itinerario de esa expedición que nunca se hizo.

Se debería partir cuando el mapa esté completo, cada ciudad en su sitio y de cada una los datos necesarios: la velocidad máxima de sus vientos, la profundidad de sus ríos, su época de tormentas. A veces pensaste en diseñar un mapa deliberadamente errático, por la sola belleza de extraviarte en dibujos que no llevan a ninguna parte. O tal vez para obligarte a permanecer en el mismo sitio preparando para siempre una partida,

tu propia vida el lugar donde aprender la palabra viaje.
Todas las cosas hermosas, al principio, son palabras.

¿Viste alguna vez cómo el sol atraviesa
el ala de un insecto en vuelo? ¿Con qué delicado
y fugaz dibujo la rellena? Así hubieras querido que se viera
tu cuerpo en la transparencia de la tarde:
una chispa de azufre, azulada. Materia inflamable
que al menor roce recuerda su pertenencia a los volcanes,
su ansia de desprenderse y arder en el aire.
¿Adivinaste ya que no es ése tu oficio? ¿Pudo tu cuerpo
amar lo que le ha sido encomendado? Que otros se vayan.
Lo tuyo es escribir la historia de ese viaje.

(De *Geología*)

MI MUNDO PRIVADO

Yo ansié tener un cuerpo que practicara,
como un arte, la ignorancia de sí.
Que cayera rendido con la levedad
con que caen las hojas de los árboles.
Cuando fuera inevitable,
nunca antes. Pero de tu cuerpo no deseaba
sino lo que había en él de frágil, de imperfecto:
la cicatriz que te cruzaba el pómulo, las pequeñas
arrugas en la frente. La herida
que te asemejaba a mí. El camino es interminable,
te decía, da vueltas y vueltas alrededor del mundo
y en alguna de esas vueltas los que estaban
destinados a perderse, se encuentran.

Se dice que a la vera
de cierta ruta que atraviesa el desierto,
es posible hundir una caña en la tierra reseca
y en algún momento brotará el petróleo como un géiser.
Anoche tuve un sueño en el que viajábamos por días
y días para encontrar el yacimiento, a la manera
de los cazadores de fortuna del oeste. Al llegar era de noche,
no había una sola estrella, el pozo
estaba seco. Yo me dormía y te quedabas
al lado mío, cuidando mi sueño. No estabas allí
a la mañana siguiente.

En el sueño, alguien decía:
*donde tengas tu tesoro tendrás
tu corazón.* Y yo me preguntaba
qué pasaría si tu tesoro se perdiera,
qué pasaría en un juego
de cajas chinas si al llegar a la última,
la que debería contener el objeto precioso,
esa, como todas las otras,
estuviera vacía.

(De *La vista*)

LA ESTELA

Que no debía ser tan complejo, me decías ¿Y por qué no?
¿Acaso no es complejo el sutil mecanismo
que pone en conexión al polen y la abeja, o las infinitas
transformaciones químicas que sufre un pequeñísimo
grano de arena hasta llegar a ser parte, ya irreconocible,
del cuerpo del diamante? Es complejo encontrarnos
y perdernos, los que andan por el fondo de la tierra

buscando el tesoro de una cueva inexplorada lo comprenden,
no es al heroísmo ni a la astucia sino al azar o al misterio
que se debe el descubrimiento: ese cruce fatal, inevitable
entre quien busca y lo buscado, ese momento de arrebató y
mutua

entrega. ¿Por qué debería ser fácil dar con aquello que
esperábamos

ya de niños en el jardín del fondo de la casa,
sin saber que se trataba de una espera esa curiosidad honda
y atenta a cada ruido de la siesta, a una rama
que se agrieta en el calor, al paso de sombra de un lagarto
en la humedad de las paredes? ¿Por qué hemos olvidado,
si lo que sí sabíamos entonces es que es difícil
cierta clase de belleza, dar con ella, estar despiertos
cuando cruza por delante de nosotros, no para atraparla,
sino para quedarnos a vivir en la estela que deja?

LA LLUVIA

¿Viste cómo llueve? Llovió así toda la noche
y a cada cierto tiempo yo te hablaba, estuvieras donde
estuvieras,

aunque fuera en el extremo más inalcanzable
de la tierra. Cuando llueve así, toda la noche, te decía
pareciera que el mundo fuera a desprenderse de su eje,
pero la sorpresa más inmensa es que el vendaval termina
y todo permanece como estaba, apenas un poco de desorden
que lentamente se transforma en armonía.

Desde niños, vivimos sobreviviendo a catástrofes como ésa,
a los efectos de lo que tendría que haber pasado y no pasó:
que la casa se inunde y nuestras cosas se pierdan
arrastradas por la marea sucia, entre piedras y palos
y restos de animales, un desperdicio más lo que hasta entonces

ha sido nuestra historia, los objetos
que confirman que somos seres físicos y no un soplo
filtrándose desde afuera de esa vida brutal de la materia
que no se detiene jamás para incluirnos. ¿Soñaste alguna vez,
cuando llega la violencia del aguacero,
con que el río se salga de su cauce para siempre y nos empuje,
soñaste con la noche en que el rayo finalmente nos alcance,
descalzos bajo la luz, como esperando saber algo
que sólo el impacto de una fuerza sobre el cuerpo
podría revelarnos? Pero el rayo no cae, no cayó
y al día siguiente todo sigue a salvo en el mismo lugar.
Ese es el mayor desastre que conozco: haber estado al borde,
una noche, de que nos fuera concedida una verdad
extraordinaria, y al amanecer darnos cuenta

de que somos los mismos y no sabemos nada
que no supiéramos ya.

EL POZO

Te estás yendo. Un punto diminuto en la distancia
que agita las manos, hasta que la desaparición, para la cual
nadie
está preparado, te traga como un pozo cuya profundidad
no conozco. Probablemente no tenga fondo y en mis sueños
a partir de ahora, te vea siempre cayendo. No tuvimos una
casa,
los objetos compartidos que son fuente de calor,
lo que permanece y en su permanencia nos serena, cimientos
y paredes y techo, el tronco de un árbol
que aunque dañado por los golpes del granizo,
ninguna tormenta alcanza a derribar. No tuvimos nada
que no pudiera ser fácilmente arrasado

ni movido de su sitio, vivimos a la intemperie
como si el amor fuera puro viento y no una piedra
cayendo desde lo alto de un precipicio, compacta
y decidida, una piedra que siempre toma partido
por la tierra, por lo firme, que se resiste a quedar vagando
en el aire ni en el mar. Sabe que si no hay suelo debajo,
no hay quien descanse, ni quien construya un puente sobre
el agua

para poder cruzar a la otra orilla. ¿Una casa hubiera curado
nuestra herida? Es que creíamos que una casa era la herida
misma,

los muros entre los cuales la fealdad crecía como una flor
venenosa,

y soñábamos desde la infancia con un viaje que nos salvara,
una isla

desconocida y cálida, el resguardo imaginario que hacía falta
para sobrevivir en el aislamiento de los ermitaños o los
monjes.

No existía el ansia de la dicha, nunca existe cuando la principal
urgencia es escapar. Contra la propia fuerza de la vida
que impulsa a la reunión, contra la gracia que invariablemente
les espera a los que han sido demasiado heridos,
huimos una y otra vez como si el afecto humano fuera una
amenaza,

una nueva lastimadura, desconocida esta vez y por eso
más peligrosa todavía, frente a la cual no sabríamos
de qué manera defendernos. Nada está solo. Y separarnos
los unos de los otros no nos da la soledad, más bien
nos acerca a los terrores del origen,

que van a acompañarnos de allí en más,

porque quien no construye su propia casa vuelve a las ruinas
de la que tuvo, como las bestias perseguidas y cansadas
regresan

al lugar donde reconocen un tenue rastro de calor:

las brasas de la fogata que devastó el bosque en que nacieron,
las cenizas que aún siguen encendidas.

(De *La plenitud*)

PIEDRA

Yo fui tragando cada cosa que hacías, como la tierra
resquebrajada traga el temporal,
lo deja entrar para que pueda crecer en ella algo vivo, y se
alivie
el esfuerzo de los brotes impedidos, que siguen pese a todo
empujando ciegamente
hacia arriba. El fuego que deja el sol demasiado intenso se
asienta en lo que toca
y sigue ardiendo incluso cuando la llama desaparece. Yo era
ese suelo quemado,
esa intrincada red de raíces secas, que había llegado a no creer
en la existencia del agua, de una superficie abierta
donde soplara el viento. No estoy hablando de salvación, no
era
alimentándome de tu aire que yo respiraba. ¿Salva el alud a
la piedra
que desprende de la montaña? ¿o es lo que simplemente tiene
que pasar,
lo que está dispuesto por leyes hundidas en la materia como
cuñas,
inseparables de ella, leyes para las cuales dañar
y reparar son hechos que suceden, cada cual a su tiempo,
inevitables? Yo no sé
decirte cómo es: creo que el roble que envejece despacio en
el medio del campo
entiende mucho más que nosotros estas leyes complejas. O
que la circulación

de la savia, indiferente en el circuito de las hojas, bombeando
la vida sin un solo pensamiento que la desvíe de su tarea,
 contiene
más sabiduría sobre la sanación y la muerte de la que seríamos
capaces de concebir siquiera. Ni los más puros de entre
 nosotros, los monjes
olvidados por el mundo, los que se apartan de cualquier
 recompensa
y se dejan llevar como una hoja seca, ni los que han salido de
 la corriente mezquina
de su cuerpo para unirse a una corriente mayor, ni uno solo
 de ellos
ha podido saber lo que sabe una piedra. Por eso es que dejé
 de buscar
lo que no había, y como si yo misma fuera una piedra que
 chupa el agua,
los sedimentos, los pequeños insectos, los quebradizos
 caparazones de las almejas,
me llené de esos actos tuyos, de esos movimientos decididos
con los que te plantabas frente al mundo, llenos del valor
 que me hacía falta
para levantarme del polvo y andar entre los vivos. Cuando
 deseamos
con tanta fuerza entrar en el otro, ser el otro, a veces sucede.
 No hablo
de entender el espíritu de algo, sino de alcanzar una intimidad
con su materia: cómo es para él estar en el mundo, cómo
 siente su piel, su corteza,
su pico, sus manos, su pelaje, sus hojas, sus garras. Es un
 segundo apenas,
una conexión intensa y fugacísima, pero no existe otra
 manera de conocer
que sirva de algo: así fue como yo atravesé tu existencia física
 en el mundo

y quedó un poco de ella en mí, una reserva de fuerza y de
alegría que no cesa
de fluir. Esa es la parte que nunca más estará sola, aunque
te vayas,
aunque la vida misma se retire: esa partícula que saltó de la
fusión
entre tu cuerpo y el mío es lo que escapa de las limitaciones
del amor,
del dolor, e incluso de la muerte. Tal vez la única manera de
sanar sea
que se expanda esa partícula donde dejamos de estar solos,
a tal punto que no podamos saber dónde empieza o termina
lo que hasta entonces era nuestro cuerpo.

MONTE

No había salido de los montes de mi tierra de origen, yo creía
que ahí estaba el tesoro que me tocaría proteger toda la vida:
las frondas
de los lapachos centenarios, su sombra dispendiosa al ir
cayendo
el día, las huellas de las patas de las corzuelas perseguidas,
el camino
que se iban abriendo entre las zarzas, la lumbre desmedida
del sol
cayendo a pique sobre el suelo como un metal derretido, los
animales
fieros que se tendían igual que cachorros después de la lluvia
a disfrutar
del viento, un diamante en bruto en medio de esa
interminable
sequía. No había salido de ahí porque ni las arañas
monstruosas

ni las yaras que se arrastran con sigilo para encontrarte
desprevenida me daban más miedo que un mundo al que
no se podía
entrar con los pies llenos de barro, donde nadie salvo los niños
puede ser, hasta cierto punto, salvaje y arisco como esos árboles
y esas bestias que no son molestadas a menos que se aventuren
lejos de su guarida. Tenía terror de las palabras que no quería
decir porque no transportaban en ellas ninguna
materia sensible, terror de que el silencio no me fuera
permitido,
de que hubiera leyes que se hundieran como trampas
para animales en la carne y una vez clavadas
la única manera de salir fuera desgarrándose. Pero no tuve
miedo
cuando escuché tus pasos, su manera delicada de llegar a
casa ajena,
eras un ciervo más, recién nacido, las patas temblequeando
y sin embargo
decididas. No conocías a fondo la espesura
pero sabías que era intrincada y compleja como esas lianas
retorcidas
que te cerraban el camino pero no pudieron detenerte
cuando viniste
de allá lejos a buscarme. De qué manera entendiste que mi
terror de irme
era igual de intenso que mi necesidad de ser buscada y llevada
a la superficie,
como un pescador que protege su soledad
rabiosamente, y es capaz de derivar sin compañía en su bote
durante largas temporadas, pero una noche de temporal
cae al río y comprende que la presencia de alguien más
le hubiera salvado la vida.

LAGARTO

Pero estoy a punto de volver a los días donde me quemaba
al sol, un lagarto comiéndose el calor, con la boca dirigida
al cielo

y los ojos cerrados, el cuerpo rugoso y pesado
plácidamente sostenido en la rompiente del verano, justo en
el punto

donde alcanza su máximo poder para después empezar
a declinar. Es ahí donde estoy llegando: al tiempo en que nada
había empezado todavía a marchitarse, cuando entre los yuyos
del fondo crecía una flor salvaje, y verla daba miedo y alegría,
porque era espléndida, de una belleza que no se parecía en
nada

a la de las flores nacidas y criadas en el jardín, que apuntaban
altaneras hacia la lejanía pero eran domésticas,
no sabían de los montes desmesuradamente
fértiles en que los árboles de troncos deformes, los animales
hoscos vivían por el sólo placer de seguir vivos, de respirar
el aire que quedaba a salvo de la polvareda y la sequía. Estoy
empezando a sentir lo que sentí entonces, el trueno que
sacude

a las criaturas amansadas a la fuerza, el silbido en el aire
que precede a la caída de la fusta sobre el lomo, el segundo
en que empieza a cultivarse la posibilidad de la revuelta
que va a ir filtrándose en la médula y en los huesos
como un líquido parecido a una savia espesa esparciéndose
desde el corazón implacable de un árbol cuya madera es tan
fuerte

que resiste sin daño el ataque de los hacheros. Estoy llegando
al día

anterior a que empezara el desorden y se diseminara el dolor
hasta cubrirlo todo, una ráfaga de humo fétido capaz de
entrar

en el alma hasta confundirse con ella para siempre. Entonces,
justo entonces, ahí me quedo, en el momento en que supe
que llevará toda la vida encontrar la forma de existir sin
someterse
ni hacer daño, pero que vale la pena:
ni la mansedumbre ni la violencia pueden
contra ese peso que cae sobre la espalda de todos desde que
se termina
el ínfimo tiempo en que está permitido vivir fuera de la ley
según la cual lo enfermo habrá de ser salud y viceversa.
Estoy, por fin, entrando al torrente de la siesta donde me dormí
sin conocer todavía el soplo de ese mal en la frente, sin temerlo.
La niñez es un temporal que pasa rápido, y rápido hay que
seguir
la estela que dejó para no perderla. Si hay algo que está intacto
tendrá que haber quedado ahí y hay que encontrarlo: el animal
feliz que al llegar la crudeza del invierno se sintió acosado
y solitario,
y se metió en la sombra después de haber absorbido toda la luz,
esa es la bestia castigada a la que hay que dejar suelta,
para que se cure las heridas sola, y sola salga a correr
hasta que pueda abandonar su ferocidad y su miedo monte
adentro.

(De *La cura*, inédito)

CLAUDIA PRADO
(Puerto Madryn, 1972)

Publicó *El interior de la ballena* (Nusud, 2000), *Aprendemos de los padres* (Rijksakademie van Beeldende Kunsten, 2002) y *Viajar de noche* (Limón, 2007). Codirigió los documentales *Oro nestas piedras*, sobre el poeta Jorge Leónidas Escudero y *El jardín secreto*, sobre la poeta Diana Bellessi.

1899 - EL VESTIDO

1

Fácil
en la lucidez de la mañana
la risa del peón
corta el aire helado
entre la casa y los galpones.
El patrón
con voz malhumorada
prefiere dirigirse a los caballos.
Mientras arrastran los recados
dos chicos
sonríen y murmuran,
para ellos
la burla es todavía
una destreza
en la que no pueden probarse.
Enseguida
los cuatro cabalgando

se alejan
y se hacen diminutos.
Alrededor de la casa
y de los álamos
el horizonte vuelve a ser
un círculo impecable.

2

Se movía en la cocina
disfrutando a su manera
la mañana
y el cuerpo descansado.
Afuera
el sol caía puro y sin calor
sobre las piedras,
el pasto, los zanjones.
Cuando el fuego comenzó
a trepar por su vestido
no recordó
que estaba sola.

Casi nunca
comentan los detalles:
el humo
detrás suyo por la puerta,
ella corriendo por el campo.
Prefieren repetir
que los hombres
como siempre estaban lejos
y hablan de las graves
definitivas consecuencias
de un descuido.

Al atardecer
regresan en silencio,
dejan atrás
el cielo enrojecido
con una crueldad
que no descubren.
Mañana
va a haber viento, piensan
y no esperan más presagios.
Sobre sus cabezas
planea un aguilucho
en el aire vacío, transparente
nada anuncia la tristeza,
la cocina ennegrecida
ni los restos
de un incendio moderado
que a pesar de la sequía
no llega al tronco
de los álamos.

1954 - ESPOSOS

Te seguí una mañana
hasta el final del camino
y juntos
miramos el mar, el cielo
y las hojas
carnosas y brillantes
que había dejado la lluvia.
—¡Qué día
para olvidar el trabajo

y disfrutar del paisaje!
—No sé —dijiste y vi
que la mañana
de verdad era fría
y no había qué hacer
en la playa desierta.

(De *El interior de la ballena*)

JOSÉ

Viajamos sobre el tanque
de un camión cisterna
con una mano
aferrados para no caer
y en la otra cada uno
un cigarrillo que vos
sostenés entre el pulgar
y el índice. Mirás
con curiosidad y decís
mentiras bonitas
veloces “¿cómo pasa
un avestruz el alambrado?
como una señora, primero
un pie después el otro”.
Te escucho y noto
mi manera de fumar
sobre un camión
cisterna ante una mesa
el cigarrillo siempre
entre el mayor y el índice.
Al lado tuyo
parezco perdida, decís

“hoy sábado”, ese día
sin sentido en el campo
imagino qué cosas
te estarás perdiendo
y por contraste
recuerdo “ser nostálgico
significa no saber
a dónde querría ir uno”.

SIERRA VIEJA

No crece nada en este suelo, dicen.
Esos pastitos aferrados a la tierra
tienen raíces que los doblan en tamaño.
Vamos.
Vamos a ver el pueblo viejo,
y señalan unas paredes rotas
donde ni siquiera
la imaginación puede morder.
Restos de una ventana
enmarcan las sierras y un cielo
muy oscuro.
De pie, en donde estuvo la cocina
hablan. Buscan en la memoria
nombres y apellidos olvidados.
Parece que alguien
se fue llevando los ladrillos,
sólo queda del reparo de las casas
algún rincón
en el que crecen yuyos.

SIERRA GRANDE

Camiones
que llevan carga pesada
parten en dos el pueblo.
No hay ni una sombra
en verano
y se cena a la luz del farol,
una luz corta
que ciega la mitad de la cara
y lo demás queda a oscuras.
Se fue viniendo
todo el pueblo a la ruta.
Tantos que no se distinguen
lugareños de extraños.
También
nos trajimos el nombre.
El cementerio y las casas
que dejamos allá
ahora son Sierra Vieja.

EL SUEÑO DE MAMÁ

No cuenta sueños, menos
un sueño de la infancia
sin embargo en ese
como si hubiese sido el único
se ofrecía
para que la comieran.
Absurdo imaginarlo:
ocho hermanos
frente a una mesa vacía
A mí, cómanme a mí.

En cambio
imaginé una res colgando,
carne cualquiera o esa foto
de un bicho inerte en un galpón.
Para entender basta ese sueño.
Pero acá estamos
pidiendo liviandad
que nuestras cartas
no hablen sino del sol
que de una insignificancia
salten a otra.

(De *Viajar de noche*)

EL NOMBRE. EDUARDO

Cuando yo vi esa foto
fue volver en el tiempo a escribir con tiza
mi nombre en esa puerta de chapa:
“Corredor de autos, Eduardo Gatica”. No sé
cómo pueden seguir
treinta años más tarde esas palabras azules
en una chapa oxidada. La puerta
me acuerdo, daba a una caldera
de entrada prohibida, calor y negrura.
En esta parte del mundo, tan lejos de casa
la foto de mi nombre con tiza
abre una pregunta.
Yo contesto que sí, soy el mismo.
El nombre es idéntico, la velocidad
me gusta igual que de chico.

EL PAN. CLARISA

¿A los perros
qué les diría la abuela?
¿Qué hablaría con el loro?
Vivía aislada, comía aparte
muy pocas veces
la llamaban por el nombre.
Dejaba escapar las cabras
o ella misma se extraviaba.
Aparecía lejos en días lluviosos.
A mamá, a mí, nos echaron
cuando pudieron de esa casa.
Solo por verla, íbamos
de visita cada tanto, la recuerdo
sacando un pan duro, una tortilla
que había escondido
debajo de la almohada para mí.
¿Esto buscabas? Era bueno
ese bocado que a otros nenes
les hubiera dado asco.
Su hermana vieja
dueña de todo
nos ofrecía cosas mejores.
Yo no aceptaba.

(Inéditos)

MARINA SERRANO
(Quequén, 1973)

Publicó *Formación hospitalaria* (Sigamos Enamoradas, 2006), *La diástasis de las tibias largas* (Sigamos Enamoradas, 2008) y *La única cosa necesaria* (Ediciones del Copista, 2012).

ANENCEFALIA

En un hospital vive un niño con anencefalia,
lo extraño de esto es la palabra: vive.

Un cuerpo boca abajo,
extremidades anfibias,
donde la cara termina
detrás de las orejas: nada,
lo que llaman
un gran defecto de la bóveda craneal.

Un cerebro reptiliano,
bulbo, protuberancia y mesencéfalo,
incapaz de conservarse
entre la progenie omnívora.

La próxima vez que entre en paro
no lo reviviremos,
dice el médico.

(¿Lo revivimos alguna vez?).

CONTAGIO

En una habitación restringida
hay una nena con tuberculosis,
el tipo que se juntó con la madre
le pegó el sida,
a ella y a su hermana.

A él no le importó, a la madre
tampoco.

Él amenaza
con su sangre resentida,
la enfermera no se arriesga,
nosotros
tampoco,
lo esquivaremos varias veces
antes de que termine el día.

La nena, tosiendo en la máscara, va a morir.
La madre
tomará el bondi a Mataderos y tendrá otros hijos
con ese tipo,
los parirá aquí mismo,
y los traerá después muchas veces
antes de la definitiva.

LA MUJER DE LOS PERROS

*Las verdades más espinosas acaban por ser escuchadas
y reconocidas una vez que los intereses heridos y los
afectos por ellos despertados han desahogado su violencia.*

Sigmund Freud

Muere.
Cinco horas muerta.
Hombres que trabajan de eso
la resucitan,
el chofer conduce,
las consecuencias quizá sean analizadas
más adelante.

Está dañada. Nadie la reclama.

Un olor profundo impregna
las paredes de su casa,
las cosas llevan ya
demasiado tiempo quietas
¿Morirán sus perros encerrados?

La intuban
¿Para qué?

La cubren
con telas azules, ligeramente celestes,
la sangre estalla en la incisión,
apenas se apoya el filo
se abre el anillo traqueal,
anexos la nariz, la boca,
la garganta
acumulan saliva inútil.

Mantienen el orificio abierto
con la pinza mosquito,
introducen el tubo
¿Para qué?

Y las paredes de la terapia
se borronean.

Camino al corredor
llego ciega a las manos de una enfermera vieja.
Me acomoda en una silla y me pregunta:
¿Desayunaste, nena?

JUAN ANTONIO FERNÁNDEZ

Yo esperé, Juan Antonio Fernández,
ponerme a prueba, resolver,
actuar con celeridad y tino
en las primeras sangres.

La abrupta manera
en que terminan algunas vidas
no pareció fortalecerme,
las almas del sifilicomio
aún sudan mercurio
y soplan su inminencia.

Quise, pero no pude.
Esperé el final
que se osifiquen o mueran
y nunca anhelé tanto
nociones de chamanismo
ni fui tan impotente

y el hombre que la medicina era
devoró mi fe.

(De *Formación hospitalaria*)

FELIZ CUMPLEAÑOS

El rastro amarillo de los mingitorios
el ángulo del cordón
el atractor de la mugre.
La garganta
como una cañería llena de pelos
un abdomen perfecto encerrado en el placard
y 30 años dando filo a la imaginación.

¡Mujer!
¡A errar o al banco!

RESILIENCIA

Lo esperaba, sucedió (tal como lo había deseado) y sin
embargo
estoy en similares condiciones iniciales.

Absorber las perturbaciones sin alterar, significativamente,
las características de estructura y funcionalidad
es de provecho en los metales
pero en el hombre
resulta insuficiente semejarse al acero austenítico
y recobrar la forma original tras haber sido sometido a
presiones.

Parece que comprendo las cosas un poco mejor:
el objetivo, la búsqueda, el resultado,
y sin embargo, no es más que media cosa la que veo.

No podré evitar la resiliencia, pero
cómo quisiera destrozarme en las tragedias
y no volver a empezar, aunque digan que fortalece
que es necesario erguirse de nuevo
dispuesto al desastre.

(De *La diástasis de las tibias largas*)

Ella derramó perfume sobre mis pies
Evangelio de Lucas

Magdalena llora y habla sola
mientras lava la ropa,
seca sus mejillas con el reverso del antebrazo.
Nadie la ve.
Magdalena se regocija
con el regocijo de los demás.
Comete errores, por supuesto:
no mirar a través de sus ojos,
sus ojos, por ejemplo,
servir la comida a gusto del hombre,
a gusto de los hijos.
La felicidad se encuentra en algunas cosas,
dijo. En alguna de esas cosas.

Sálvate a ti mismo y baja de la cruz
Evangelio de Marcos

Movidos por ese tremendo tirón en el pecho
ponen fin los hombres a todas sus historias.
Y Dios los hace agusanar en la tierra
para que aprendan
a no escuchar consejos, ni siquiera de su boca,
para que aprendan
a tomar la decisión
de pudrirse, o rearmar el presente,
o morir,
pero nunca abandonarse a la salvación.

(De *La única cosa necesaria*)

CECILIA PAVÓN
(Mendoza, 1973)

Publicó los libros de poesía *Un hotel con mi nombre* (Deldiego, 2000), *¿Existe el amor a los animales?* (Siesta, 2001), *Virgen* (Belleza y Felicidad, 2001), *Un hotel con mi nombre* (Deldiego, 2001), *Ceci y Fer* (Belleza y Felicidad, 2002), *Pink Punk* (Eloísa Cartonera, 2003), *Discos Gato Gordo* (Eloísa Cartonera, 2003), *Caramelos de anís* (Belleza y Felicidad, 2004), *Poema robado a Claudio Iglesias* (Vox, 2008), *Swedenborg vs. Kant* (La Propia Cartonera, 2010). El volumen también titulado *Un hotel con mi nombre* (Mansalva, 2012) reúne su obra poética, incluyendo los inéditos *Hoy vi un cuadro* (2010) y *Cada día es único aunque parezca igual* (2012).

PARA ESCRIBIR ESTAS LÍNEAS...

Para escribir estas líneas
Debo olvidarme un momento
de la grandeza de la pasividad
—una especie de militancia para mí
mientras miro los rieles del tren
con las manos en los bolsillos del saco—

Para escribir estas líneas
Tengo que retirarme de la embriaguez
que son las palabras de los otros

Me gustaría ir de casa en casa
y solamente conversar,
ser una con los otros

¿Alguna vez viste un ciego ebrio que busca
su camino hacia el baño de un bar?
Golpea a algunos con su bastón
el sonido se mezcla con la música

de canciones antiguas
como humo en los
ojos, y con los pasos de una mujer

Para escribir estas líneas debo cerrar los ojos
y echar los hombros hacia atrás.

(De *Cuadernos de anís*).

VOS & YO

Hablemos como si no existieran más escritores que yo y vos como si no se hubiera publicado nunca ningún libro en la historia de la humanidad como si los libros todavía no se hubiesen inventado como si nosotros estuviésemos recién formando nuestras primeras letras. De repente, el concreto se derrite y las avenidas se transforman en olas de material viscoso.

Miramos todo desde el piso 13 corriendo agitados por el balcón. Algunos dicen “ya pasará” “ya pasará”. Pero es el Apocalipsis, los libros no existen, es el Apocalipsis, no existe la literatura policial

ni la poesía argentina. Todos los libros quedaron sumergidos en un sótano que se inundó. Inventamos nuestras primeras letras haciendo marcas en parquet con una navaja suiza.

LOS LIBROS

No encuentro los libros cuando los busco
están dispersos están debajo de la cama
están en la mesita de luz
están húmedos

manchados con cerveza y té
costaron mucho dinero pero están rotos
tengo que leerlos pero no los encuentro
se perdieron entre las sábanas
quedaron arriba de todo
ese día teníamos que leerlos
dejamos los libros en el restaurant
nos robaron los libros en el subterráneo.

CIUDAD

El otoño desciende sobre el caos
(quizás emerge desde el centro de la tierra)
arroja un aire tibio sobre cúpulas como cárceles
y edificios como cajas de cartón.
quisiera regresar al momento en que era más feliz, porque
 hacía mis propias
lámparas, y pintaba de blanco los muebles astillados
cuando aún no conocía la ciudad y la imaginaba como un
 parque de diversiones para personas y ratas
recuerdo que las ventanas de mi antiguo departamento eran
 hermosas, solía mirarlas como si mirara cuadros.
hoy me siento en su living o entro a una tienda de productos
 importados de tai-wan,
lo mismo da
él habla sobre autores & euros
se ve tan tonto con su bufanda de escritor
sé que no se atreve a mencionarlo, pero sueña con que lo
 traduzcan al francés
mientras me habla miro al techo y hago como si me interesara
imagino qué bello debe haber sido de adolescente, antes de
 meterse en esto, ¿alguna vez fue un chico que tiró piedras?
¿alguna vez se disfrazó con la ropa de su mamá, o robó algo

electrónico en una mega-tienda?
¿alguna vez bebió tres botellas de tequila
y pateó portones oxidados
que resonaron infinitamente en la noche?

(De *Poema robado a Claudio Iglesias*)

VACACIONES

Estoy contenta porque leí un montón de libros,
leí a muchos autores importantes, Hemingway,
Montaigne, San Agustín,
que me dieron felicidad.
La historia de la literatura es muy extraña,
Montaigne era un señor al que se le murió el mejor
amigo y se encerró en una torre a escribir sobre sí mismo,
años y años escribiendo sobre sí mismo...
No me digan que la literatura no es algo muy frágil.
La literatura es algo muy frágil.
Aunque ahora que lo pienso siempre me he tomado
a la literatura de manera muy superficial.
Y ahora voy a hablar de otra cosa,
actos mínimos,
actos mínimos relacionados con la literatura o lo que sea.
Recién escribí mi nombre en la primera hoja
del libro que estoy leyendo, puse:
“Cecilia Pavón, 2011”.
No sé por qué lo hice
quizás porque lo hago desde muy chica
escribo mi nombre en la primera hoja del
libro que leo y el año, siempre el año...
Es infantil, ya sé.
Mientras escribo esto, mi novio se enoja porque

no le presto atención.
Estoy escribiendo un poema al instante,
incluyendo todo lo que pasa
y tengo la fantasía de que si escribo cada mínima
cosa que pasa, voy a saber todo
aunque no sepa nada
si rozo todo superficialmente a través de la frágil literatura
voy a saber todo aunque no sepa nada...
en fin,
lo último que quería agregar
aunque no tenga nada que ver con nada
es que pienso que el agua siente
pienso que el agua tiene sentimientos
pienso que el agua sufre y siente
que a veces siente dolor y a veces felicidad
y también pienso que la tristeza y el enojo
atravesan el planeta Tierra.

(De *Hoy vi un cuadro*)

LÉGAMO

Sólo el arte es felicidad.

Sospecho que las palabras vertidas
en este cuaderno no son de amor
No son poemas de amor
Quizás mi amor por la naturaleza sea más fuerte
Pequeñas revelaciones como los huevos rosados
de una especie de araña o de pez en el tronco del árbol
El agua baja y sube y amo esos vaivenes del agua
Mi hijo les tiene miedo a las luciérnagas
Quizás el amor me esté negado para siempre
O tal vez se encuentre en alguna parte del futuro

El amor con toda su potencialidad
Quizás la causa de todo esto sea algo que desconozco
Ayer me dijo que mi cerebro funcionaba lento
Y yo me reí
Estoy segura de que mi cerebro funciona de manera lenta
Como avanzando hacia los costados y no hacia adelante
Como un cangrejo
A veces siento que mis ideas se despliegan en un légamo, un
lodazal
Todos sus movimientos en el mundo son incomprensibles
para mí
Sus intenciones se me presentan como un espacio clausurado
Al que ni siquiera podría llamar misterio
Son más bien como un objeto duro, un cuerpo extraño
Quizás una piedra de otro planeta
que se hundirá en el mar.

(De Cada día es único aunque parezca igual)

WASHINGTON CUCURTO
(Quilmes, 1973)

Washington Cucurto (pseudónimo de Santiago Vega), publicó los libros de poesía *Zelarayán* (Ediciones Deldiego, 1998), *La máquina de hacer paraguayitos* (Siesta, 1999), *Veinte pungas contra un pasajero* (Vox, 2003), *Como un paraguayo ebrio y celoso de su hermana* (Vox, 2005), *Hatuchay* (Vox, 2005), 1999. *Mucha poesía* (Eloísa Cartonera, 2007), *El tractor* (Eloísa Cartonera, 2009), *Upeté* (La propia cartonera, 2009), *El hombre polar regresa a Stuttgart* (Vox, 2010) y *Poeta en Nueva York* (Eloísa Cartonera, 2010).

IDALINA DESCALZA EN LA MAÑANA

Idalina descalza en la mañana
exhibiendo el erotismo de su ombligo morado,
y la perfecta simetría de sus rótulas,
como una ya olvidada reina de los Comechingones.
(Sin importar de qué dirán ni del cómo se atreve,
enseña a las generaciones futuras
la desperfección de sus dedos mochos,
producto de horas de pateos,
por las calles de La Recoleta,
buscando al salvador que se ponga y salve
la tarde, la noche y la semana...)

¡Ignora Idalina los polvos matinales!

Si supiera la negra, que todas las mañanas,
el tucumanito de la pieza vecina, de tan sólo
doce zonzos años, la espía sin tapujos ni miramientos
la ve dormida, sin sábanas tendido
a la bartola, su ocioso culo caribeño,
de compacta naturaleza cedril.

¡Mañana tras mañana agita el guacho este golazo!

A gatas agota cada gota, y alguna goteando llega
al talón colorado de Idalina,
que nunca se entera, ni se asevera, ni nada.

(De *La máquina de hacer paraguayitos*)

CANCIÓN DE LA MUERTE POR EL BARRIO

La muerte pasó por Santa Cruz de Barahona
se llevó cuatro tíos y tres primos
preguntó por mí y siguió camino.

La muerte anduvo por hato Mayor de Higüey
preguntó por mí, imamagüey!, y siguió camino,
antes se llevó tres parientes cercanos y tres parientes lejanos.

La muerte mortaraz anduvo por Berazategui
halló a mi padre y a mi hermano (Cacho)
vendiendo remeras por los barrios.

Les dijo: “Vengan conmigo muchachos,
los voy a llevar a un lugar donde
todo el mundo usa remeras...”

Después se arrepintió, los miró bien:
“El infierno está lleno de quemados”.
Por mí ni preguntó, y siguió de largo.

(De *Veinte pungas contra un pasajero*)

FAUNA ONCEANA

Gordos vendedores de maní con chocolate.

Gordos vendedores de medias futboleras de equipos europeos.

Gordos vendedores, ex pasteleros, de pastelitos de membrillo.

Gordos, perversos vendedores que venden a sus hijas como si fuesen ropa.

(Bombachas, medias, remeritas, topcitos. Se pajea con ellos).

Gordos, cerdos vendedores de choripanes, morcipanes, riñopanes, adobados con la carne de sus propias mierdas.

Gordos vendedores que dan la hora.

Gordos, calculadores vendedores que te dan el día y la hora exacta de tu muerte.

Gordos, tétricos vendedores que se cargan a la muerte, por encargo.

Gordos, velocísimos vendedores que ponen en juego tu imaginación:

te venden un juego de agua con lucecitas fluorescentes, más alarma y dos pilas de regalo.

Gordos, tropicalísimos vendedores emparentados de inmediato con tus ganas de escuchar música.

Gordos, grasas y tráfugas vendedores que te venden lo que tu vida no necesitaba hasta que llegaron ellos.

¿Por qué aparecerán? ¿Quién los llamó?

Gordos, hispanos vendedores de toda la hispanidad mundante: antologías de García Lorca, novelones de J. Amado, Guías de calles de la Ciudad, Biblias, mapas, pósters.

Gordos, simpaticones vendedores dispuestos a venderte la mar en coche enmoñada, el moro y el oro, un fangote de moscas y hasta un amor.

Gordos, necesarios vendedores que alimentan tu imaginación y comienzas a necesitar.

Gordos, peligrosos vendedores que te apuntan a la cabeza con un arma.

Gordos vendedores que te anuncian el jean más barato por altoparlante.

Gordos, arequipeños vendedores de pilas, linternas, lotos, cotos, alegres o tristes, como usted quiera. “Lo que usted quiera”.

Gordos, subsidiarios vendedores que hunden y salvan al mundo a cada grito.

ALGUIEN TOMA LA PALABRA

No aguanto más y no puedo hacer nada.

Si me voy, me moriría.

Cualquiera póngase en mi lugar,
soy hija de nada, no tengo hermanos

ni nada en que apoyarme...Y
estas turulas de los locales vecinos

me envidian mi tonta belleza
artificial de aro y hojalatería

preciosura que acá, entre tantas luces y
guirnaldas, es como la de un renacuajo.

Y estas tontas me envidian, pobres,
merecedoras son de lástima, no tienen vianda
y están dos escalones mentales debajo
de mí que no llego ni a tres.

Aun así, estoy en desacuerdo con Humberto,
ningún motoquero daría en el blanco conmigo.

Y así, es verdad, no soy la ladrona de ladrillos
que construye su casita en un pueblo muerto
del Conurbano, sin luz, ni gas, ni agua.

No señor, me llamo Romina, tengo 18
años, soy vendedora del Once y me hago cargo
como puedo de esta fantasía real alucinada:
delante de la vidriera la dueña soy yo.

Yo vendo para mí.
Sí, me encanta que les pongan bombas a estos
judíos platudos. Ojalá le pongan una al local
donde estoy y que volemos todos a la mierda.
¡Qué plato sería! Salir en el noticiero hechos mierdas por
judíos.
Yo los re denuncio, salgo diciendo que no tengo hora de
almuerzo
y que trabajo hasta las diez de la noche.
Los mando al frente, si quedo viva, claro.
De 8 a 10, corrido.
De 8 a 10, la sepultura.
De 8 a 10, el bajón total y la entrega absoluta.
Pero, ¿qué puedo hacer?
Si me voy, me moriría.

(De *Hatuchay*)

EL HOMBRE CON LA CARA DEL CHE

Él se tatuó al Che en el hombro
cuando nadie se tatuaba nada ni
siquiera todos conocían al Che.
Cuando eso ocurría, él se lo tatuó.
¿Por qué te has tatuado al Che?
le preguntaba mi abuela.
Eso hacen los hombres que salen de la cárcel,
decía ella.
“Y qué crees vos, madre, que es esta vida que vivimos
sino una gran cárcel”.
Cuando nadie se tatuaba nada, él
se tatuó al Che en el Hombro
siglos antes de que el Che fuera el Che;

un hombre hizo eso antes
de que todo esto sucediera.
Hoy, un día antes de navidad,
lo llamo para desearle felices fiestas.
Me atiende completamente borracho.
Feliz de escucharme y a la vez
me dice algo acerca de la nieve.
“Vos sos un simulacro en la nieve”.
Mi padre ha vuelto a la bebida.

Regresó a ella.
“¡Qué lindos están tus hijos, hermano!”
Mi padre me dice, “hermano”.
Papá, mañana es navidad.
“Estoy arrepentido de haberme
tatuado la cara del Che en el Hombro.
Arrepentido de todo y también del Che”.
Su Che, nuestro Che del Hombro de nuestra
Infancia.
“El Che envejeció en mi hombro más que yo”,
me dice.
Mi padre ha vuelto a la bebida.
Mi padre se cae al Hombro.
“No te olvides de mí, hermano”, me dice.
Eso nunca, contesté, y bajé el teléfono.

(De 1999. *Mucha poesía*)

A LOS HOMBRES DEL MUNDO

A ustedes, que también tienen pene
y andan
por la calle diciéndole cosas lindas a las muchachas

Sepan que soy como ustedes y un poco distinto, acaso.
¿No tendrían que decirme
las cosas más bonitas a mí, que también tengo pene?

Sepan ustedes, tengo pene.
Y también tengo algo de García Lorca y de Glauco Mattoso
tengo todo,
(sé muchos de sus sonetos de memoria).
Y alguno de ellos me servirá para completar este poema
Por ejemplo, éste:
“Si eres loca de la bragueta, llámame”.

A todos ustedes, muchachos habitantes de este mundo
que miran las tetas y el culo a las mujeres
con mirada de lobos carnales
que se mueren con una cadera ancha y onda.
Y odian la barba.
Yo les digo: tengo pene y barba
y los amo
y no hay nada en el mundo que mi boca
no pueda reemplazar.
Vengan conmigo a la cama y conocerán lo mejor:
los besos penianos.

Muchachos heterosexuales
como una vez fui yo,
conozcan las dualidades del mundo moderno,
el lado florido de la Calle Florida.

La sierpe que crece en un cuello varonil,
lámanla.
El quesito que se junta en el prepucio y el tronco,
bésenlo.

Y aún así y después aún de ahí,
más allá de eso,
sigan persiguiendo a las mujeres,
conozcan el plato.

Vuelvan a ellas como a los brazos de una madre,
pero sólo después de probar a un varón.
Sólo después de frotarse con un toro
con olor enloquecedor a huevos y a mierda.

Es la única manera de amar a la mujer,
después de haber adorado al otro,
al otro
que te apunta a tu estómago con la misma arma.
El otro que es confidente como vos y se entrega.

A ustedes, que también tienen pene,
y en el alma tienen un candado
que niega al pantalón, la barba y el beso...

Como si hubiesen nacido sin padre, les digo:
De tanto mirar mujeres se ama a la bragueta.
Picaflores, coliflores, pájaros, como yo,
se volverán maravillosamente putos...
No hay nada mejor en la vida que ser puto
después de haber amado a las mujeres,
después de haber sido el gran falo,
los hombres deberíamos terminar de putos.
Así, se completa la fuerza del hombre.

De tal manera, con un corazón de putos,
seremos hombres tan hermosos que no nos
alcanzará el sexo y su norma.
Seremos más hombres diciéndole

cosas bellas a las mujeres en la calle...
¡Oh, automotriz, viril mundo, porque no te inclinas
y te vuelves deliciosamente puto!
¿No te aburres de ser macho todo el tiempo?

El muchacho del kiosco de Guardia Vieja y Gascón,
con el pelito cortado al rape y el arito en su oreja;
piropea a todas las chicas de la cuadra y no lo sabe:
¡Es tan deliciosamente puto! ¡Sólo por él emputézcome con
todo amor!

A ustedes, muchachos del fútbol, hombres prostitutas en el
prostíbulo,
les digo, las mujeres son el centro de la existencia,
nada se compara a un abrazo de ellas, y en su sexo nos
perdemos... cosa que rara vez ocurre con el culo...

Mas, para amarlas hay que desear lo que ellas desean:
A hombres y mujeres por igual.
La gran tristeza es que no tienen pene para darle al hombre.

Playboys, barely legal's, mujeriegos, grandes cogedores,
galanes y langas, trozos, gachupines, picaflores.
Todo eso fui y lo peor también lo fui...

¡Pero el sexo y los deseos son una ilegalidad absoluta!
Y no hay leyes para más que la del deseo y el chupón.
Por eso les digo, entréguense a la bragueta antes
que la bragueta los atrape sin salida;
ah, me olvidaba:
deberían saber... yo también tengo pene.

(De El hombre polar regresa a Stuttgart)

¿MÁS DE LO MISMO?

¿Será posible que no avance?

Escribir poesía no puede ser esto.

Sentarse, tomarse unos mates

garabatear dos o tres boludeces.

La poesía no puede ser tan fácil.

Alguien nos está escondiendo algo.

Un turco nos vendió poesía como si fuera

un par de repasadores de toalla.

La poesía no puede ser esto:

Un gag de televisión o la voz alambicada de los topus.

No puede ser, no es justo.

Nos mintieron y nos enchufaron a Góngora (malísimo),

a Benedetti (buen ensayista), a Parra (excelente antipoeta)

y la poesía bien gracias, no aparece por ningún lado.

Nos dijeron que la poesía era:

el llanto,

el sombrero alón (que ya no se usa),

el disconformismo social,

el conformismo comunista,

la revolución.

El canto al compañero caído o las clásicas

borracheras de los fanáticos de El barco ebrio.

Ebrio de locura está el mundo que permite estas cosas.

Me niego.

Me rehúso.

Me enceguezco.

La poesía no puede ser esto.

¿Qué es lo que en la universidad no nos dijeron

esos profes putos tan modernos?

No soporto a Viel Temperley.

Ni a Valentín Rubio, ni al Niño Montesino.
Me da mucha bronca que no avanzo.
¿Hasta cuándo habrá más de lo mismo?
Es una cagada lo que hicimos con la poesía.
Hoy no sirve para nada.
Nuestros ídolos se la comen.
Reynaldo Arenas, Copi, Perlongher, Schettini,
Lezama, Link, Neruda, Haroldo de Campos, Arturito,
Gluco Mattoso, Carlos Irigoyen y otros etcéteras...

(Inédito, recogido en *El mezcladito. Poesía actual
de América Latina*, 2013)

MARINA MARIASCH
(Buenos Aires, 1973)

Publicó los libros de poesía *Coming attractions* (Siesta, 1997), *xxx* (Siesta, 2001), *Tigre y león* (Siesta, 2005) y *El zigzag de las instituciones* (Vox, 2008). También publicó la nouvelle *El matrimonio* (Bajo la luna, 2011).

QUERIDA MARINA

No me gusta el título
ya lo escuché en otro lado.
Parece el título de una canción de Bon Jovi
solista o de Leonard
Cohen o de ¿Andersen
eran? los hermanos que
fabulaban. O no,
nada que ver, de Bioy
Cortázar, esos que te hacen amar
a los 18 y después
odiás. La parte afectadita
literario-pop es la que menos
me gusta. Me gusta
la parte industrial, hit trolo
es decir: femenino. ¿Son “las chicas”
las que hacen cortar tanto? No sé
no sé por qué
la insistencia. Cortar versos
¿Cuál es? Me gustaría que un día

me expliques esos cortes. Ni ahí
los entiendo. ¿Por qué
todas las chicas hablan mal
de sus ex-novios? ¿Por qué
quieren tener bebés?
¿Lo de los cuerpos deformados?
Ah, sí. Pero más denotativo que esto
difícil. Gestos punk
como poner música fuerte
para joder al vecino
en la tarde del viernes más cálido del año.
Pero es el movimiento doble del realismo
que amo. Es el ritmo, aquí,
lo que estremece.

(De xxx)

ESTÁS SENTADO, ESTÁS LEYENDO...

Estás sentado, estás leyendo.
En la mesa del comedor
hay una canasta
con pan con manteca.
Y vos-naranja.
Sos suavcito en los dedos
cuando hablás
por teléfono.
Si estamos resfriados
nos damos besos aéreos.
Si estamos mojados
nos damos besos mojados.
Clic-clic es el ruido de la puerta
cuando me late más fuerte
y cruzo las piernas.

De los gajos de una naranja
salió el ombligo.
Los días nublados tenés
los ojos como pasto mojado.
Tu piel es suave como la parte
de adentro de los brazos y tenés
pecas en la boca ¿te comiste una
torta de pecas?
Ahora te mirás
en un espejo chiquito
te saca la lengua,
te devuelve una risa.
Cerca de casa hay un árbol
de moras. Un día
voy a ir a la mañana
y te voy a juntar muchas moras
para el desayuno.
Cuando llegue el invierno
cada uno tendrá sus pantuflas
tendrá los pies tibios.

(De *Tigre y león*)

EL CORAZÓN DE LAS ROCAS, EL VERANO

De las conversaciones en una sola
lengua quedó una roca, el caracol seco
en el patio, donde tu hermana pedalea
la furia de las decisiones. El calor volvió
con toda la furia. Ustedes corrieron
a oler las flores y con tu certeza—
“Son jazmines”— se evaporó
la magia de las feromonas.

Por el pasillo que va de la
incertidumbre a la necesidad
pasé haciendo bailar el camisón
para los vecinos y algo negro,
desde el fondo de tu habitación,
me recordó la mecánica del
aquí: No dormías. Lo negro
del ojo brillaba de más, como los ojos
de los animales nocturnos.
Te pregunté en qué pensabas.
“En las vacaciones. En las chicas
que jugaban al goofy en la pileta.”
Una vez, atrapado por la
retórica, un hombre
me regaló una joya: un collar
de cristal de roca, una piedra atada
al cuello con mi nombre. En las vacaciones,
en la zona húmeda donde la espuma
viene y se va, la arena
formaba pocitos donde nos hundíamos,
y en esos pozos mínimos que hacían
los bichos de mar formando
constelaciones que jamás llegábamos
a descifrar, perseguíamos
nuestras ilusiones, la felicidad hecha
berberecho. Entre las rocas, con anteojos
negros y bikinis negras, las mamás
completamente manipuladas
por el viento de la orilla
hacíamos esfuerzos por hablar
de todo lo bueno y ustedes
iban, venían y cortaban
la negrura con sus rastrillos verdes,
los baldes rojos. Casi nevaba

con esas gotas, con una mano
mapeaba la superficie
del agua. Pensaba
en esa misma escena
en el verano siguiente, sólo
una libreta y un libro en la lengua
de lo que nunca hicimos.
Las gotas que salpicaban eran
casi nieve de tan frías. Las mamás
nos esforzábamos, o no tanto:
Lo bueno parecía estar en algún lado, cerca
en esos baldes, el rojo y el amarillo, llenos
de berberechos después de un rato.
Los dejamos ir, los soltamos, a la vera
de la correntada, a que siguieran hurgando con
su lengua los túneles de sus refugios, de sus
huidas. Por un rato, una de nosotras
lo posó en el brazo dorado que da
pan y trigo, miel y leche, y sintió
su lengua única, blanca
quitarle la sal a las espigas de su brazo
nutritivo, y se lo mostró a todos
para que no tuvieran miedo y lo devolvió
a la marea. Me imaginé la misma escena
en el verano siguiente, con la marea
más alta, el mapa de las palabras
cristalizado, el agua tapándonos
las rodillas. Mi niño-bañero izando
la bandera a media asta y recitando
la tabla del peligro como un
limerick, o una verdad científica
sobre el corazón de las cosas.

(De *El zigzag de las instituciones*)

UN POEMA QUE ME REGALARON CUANDO ESTABA
EMBARAZADA (FOTOLOG)

Ahí había una ausencia iluminada.
La canilla armada del patio
calentaba su hierro
agua de miel

en el balde tenso
y el sol se paraba
como una parrilla que se enfría
contra la pared

de cada tarde larga.
Así que en sus manos forcejeaban
en la bandeja,
el horno poniéndose rojo

mandaba su placa de calor
contra donde estaba ella
con su delantal lleno de harina
abajo de la ventana.

Ahora limpia la tabla
con el ala de un ganso,
ahora se sienta, embarazada,
con las uñas pintadas de blanco

y canillas rojas:
acá hay un espacio
otra vez, el scon se cuece
al tac de dos relojes.

Y acá está el amor
como la pala de un obrero

hundido más allá de su brillo
en la montañita de harina.

TREINTA Y SEIS

I

Casa de huesos, un esqueleto
de la lengua en la que asábamos
manzanas, los caramelos, nos
quemábamos los dedos, nueces,
tiza, y tocábamos lo áspero
de las palabras se lo llevaba el viento.

II

Ahora es hielo, amarillo y
ribeteado, una parcela verde
donde se juntan piedras. El campo
extraño, lleno de consonantes
—podría ser una tibia, una clavija—
que no hacen nada de lo suave.

III

Volvé, pasado. Por la aridez
del dedo gastado contra
las piedras caen de pie
sobre la espalda. La riqueza
de la gramática se agradece
y en la declinación: as, aes.

IV

Empujo hacia atrás, en la lengua
sin norte, en direcciones
surcadas por el paso brillante
de las íes y las erres a la vera
esclarecen la dicción, deciden no habrá
flores sobre los panes de pasto.

V

Existen en la mente las mentiras
de los huesos, las verdades
del nidito de amor en el que incubo
la cabeza como una bola
de cristal donde se lee
aquello que no hicimos, lo que sí.

VI

En la calle, pateo el hierro
de las fricativas, encuentro el lunar
perlado de rocío que te rozaba
los suéteres. Un botón de terciopelo
grande y colorado, montaña
de frío, con la que tropiezo y caigo.

VII

Y me dijo: “Soplá, Soplá
a contrapelo y sentí el vuelo
de las sibilantes, corrí hacia el
Sur, cerrá esos puntitos
que son los ojos y creen ver
el deseo que tenemos”.

*MI DORMITORIO ES EL LUGAR DONDE PASO
LA MAYOR PARTE DE MI TIEMPO...*

Mi dormitorio es el lugar donde paso la mayor parte de mi tiempo
¿Saben? Cuando estoy en la calle miro los autos
Me acuerdo cómo estaban las cosas adentro de la casa
vi sus ojotas en el balcón, sus cigarrillos en el cenicero
pasamos por esta experiencia loca
En pleno verano estaba con buzo de mangas largas
Le mandé un mensaje a mi hermana
pidiéndole que se fuera a fijar a un bar al que iba siempre a
ver si estaba y no me contestó
nada.
Fue eterno y rápido a la vez.
Lloro sentada, acostada, parada, pero inmóvil.
Cuando voy caminando y veo una chica con esas camperas
tipo tubo...
Es viernes y bajan un poco las revoluciones y empiezo a pensar
Había unos cables
que eran para colgar la ropa y que habíamos sacado porque
lastimaban
al árbol en el que estaban.
Durante toda la mañana hizo las cosas que hacía todos los días
No podía estar mirando todo el tiempo, lo hacía cuando
cocinaba, controlaba que no
hubiera cuchillos cerca.
Ahora no estoy tan enojada. Revolver sus cosas
me trajo sentimientos de ternura.
Las vísperas siguen siendo algo triste.
Ahora pienso: y si se fue esperando encontrar algo mejor y
no encontró nada?

(De *Chicle en el corazón*, inédito)

DENISE LEÓN
(Tucumán, 1974)

Publicó los libros de poesía *Poemas de Estambul* (Alción, 2008), *El trayecto de la herida* (Alción, 2011), *El saco de Douglas* (Paradiso, 2011), *Templo de pescadores* (Alción, 2013) y *Sala de espera* (elCRUCEcartonero, 2013).

NADIE LO SABE...

(a Fabián)

Nadie lo sabe.
Acabamos de amarnos
y es una luz
de naranjos
que acecha.

Los insectos repiten
un círculo de aire
que es
de noche
y es
de espera.

En un silencio de tallo
el agua de los cuerpos
roza apenas
el borde oscuro

y quieto
de la tierra.

(De *Poemas de Estambul*)

CÓMO SE HACEN LAS COSAS

1

Las mujeres deben cubrirse el pelo cuando los hombres piadosos rezan.
Los hombres piadosos se tapan los ojos
o se cubren la cabeza con el talit cuando rezan.
Se sabe: hay gestos que se conservan y se repiten.
A los hombres piadosos los distrae el pelo de las mujeres.

2

Así se hace un ojal;
así se pega un botón;
así se hace coincidir botón con el ojal que acabas de hacer;
no se dejan cosas sucias en la piletta de la cocina (ni siquiera un rato);
así se barre un rincón y así, toda una casa;
así se sonrío a alguien que no te gusta mucho;
así se sonrío a alguien que no te gusta nada;
así se toca la fruta para saber que no está podrida o rancia.
Los verduleros son todos tramposos.

3

Necesito dormir pero el sol me despierta.
Me hice grande pero mi madre es más grande
y será siempre así.

4

Tu rostro oscuro y verde se asoma como un hacha
como un barranco
como un precipicio.

Ruega por mí.

No quiero que me toquen las mujeres que usan mi nombre
en diminutivo
ni el ojo de los médicos
ni el poder de la ciencia.
Los timbres de mi voz están húmedos
y mis ojos se abren de una manera que no les conocía.
No quiero ser tocada por los sueños.

5

Abren la canilla para limpiarme el mal.
Todas las lágrimas de mi vida
vuelven a mis ojos.
Tengo que ser fiel a algo
pero no necesariamente a los hechos.
A la siesta, el aire era espeso y dulce
y entre las sillas caídas,
el río crecido
y los juncos
comienzan a reventarse los vasos de sangre más pequeños
de mi nariz.

6

La vi encender las velas y cubrirse los ojos.
Vi sus manos inclinarse levemente

encantando el humo.
Vi arder las velas durante algún tiempo.
Una de las velas titiló hasta agotar su espesor
y mis ojos buscaron los restos de luz.

Vi tantas cosas y ahora no las recuerdo.

7

Fue enseñado que antes de la festividad se sacrifica ritualmente
un animal salvaje o un ave.
Las escuelas de sabios discuten aún
cómo se debe cubrir su sangre.
Todavía recuerdo la gente alrededor,
las paredes blancas de la casa
y la mirada del gallo ahogándose
lentamente
en el esfuerzo de una desesperación sin objeto.
Conozco bien su mirada de asfixia
conozco bien su mirada de sangre
conozco bien su mirada de gallo.

8

Voy de la mano de mi madre a tomar el tranvía.
Nos subimos y me quedo así,
quieta,
como un cuerpo tendido sobre un colchón,
latiendo
El tranvía hace mucho ruido y se mueve hacia los costados.
Pero este tranvía no se mueve.

Como un animal perseguido
 que se percibe otro
 en su sombra
 y salta el cerco
 —no por saltar
 sino para estar del otro lado—
 así salto las palabras
 sólo para apurarlas
 sólo para estar del otro lado.

(De *El trayecto de la herida*)

LUISA, 1914

yo kumplo las leyes sekretas de los muertos. Voy a toparlo. Voy a toparlo. Voy a toparlo. Miro al muro i las solombras se ajigantan komo dedos. Era enverano. Lavoro sin parar. Era enverano i mi madre me disho no te kites los chapines. Hasta las alfilercikas son biudas en esta sombrerería i kumplen las leyes sekretas de los muertos. Voy a toparlo. Kada una de las partes iguales en las que se divide el día el korazón me se apreta mientras las tijeras marmullan komo si estuvieran meldando. Adelante. Atrás. Los dedos siguen al filo. El filo sigue los dedos. Los dedos siguen los ojos. Los ojos kumplen las leyes sekretas de los muertos. Este es mi precio. Voy a toparlo. Dende ke el gayo a kantado mi karne i mi gueso son piedra: la hora de la partensia se eskuende en mis labios —mansos— como perras.

yo acato las leyes sekretas de los muertos. Voy a encontrarlo. Voy a encontrarlo. Voy a encontrarlo. Miro hacia la pared y las sombras se agigantan como dedos. Era verano. Trabajo

sin parar. Era verano y mi madre me dijo no te quites los zapatos. Hasta las alfileritas son viudas en esta sombrerería y acatan las leyes secretas de los muertos. Voy a encontrarlo. Cada una de las partes iguales en las que se divide el día se me aprieta el corazón mientras las tijeras murmuran como si estuvieran rezando. Adelante. Atrás. Los dedos siguen al hilo. El hilo sigue los dedos. Los dedos siguen los ojos. Los ojos acatan las leyes secretas de los muertos. Este es mi precio. Voy a encontrarlo. Desde que el gallo ha cantado mi carne y mis huesos son piedra: la hora de la partida se esconde en mis labios —mansos— como perras.

(De *El saco de Douglas*)

CUMPLE TUS PROMESAS, SEÑOR:...

Cumple tus promesas, Señor:
No te despiertes de mí
ni me prohibas
el dolor
con tu razón traidora.
Mi cuerpo
se ha enfriado
como los barcos
desnudos.
Han cambiado
tantas cosas.
Pero el dolor
arde
como la fiebre
o
como otro corazón.

(De *Templo de pescadores*)

LOS CHICOS NO SABEN...

Los chicos no saben.

Y no tienen por qué saber.

Esto han hecho conmigo.

Quiero gritar:
esto han hecho
con mi cuerpo.
Esto han hecho
con mis venas
que bajan flotando
—sosegadamente—
como un pájaro,
como una red
de pesca
lanzada
al mediodía.

Y la sombras
crecen
—de prisa—
en el agua:
podemos rasgarlas
pero no desaparecen.

Esto han hecho conmigo.

Quiero gritar
pero los chicos
no saben.

(De Sala de espera)

FRANCISCO GARAMONA
(Buenos Aires, 1976)

Publicó: *Parafern* (Deldiego, 2000), *El verano* (Deldiego 2001), *Carcarañá* (Casa de la Poesía de la ciudad de Buenos Aires, 2002), *Tavali*, (Amaranta, 2003), *Pequeñas urnas* (Gog y Magog, 2003), *Cuaderno de vacaciones* (Siesta, 2003), *Una escuela de la mente* (Eloísa Cartonera, 2004), *La momificación de Bárbara* (Junco y Capulí, 2004), *Los patos* (Eloísa Cartonera, 2005), *Que contiene láminas* (Gog y Magog, 2005), *Aceite invierno* (Editorial Municipal de Rosario, 2005), *La leche vaporosa* (Vox, Bahía Blanca, 2006), *Cosas encontradas en un pupitre* (Belleza y felicidad, 2008), *Pueblo y ciudad llanos* (Belleza y felicidad, 2009), *La luz entre las fholas* (Yiyi Yambo, Asunción del Paraguay, 2009), *Una proposición* (Mata-Mata Ediciones Latinoamericanas, 2009), *Esculturas topiarias* (Vox, 2009), *Un gabinete móvil y otros poemas* (Cuneta, 2010), *Neón sobre las nubes* (Universidad Nacional del Litoral, 2012) y *Cuando se comienza* (Eloísa Cartonera, 2014). Además, es músico, librero y editor del sello Mansalva.

LA ESCUELA DE LA MENTE

Fuimos al cine y dejamos que un reno se subiera
a la nariz de una estatuilla de hielo,
a la que miramos derretirse, tocándola despacio
como un ciego palparía los objetos de una casa.
La oscuridad trae una noche, una novela
acabada que se quema por los bordes.
Dejamos algo en un lugar para olvidar otras cosas,
¿dónde están tus abuelos que te llevaban
a la cama cuando eras una nena dormida?
Palabras quedan, como brillos de pulir en la ventana.
Aplicamos nuestras bocas a decir las,
nos acercamos a encontrar todo lo dulce
que se cambia por la luz de la mañana.
La escarcha gotea en el cristal de éste,
en el de aquél despegan unas cintas muy tersas.
Y en el cine pasaban las imágenes que íbamos
cambiando por placer, dejándonos llevar
por un viento que embolsaba la campera florida.
Mientras buscábamos unas notas por el camino
de azulejos de esta escuela de la mente.

DOS PATOS

Sobre el sonido de dos patos que suben
en su vuelo hacia el caos, en la tormenta,
con las cuerdas de un navío que tensan
los tonos de una voz.

Hermosos, amarillos, débiles a la luz del sol.

Quien fuma mientras pasan traslúcidos:
los comparamos con el dorso de unas manos.
Podemos quedarnos acá todo el día, verlos
pasar como una percepción cambiante
que la luz nos regala de uno en uno.

Cruzan el sol, espejean, quedan como restos
después de tapar la luz por un segundo.

Serán plumas. Calcinadas y azules.

Partículas de huesos y filo de picos llegando
hasta nosotros sin decirnos nada especial.

Porque así era fijarse en la línea del horizonte
donde las señales se hacían más débiles.

Y en nuestra mente se iban grabando unos reflejos.

Lentos, azucarados. Como lomos de libros
en un invernadero. A veces en su vuelo
traían la variación de un mismo tema.

Pero las estaciones pasaron y el lomo de esos patos
quedó como un secreto.

Porque mirarlos también era detenerse,
ver surgir los materiales descentrados
donde una idea del mundo persistía.

(De Una escuela de la mente)

VAPORES

Me pasó que sentía el crujido de una carne dulcísima,
que mis pensamientos se transmitían a tu lengua
por puentes que irradiaban otra voz.
En los museos de ciencias bajo una caparazón
de tortuga encontramos un signo celeste;
el promontorio de nuestros huesos también estaba allí.
Pero vos te detuviste a mirar como nadaban
unos renacuajos en el agua de unas piletas,
y cuando estuvimos cansados nos fuimos
a la habitación que compartíamos los dos.
La luz conforma una distancia que recubre
los días midiéndose sobre los cuerpos,
en las partículas que nos encuentran juntos.
En estanques los animales beben notas dulces,
de agua, terrones de azúcar que se dan con la palma
a un caballo ciego. De lugares así uno se queda
una experiencia por fijarse, aun ya vivida.
Las notas desprendidas en las ramas,
cada cual lleva su penacho amarillo;
el contagio del cubrecamas, la habitación
abandonada con sus vidrios marrones
que dejaban entrar el sol como en un marco.

(De *Que contiene láminas*)

FORMAS DORMIDAS

En una tarde de acercamientos y sigilos unas formas
dormidas nos esperan, con el temblor de la madera
que se reconoce a sí misma en sus puntas cortadas
que representan el torso de una chica abrazada a los patos.
Crecieron líneas de resplandor entre las piedras

y algunas construcciones se hundieron
un poco más sobre el cemento.
Cerca de la alfombra que piensa
en el brillo de la piel de unas personas
midiendo la temperatura de los cuerpos
y la cercanía de unas flores en un pote de arena.
Los días de la semana se cargan de referencias,
Habitan nuestros sueños percepciones muy nítidas,
donde vamos perdiendo lo nuevo como alguien
que esconde la mano mellada que un oso le dejó.
Hay formas que entran en la casa,
el viento jugando con la ropa es eso,
la inscripción de un verano que todavía nos seguía.
Trazamos figuras de facilidad y huida,
centros de puntos fosforescentes
con la brasa de un cigarrillo en la oscuridad.
Nos perdemos en esos pensamientos sin seguirlos
como estudiantes interrogando la inmovilidad.

AGUA SUBTERRÁNEA

Pensé que diciembre era el mes de la muerte de los padres.
Iba pensando en eso bajo un silencio que rodeaba todo,
con los árboles que parecían más cerca, por llegar.
¿Te acordás de cómo los vimos la última vez?
La casa estaba lista, era el lugar de un sueño,
juntos despegarían cercando la alegría,
entre dos gatos que jugaron a ser niños.
Nos dieron esta vida, nos llevaron en andas,
estaban decididos a lograr con nosotros,
un varón de cristal y una hembra de oro,
sobre el pasto para empezar de nuevo.
Pero hoy me encontré de golpe mirando

esos anillos que salían de mi boca mientras
largaba el humo de una pipa de papá.
Y detrás la ventana que parecía tan nueva,
con los días cubriendo esos primeros pasos
o el rayo que fulmina la casa en el recuerdo
donde en una montaña van a morir los padres.
Pero allí en la madera del árbol que dio sombra
a las tardes de ambos, conversan de sus cosas,
se pierden en motivos que prolongaron besos.
¿Y cuando aprendimos a leer y la madre nos mimaba?
Decía aquí está la casa adonde llegamos juntos,
y un ruido de agua subterránea nos hacía soñar.
Mañana serán sombras circulando en la vida
que nosotros llevamos a dormir junto a ellos.

(De *Aceite invierno*)

LA ESCUELA MORADA

Ya pasó el año nuevo con sus luces y disparos.
Pasaban los barcos, las cáscaras
de nuez en una ña; las horas del día
en que estuve enfermo, desnudo sobre una cama.
Tomaba con mis manos pedazos de madera
y si andaba por el medio de un camino
solía señalarlas con una mueca
que quería decir, “estarían buenas
para la escuela morada o adentro
de una gruta de turismo”.
Buscaba el partido de la extrañeza,
la oscuridad, lo hermafrodita,
eso que no tenía mensaje por encima de las cosas:
la clave del silencio era el silencio.

(De *Esculturas topiarias*)

EL HIELO GEMELO

Tengo la imagen de la ropa
secándose colgada de la soga:
todavía estaba la abuela
como una bruja blanca del amanecer
preparando su leche con canela.
Y también Lorena Penisi
detrás de sus anteojos cuadrados
hundiendo la nariz en un cuaderno
donde trataba de copiar
con sus trazos minúsculos de miope
unos conjuntos del pizarrón
en los que se debatía el álgebra
de su penoso aprendizaje.
Tiempo en que imité la cara de conejo
en el espejo de un aparador
que tenía molduras en forma de manos
que ya empezaban a tirar de esa cinta
que más tarde iría a llamarse “la memoria”...
Yo me acostaba en mi cuarto de estudiante
y resolvía en ese espacio los intercambios
del sexo con la muerte, mientras otras imágenes
accionaban a unos autómatas que me enseñaban
sus ojos oblicuos en la media tinta de la noche.
Después besé a una chica en el arroyo.
—¿Su nombre era Mariel?
—No, esa era su amiga de la que estaba
enamorado un compañero...
Y bajaban a nuestra vera unos caranchos,
que venían de comer las vísceras
de ese ternero huacho
que en Tacuara y Chamorro
hizo estremecer a unos idiotas...

Ahora quiero instruir el eco de esas voces,
no lo que dijeron impulsados por el amor o la furia,
en esa artillería donde el soldado de plomo se fundía de
nuevo.

Por el frente de la casa pasaba un colectivo
que llevaba a los obreros a la fábrica,
y todas las madrugadas desfilaban
frente a la ventana esa caterva de hombres
que fumaban su primer cigarrillo
apoyadas las espaldas contra los árboles
borrados por la niebla de la calle Garibaldi.
Son los mismos árboles que ahora podemos advertir
aunque sin verlos con sus copas frondosas
que entrarían en el primer suspenso del día,
para poder decir:

Lorena, la de la abundancia,

Lorena, la de la fijación...

¿Se escucha todavía la vibración de un sulky
sobre su meta de polvo nueva,

u otras reverberaciones, acaso insustanciales
pero que de seguro eran, las de la alegría,
las de la felicidad?

Hubo primero una atención y una compuerta
por donde detallar los campos espaciosos.

Ya no la aldea de muebles empequeñecidos,
con el ave de madera que entraba y salía de su covacha...

Era al resguardo de la primavera,
cuando las ondas de calor se fijaban
en las remeras finas y traslúcidas
que usaban las chicas de mi pueblo...

Puedo oír sus voces, algunas veces roncas,
y escuchar los secretos que se cuentan entre ellas...

Con las manos haciendo visera frente al sol,
en una fotografía de tonos difuminados,

celestes y amarillos trazando el vocablo
de la estación donde nada era neutro.
¿Un parque de diversiones y sus espejos deformantes?
¿Atardeceres tallando un trineo en miniatura,
cerca de unos niños que mirarían
con ojos achispados de animal?
Eso era en lo que estaba pensando.
En un hielo gemelo, y delgado, que de tan fino
se pudiera quebrar con el peso de una sombra
que apenas se apoyara en las membranas del aire.
Pero ya estaba Roxana, la vecina mayor,
a la que en un día de carnaval la vi llorar.
Sintiendo el trepidar de una etapa concluida,
o el polvillo de pulverizadas flores
que la enfermedad nos trajo.
A nombrarlas y consentirlas en sus labios
entreabiertos con los míos.
Pasaron unos meses y Roxana, la hermana de Lorena,
(que se había extinguido en el curso de ese verano, oh qué
ridículo es decirlo así)
encontró su diario íntimo y me lo regaló.
—Es pésimo —me dijo— pero hay descritos
momentos que ustedes pasaron juntos.
San Nicolás, paralelo del amor,
meridiano de la tristeza.
Porque hubo una vieja madera
que ascendió hasta confundirse en las estrellas
con todo lo que llegaba,
y era como si el fantasma de Lorena empezara a desperezarse.
Por la ventana alargada, otra vez, se veía oscurecer
un fragmento del terreno diseñado con rectas.
Yo la amaba, decían los grillos,
con su canto repetitivo, entrecortado,
como un signo de pregunta que los aleja del alba,

en el mismo momento en que se hunde
el corazón como una piedra blanca,
sin sonido, en el arroyo.

(De Neón sobre las nubes)

JAVIER FOGUET
(San Miguel de Tucumán, 1977)

Publicó *La tumba de los viajes* (Ediciones del Copista, 2006) y *El humor de la luz* (Huesos de Jibia, 2009).

NOTA

No te conozco y no me conoces
pero he dormido en tu cocina de piedra
al resguardo del hielo y de la niebla
y he quemado un poco de la reserva
de yareta (el único combustible
de que dispones a esta altura, lo sé)
y todavía mi ropa está impregnada
con su humo resinoso y tampoco
me perdono no haber tenido una ginebra
para dejarte bajo el techo tiznado
para las noches apenas más cálidas
y hondas que te tendrán aquí, de nuevo
junto al olor de los pastos
y el goteo más decidido y saludable de la vega.
Como me ha recomendado la gente
que me indicó tu puesto, he terminado
de apagar los tizones ahogándolos
con su propia ceniza y un poco de agua
que no se congeló durante la noche.

CONSUELO DEL ARÚSPICE

Quita esa angustia de tu pecho.
Cruza de un brinco el mucilago hediondo
que te retiene.
Pisarás
la orilla de los plátanos.
Quita entonces la angustia de tu pecho.
Es lo que han dicho las entrañas.
Y agregan esto:
también querrás no haber llegado.

(De *La tumba de los viajes*)

CRÓNICA DE BARRANCO

En Barranco habité una casa indescriptible:
muelle completado con restos
de un naufragio de la Corona...
Mi habitación miraba al espacio,
por el lado del mar, con un ojo
humeante de bruma...
La mujer mitad mujer mitad sapo
que presidía me comunicó sus tablas:
no probar cocaína en dirección
a los pájaros de la playa,
pero por sobre todo, no dar alimentos
al cachorro que ocupaba el cuarto
más amplio de nuestro palacio:
nunca había visto un jaguar
que mirase con tanta intensidad
las olas detrás de un ventanal
y a mí me atacó una impaciencia de ser, de poesía,

que me obligó a profundizar
los vagabundeos y la soledad
para volver con hambre
a los tabiques de pobreza,
a la melancolía pura de mi joven vecino...

(La casa-muelle se derrumbó durante los terremotos que re-
mecieron la costa de Perú la tarde del 15 de agosto de 2007.)

CONJURO

Entonces, con el resto de espíritu que en mí
ansiaba el canto del gallo,
proferí este ridículo conjuro:
¡Silla!, está en pie, no te duermas;
¡Lámpara!, no te duermas,
dora con tus párpados
las blancas tinieblas.
¡Mesa!, no te duermas;
no engullas la costra de los seres:
comparte el sueño conmigo.

A IQUITOS POR AGUA

El cacao con agua y canela
tenía en los platos el mismo color,
las mismas vetas que los montículos de río
junto a las paredes del barco.
Lo bebíamos todo en silencio. Y escuchábamos.
Conté (porque lo pidieron)
un millón de veces la historia
del vagabundo,

hasta que perdió sentido.
Después, cuando subía al techo
el viento golpeaba las lonas y se sentía
el borbollón de la hélice en popa.
Al atardecer el río se metía en mí.
Los forestales me mostraron
una línea lejana en la tierra
y yo repetí: esa línea
de árboles azules
se llama la ceja de selva.
En ese momento el río era naranja
—un hocico
husmeando la superficie—
y estaba manchado de oscuro
junto a los taludes.
De todo esto me acuerdo.
El árbol de pan es la puerta
de una catedral salvaje.
El hombre que vendió a mal precio
su ternero moribundo
fue primero en la hilera la noche del estofado.
François vio la misma luz que yo
en la boca del Marañón.
Y también el sol acribillado por las hamacas
cruzando la sombra de nuestro piso.
De noche el piloto sigue con un faro
la línea de las orillas o envía delante
una chalupa cuando el canal se oculta.
Los barcos que vienen en la noche
—los toldos, las bombitas encendidas—
parecen una fiesta que deriva.
Repetí la historia
a los que colgaban nuevas hamacas:
el taxi acuático metía su trompa

en las aldeas, dejaba y recogía hombres,
animales, fardos y el oleaje
contra las orillas levantaba
de los palos secos algunos pájaros.
Entonces llegamos;
los que no tuvimos a nadie en tierra
dormimos a bordo una vez más
mirando las luces nocturnas, duplicadas,
de la ciudad isla.

RÉQUIEM

Un camión con una torre en un parque
buscando agua o petróleo
o los cursos de lava
que mantienen tibias
las plantas de los muertos.
Una cruzada de pollos.
Los vientos combados
como el buche de un pelícano.
La domesticación de los vocablos silvestres,
la magia inversa.
El apagón en un barco dorado por la luna.
El hueso de damasco
que inculcó olor
a tus brazos jóvenes.
La conciencia del fin que contagia a una música
que contagia a un hombre radiante.

(De *El humor de la luz*)

HE AQUÍ LOS HOMBRES QUE ME IMPRESIONARON...

He aquí los hombres que me impresionaron:
el que apuntala su casa
con grandes árboles que no verá;
el hombre detrás del cementerio
que amusga los ojos porque allí se abre el paisaje
y todavía no ha sentido la tibieza de los aplausos
por regresar vivo, cada vez y sencillamente;
el que ha vuelto a escribir después de mucho tiempo
y aún es joven y dice que fue igual a encontrar un río,
toda la siesta he nadado en oro
y el sol me seca la muerte.

E. S.

Siempre noticias clementes traes,
tus cartas son translúcidas
como la cáscara de los grillos,
un torbellino invisible
si no hubiera pinos
a lo largo de la playa.
Hoy tu cargamento es: tesoros
junto a naves negras,
amarillas,
amarradas a palos de memoria.
¿No sales a saludar o desde muy lejos?
Cuánto más te perdemos...
es que tu música nos ha traspasado
o nos traspasará.

(Inédito)

ALEJANDRO CROTTO
(Buenos Aires, 1978)

Publicó *Abejas* (Bajo la luna, 2009) y *Chesterton* (Bajo la luna, 2013).

PIDO MI PUESTO

Frotá en mis ojos menta y nieve, y con las uñas
que hace un rato rayaron de naranja las nubes
desprendeme las costras, rascá el óxido;
teneme de los hombros, restregame
en el limón de pulpas ácidas, y con tu limpio
soplo aliviá el ardor mientras me das de nuevo.
Porque pido mi puesto, despertar.

LAS PALOMAS

Hay que ponerse rápido las medias
porque el piso de piedra está frío; en la cocina
desayunamos leche, pan con manteca y miel,
después salimos a cazar palomas
con nuestro rifle de aire comprimido,
mi hermano y yo con menos de once años
y con botas de goma, camisa gruesa a cuadros y balines
en el bolsillo –dos o tres,

los próximos a usar, van en la boca.
Vamos dejando huellas en la helada que empieza a deshacerse,
vamos alerta entre las ramas de los plátanos,
los altos eucaliptos, el nogal, las casuarinas,
los álamos del haras, la pileta,
un tiro cada uno, caminando,
señalando de a ratos las copas del otoño.

Después, detrás del lavadero, entre frutales,
las desplumamos y las destripamos:
sosteniendo en la izquierda el peso tibio
vamos sacando plumas con la otra,
las más largas y duras en la cola y el ala,
las fáciles del pecho,
las cortitas y oscuras de la espalda, las más suaves
en el flanco, debajo de las alas en la axila;
van quedando en los yuyos enredadas hacia el lado del viento,
pegadas en las manos, suspendidas del aire
cuando se arremolina de repente;
después vamos vaciando el cuerpo, mucho más chico
ahora en relación a la cabeza: primero el buche,
a veces con semillas de girasol intactas que se pueden comer,
apenas agrias, y metiendo con fuerza los dedos hacia arriba
donde termina el esternón, girándolos
dentro del cuerpo todavía caliente, agarrando y tirando para
abajo,
arrancamos los largos intestinos y la panza, sacamos los
pulmones
como una esponja rosa pegada a las costillas,
los riñones, el hígado, el quieto corazón,
que los perros atrapan sin que toquen
el suelo; en la canilla lavamos las palomas
y les cortamos la cabeza, las atamos
subidos a un banquito de la pata a un alambre hasta la noche.

Las manos queman por el frío del agua,
brillan los cuerpos en el aire, al sol; la vida
es material, y la materia
es difícil, sagrada.

CHACO

A un desierto quemado de quebrachos
y de tierra reseca, toda rota
por el calor, nos fuimos un enero:
llevábamos rosarios, zapatillas, útiles,
éramos cinco hombres, uno cura, tres mujeres,
dormíamos al lado de una escuela rural
sobre el inverosímil acoplado de un camión,
abandonado bajo el cielo astillado de estrellas;
todas las noches lejos al oeste había nubes con relámpagos,
pero en las tres semanas no cayó una gota. Cuando el aire
quieto se abría en la primera luz, un rato antes que el sol,
nos levantábamos, tomábamos
charlando, haciendo siempre chistes, té,
café con pan, rezábamos. Después salíamos
de dos en dos a visitar la gente
a sus casas de tierra entre gallinas
desmechadas y perros, a sus casas sin vidrio; a visitar
la gente ensimismada, pobre, rajada por lo seco,
su opaca luz temblando honda en el ojo:
Adelaida, don Flores, Cesárea y Antonino, Nery...
Volvíamos pasado el mediodía
y a la tarde llegaban los chicos, más de treinta,
los varones jugábamos al fútbol entre el polvo
mientras alguno relataba las jugadas
imitando la radio: “ahí la lleva Martín,
patea al arco... !fuera!... se pierde alto el esférico,

sigue igualado en dos el clásico, señores”. Se reían.
Después había misa; después noche.
Un mediodía con Verónica volvimos los primeros.
Fui hasta el fondo a buscar atún, arroz. Y oí
y vi bajo el alero junto al pozo la palangana verde:
alguien la había dejado con un poco de agua, y estaba toda
llena
de abejas, tres centímetros de abejas ahogadas,
las primeras hundidas y luego encima más
hasta llegar al aire en que zumbaban dando círculos
cientos frenéticas, furiosas,
parándose de a ratos en los cuerpos de las muertas
para tener un poco de esa agua.

DE LO QUE ABUNDA EL CORAZÓN HABLE LA BOCA

En esta viva sal quedémonos que quema
sin consumir; en esta levadura
que de los huesos secos saca abejas, miel
multiplicada; en esta savia
que en el bloque del pecho
irriga un corazón de carne
y despierta los ojos
con su corriente limpia,
y remontémosla
dejándonos
en el fermento de sus uvas cada
día. De lo que abunda
el corazón hable la boca.

(De *Abejas*)

LA LAMBERSIANA

Detrás de la pileta hay una lambersiana
del color del limón. Es mediodía
y reverbera el aire en el calor
de febrero y la quieta resolana. Los grandes
ya se fueron a misa,
van a rezarle a Dios, que no se ve y es santo;
mientras tanto los primos nos metemos al agua,
nos secamos tirados entre risas al sol.

Después yo entré en la lambersiana. Era otro mundo
ahí dentro, como ver otro lado en las cosas,
lo que las sostenía. Afuera los penachos amarillos
en el aire caliente, y una estructura adentro
de ramas resinosas y la luz, la fresca luz
filtrada, que me dura.

ORACIÓN

Danos la paz de tus caballos mojándose en la lluvia.

Tu paz de brasa fija.

Tu paz de siempre dar, tu paz que enhebra.

Tu paz del corazón cuando descubre
que se quiere mejor desde la herida.

Rayo manso de Dios, Cordero, dánosla.

LA ALEGRÍA

El mar trepó a la orilla dando tallos y troncos,
la rama que se estira con sus peras sembradas de perales
pero también buscando nuevas frutas
y flores, como el huevo del pez sus golondrinas.

Como, amándose y pudriéndose,
las antiguas musarañas sacaron de sus entrañas
dromedarios, elefantes de trompas extravagantes,
delfines. Como la extraña marea
que nuevas formas tantea
va forjando en el deseo
lentamente a lo largo de siglos
manos, aletas, la cola del vívido pavo real,
la oreja del conejo, el renacuajo
que se hace rana y mañana
va a poner nuevos huevos,
uvas rojas,
el abrojo,
el ojo del león,
de la libélula,
lo que en el árbol ciegamente
tuerce las ramas a la luz;
sus hojas de sed femenina,
la sávida, lívida savia,
tu sangre con sales de mar.

ASÍ

Que sea pura desmesura compactada.
Armada la cabeza a ras del piso.
Macizo, la piel gruesa, un poco cosa:
una forma monstruosa de belleza.

Mucho, inquietante, gris blindado.
Potente, amontonado hacia delante.
Monte indolente. Así: rinoceronte.

ACÁ EL FUEGO TRANSFORMA LA MADERA EN MÁS FUEGO

I. COMO FORMA LA OSTRAS EN SU INTERIOR

Como forma la ostra en su interior la perla exacta, esta canción nacida desde un punto que quema, y escondida, esta canción tensada en ese ardor. Un íntimo relámpago, el fulgor dándose forma luego de encendida crisálida de nácar, pura herida, pura brasa encriptada, espina y flor. La sílaba, su voz, dijo tu nombre, metió a tu cuerpo —y quema y da placer— la encina entera en una actual bellota. Está en tu cuerpo ahora, no te asombre que así de dulce duela componer su potencia precisa, su alta nota.

II. ASÍ COMO LA LLUVIA CAE DEL CIELO

Así como la lluvia cae del cielo y se filtra fecunda y no regresa sin haber empapado a fondo el suelo para que nazca trigo, harina espesa y pan; así como la brasa viva en la ceniza yace oculta y luego al dársele por fin lugar se activa con creciente fulgor y enciende el fuego; así como la savia tras la espera del invierno por vasos diminutos despierta a los sarmientos y genera con íntimo cuidado flores, frutos... Así el verbo que sale de su boca hace nuevas las cosas si las toca.

III. ACÁ EL FUEGO TRANSFORMA LA MADERA

Acá el fuego transforma la madera en más fuego.
Venía con premura su llama calentándola
por fuera y la incendió cuando la vio madura.
Y aunque sea fuego es agua verdadera, una fuente
que mana con dulzura. Y esta sed —que uno sacia
cuanto quiera en el agua— saciándose perdura.
Es fuego que al morderte te repara, corriente
enamorada de agua clara. Fuego feroz
de llama tierna: pira, manantial que renueva
al que lo mira. Es fuego, es agua el vivo amor,
ahora tiembla un dulce poder que me enamora.

(De *Chesterton*)

MARTÍN RODRÍGUEZ
(Buenos Aires, 1978)

Publicó algunos libros de poesía como *Agua negra* (Editorial Siesta, 1998), *Lampião* (editorial Siesta, 2009. Premino del Fondo Nacional de las Artes, 2003), *Maternidad Sardá* (Vox, 2005), *Paniagua* (Gog y Magog, 2005), *Ministerio de Desarrollo Social* (DR, 2012) y *Paraguay* (Vox, 2013).

PUÑAL

Estoy completo, sé lo que me falta. Me miro las manos.
Y no tienen callos. No tocaron cosechas.
Me falta una tierra con el talón rojo.
Me falta una tierra sin árbol, sin cosecha, sin gajo.
Me falta una iglesia agraria, humilde,
caminar a ciegas con el puñal
hundido, para que el chorro de sangre
libere a la criatura.
Me falta el puñal del corte clavado en el ombligo.
Un jardín talado.
Me falta cortar todas las flores.
Olerlas, y que me huelan hasta hallar al niño que las huele
por primera vez.

ORACIÓN

por un sueño en pañales,
por un pañal con el puño,

endureciendo ahí, endureciendo ahí,
por un paño tibio en el sueño
que revele
del pañal cagado una paloma blanca, luminosa,
con su puño aferrado
a lo que todavía no existe,
con el mensaje del sexo en los labios,

por un pañal con alas que trae del cielo
los huevitos, el ovario,
el melón, la mamadera tibia, los anillos

(De *Maternidad Sardá*)

EL AGUA CORRIENTE CON LA ELECTRICIDAD DESNUDA

El agua corriente con la electricidad desnuda, sin cables.
La anguila transparente en el balde, con tu camisa.
Tu camisa tiembla colgada. Blanca, en Asunción,
colgada para el sol,
como si la inundara el tono sombrío de agua del arroyo,
un barro de oro fuerte y gastado. La camisa bandera blanca
en la paz muda de la tarde, flamea sola. Una bandera
de los hombres ausentes. Ciudad con polvo de desierto en la
garganta, puras
mujeres
solas
rudas
malas.
El niño aprende la succión en una bombilla
dorada. Con su gato negro al lado.

Mirando la camisa en la terraza.

(De *Paniagua*)

GÉNESIS

En el principio fue el oficio, fue la mano creadora, su luz en el barro.

En el principio fue el soldador, para fijar la carne a la tierra.

En el principio fue el dentista para fijar bien el diente a la carne.

En el principio fue el plomero para que el agua corra, y después el agua,

los lagos, la aguada. El río. El mar.

En el principio fue el gasista para que el fuego se contenga y no dilate

sus fronteras de aire quemado en el agua.

Al séptimo día todos durmieron.

(Microcrédito. Estado parroquial.)

LA ÚNICA IGLESIA QUE ILUMINA ES LA QUE ARDE

Dice: ama la pobreza como a ti mismo.

Dice: presérvala en su pobreza.

Dice: ama al esclavo, el contacto directo de la humildad con Dios.

Dice: ya no somos una nación moderna.

Es hermoso ver bajar de la montaña

los pies del mensajero de la paz.

Etiqueta: siempre nace lo viejo.

(De Ministerio de Desarrollo Social)

COMBATE DEL PASO DE LA PATRIA (02/05/1866)

Como se sigue una culebra, como se sigue a la comadreja,
como se sigue al yacaré, como se sigue
a la vinchuca,
como se sigue la lluvia por el olor a tierra
mojada,
como se sigue
como se sigue la hilera de hormigas coloradas
al horno donde cuecen el ladrillo
más rojo,
como se sigue un camino iluminado tan sólo por la luna
hasta la cueva,
el camino real,
como se chupa agua de pozo, como se sigue
un sábalo gigante, un pez con un diente,
como se sigue con el agua a la cintura la marcha
hasta un árbol donde trepar,
como se sigue.

TODO SE ACLARA Y SIMPLIFICA (LA OPORTUNIDAD PERDIDA EN LA ENTREVISTA DE YATAYTÍ CORÁ ENTRE BARTOLOMÉ MITRE Y EL MARISCAL LÓPEZ)

El que lava su pelo en el río en el mismo momento de la batalla.
Mientras el otro se peina con los dedos como si fueran dedos
de marfil
recién traído de África.
La radio a pilas de fondo
capta el movimiento de las hojas,
el curso subterráneo
de la helada, la migración de unos pájaros aturcidos.
Una pausa de cristal en el aire roñoso.

Lavan el agua con sus pies, que están limpios
como animales blancos, de plumas y espuma.
Así, dos próceres aniñados, bebidos, junto a un arroyo...
No es como el secreto de Guayaquil. Salen limpios
de su entrevista: charla bajo la parra —la titulan.
Hablaron —y jugaba con un tallo en la boca
cada uno mientras lo hacía.
Corrieron un panadero hasta el vapor del arroyo
donde se hizo colibrí, fuga celeste,
la escarcha de un pensamiento etéreo.

(De *Paraguay*)

EL SOL TAMBIÉN MADRUGÓ

Si la mañana tiene un grito bajo el agua,
si el mundo todo quiere estar bajo el agua,
y la lluvia indemniza con sus migas
ese deseo: por eso ponemos los pies
en una palangana donde chilla agua tibia,
y somos sol de ese mundo, un sol que echa
espuma por la boca,
y pies de dios, blancos, sobre el agua
donde vos pusiste las piedras de San Juan,
de Calingasta,
leímos la noche entera a Escudero,
por el oro, por el oro, por el oro,
la memoria de tu padre desciende a veces
a tomar agua entre los pies y las piedras,
acariciamos su lomo,
y no evitamos que el centro de tu dolor
sea el centro de todo el dolor: la mañana
se escarcha, ablanda el piso en que los pies sudan...

Vamos, vamos,
ya vino el día con leña cortada,
yo cargo tu dolor, vos andá en patas, liviana.

(De *La mañana*, inédito)

LA CANCIÓN DE LOS SALESIANOS

Madre, vuelvo a la cocina a mirarte.
Estás de espalda.
Vuelvo a cobrarme una deuda.
La luz del sol infló la cocina de luz blanca. Y entonces
no puedo verte.
No puedo saber tu edad (¿estás vieja?, ¿estás muerta?).
Pero yo sé mi edad.
Tengo la edad del que creyó estar muerto
hasta que sintió que su respiración era extraña,
era una fuerza desconocida que venía no se sabe de dónde.
¿De dónde viene esa fuerza?
Estoy seguro que no viene de vos.
Pero que sabés de dónde viene.
¿Para quién estás cocinando? Mirá que no me quedo a comer.
Los muchachos están esperando afuera. Me esperan.
Veníamos borrachos caminando y cantando
la canción de los salesianos,
y se me apareció el camino la casa.
Mi casa. Los muchachos cantan la canción
de los salesianos, mientras estoy acá, y vos estás de espalda
pelando una cebolla, por eso las lágrimas.
Ellos cantan, afuera, ahora. Los muchachos lo harán siempre.
Y ahora cantan más fuerte para tapar mis gritos.
Es la última vez que vuelvo a esta cocina, Madre, como vuelve
la madera del árbol al mango del hacha: convertida en una
materia

útil y perfecta,
y recuerdo, Madre, reuniste tus utensilios de plata,
las copas de cristal, el mate labrado en oro,
los enterraste ¡y no me enterraste a mí!
¡A mí que valgo mas que esos oros
del Perú, y toda esa mierda junta!
Vuelvo. Y no te dignás a darte vuelta
y besar mi calavera, mi fémur, mi talón que pisó carne mientras
ardía.
Las verdaderas madres agarran a sus hijos que vuelven de la
guerra y los llevan al río.
Los lavan. Los secan. Les ponen manteca en los talones.
Los derriten un poco
bajo el sol tibio para transparentar los huesos: medir el calcio.
Pero ahora la luz me advierte que no estás. Que la cocina
está vacía.
Que no hay platos. Que hace mucho no hay nadie acá.
Que no hay música.
Canten muchachos, canten fuerte la canción.
Entren cantando a la cocina.
Y rompan todo.

(De *Poesía mundial*, Inédito)

CLARA MUSCHIETTI
(Buenos Aires, 1978)

Publicó *La campeona de nado* (iRajo, 2007) y *Karateka* (El fin de la noche, 2009).

EL PASO SE INTERRUMPE...

El paso se interrumpe
un camión descarga lácteos en un mercadito
los hombres hacen fuerza
el chino del mercado da instrucciones
yo pienso en la cadena,
en la cadena alimentaria de las cosas,
lo mejor que puede pasar es que se vendan todas las leches.

En qué franja del mundo estoy
en la que hace qué
en la que cree en qué
en la que jamás piensa en qué

qué soy exactamente

qué virtudes tengo
en qué franja de la bondad entro.

En el medio de la calle hay un auto dado vuelta
lo custodia una mujer policía

ya no hay personas
no hay accidentados
queda un auto dado vuelta
un auto que ya no sirve tanto
me preocupo por la vida de las personas que iban adentro
cuántos eran
si había niños, una mujer embarazada
un anciano o alguien feliz.

No tengo idea de mi coeficiente mental
cuánto es, que número tiene
en qué franja estoy

tengo una enfermedad crónica
me pregunto cuánta gente habrá
en la franja de los enfermos crónicos.

Mi vecina está recién operada de la garganta
tiene un hilito de voz
ella está en esa franja
su hija está en la franja de los niños con problemas de peso
yo estuve en la franja de los niños fóbicos
de las nenas a las que le comieron la lengua los ratones.

En qué franja cabe mi felicidad de hoy
en qué segmento va
no sé nadar
estoy en una franja que no me queda bien
a mí dejame en el agua que no me voy a morir
estoy en esa franja.

Nadie sabe en qué franja horaria está mi hermana
ese continente no está en esta franja
mi hermana está en la franja de las mujeres altas

yo estoy en la franja de las bajas
y la miro como cuando era chica
hay una franja que nos unirá siempre
la franja de los hijos de Mónica y de Ulises.

Se bifurcan las franjas de la identidad
tanto
que dan ganas de correr
hacia la preexistencia.

En el bebé diminuto que vi en el subte
iba la gracia
la vida
frágil
nueva
en la madre del bebé diminuto que vi en el subte
iba el miedo a lo inmanejable.

La franja de los recién nacidos
es la franja efímera.

Estoy en la franja de los que le deben al psiquiatra
de las chicas con mucho corazón
y muchos lunares
en la franja de los que a veces
duermen mal de noche.

HACE MESES QUE VEO...

Hace meses que veo
un cartel de remate judicial
en el departamento más alto del edificio que ocupa
toda la esquina.

La familia amenazada, aturdida, espantada,
condenada por un error
o por la falta de algo.

Hay zonas en mí
que tendrían que tener un cartel así
con letras un poco más grandes,
hay gente que no ve bien.

Un remate judicial de mi parte cansada
de la que repite el mecanismo que traba.
La neurona asfixiada, el corazón diabético,
la palabra que nombra lo que no estoy pensando.

Es imposible ser sano todo el tiempo,
ser colorido, ser buenísimo, ser genial,
ser feliz todo el tiempo, estar comprometido con la vida,
es imposible decir el nombre completo de alguien
cada vez que se lo nombra.

NO PUEDE HABER VIENTO MÁS FUERTE QUE ESTE...

No puede haber viento más fuerte que este.
Afuera las hojas revueltas, adentro
la certeza: todo esto va a terminarse.

Nos vamos, en algún momento vamos a irnos. Y por ahora
sólo dejamos gran parte de nuestra cabellera oscura

en una peluquería moderna. No queríamos.

No sabemos si correr o quedarnos,
no sabemos si mentías.
No sabemos si mentíamos.

Ese gato me acompaña indiscriminadamente, le agradecemos
tanto pero
él nos agradece su conversión doméstica,
techo y comida a cambio de ser una pequeña sombra blanca
de mi cuerpo
que también es blanco y pequeño.

Pensamos en las peores enfermedades,
y lloramos,
nos miramos el cuerpo meticulosamente
nos examinamos con rigor sin ciencia
ya estamos seguras
vamos a morirnos.

Si llegamos a viejas vamos a estar agradecidas.
Si mañana sale el sol vamos a estar agradecidas.
Si mañana la casa queda sin catástrofe vamos a estar
agradecidas.
El cuerpo pesa menos se lo atribuimos a la enfermedad que
nos atribuimos.

Más miedo tenemos, más amamos la vida.

A lo lejos unas figuras humanas,
no distingo a nadie, no hay nombres
ni fechas de nacimiento,
¿serán mis hermanos?

De muy cerca las caras se deforman,
se vuelven accesibles.
Tu cara está, cuando me levanto está, cuando me acuesto está,
cuando duermo está. Tu cara de lejos,
mi cuerpo de lejos me resulta
irreconocible, las imágenes que me diste

me distrajeron, se nos veía realmente felices.
De cerca soy yo, de lejos parezco mi madre.

No podemos saber si esto va a durar, no podemos saber hasta
qué día,
en qué hora exacta vamos a despedirnos.
El día que caigamos definitivamente va a ser uno,
no sabemos cuál. Ojalá haya sol
y que estemos todos grandes.

No puede haber sol más fuerte que éste,
mi piel se enrojece, mi corazón ya estaba.
Ahora parecemos todos grandes, madre
y usted no se parece a la de las fotos,
nosotros todavía nos adivinamos en esa gente de vida corta.

La verdad de los corazones es improbable.
No sé si a la noche, cuando estoy sola
en la cama, tengo taquicardia, no sé si es eso
o es el eco de mi vida retumbando en el silencio.

No hay suelo más seguro que éste.
Cuerpo a tierra.
Al ras del mundo, todos los pies son demasiado lo mismo.

Entraste a la pieza y me dijiste “estás acostada”
quise decirte que estaba aplastada pero no me pareció
prudente. Fingí dormir.
Te fuiste caminando muy lento, sin hacer ningún ruido, como
negando la propia vida.
Te lo quise agradecer pero tenía que seguir dormida, si no
ibas a pensar que habías fallado.

De tarde dormir es otra cosa.

(De *Karateka*)

1

Ese caballo fracturado en el medio del campo, rodeado de otros caballos que perciben la imposibilidad de movimiento, pero no pueden hacer nada.

2

Un árbol que de tan grande no permite ver que hay detrás. Una imaginación demasiado poderosa.

3

Alguien que me consuele todo el tiempo, por lo que pasó, por lo que pudo pasar y por lo que va a pasar. Que me sostenga, lo más literalmente posible.

4

Un animal doméstico muy enojado me mostró los dientes, no le había hecho nada. Menos mal que no tengo cuatro años y sé, dentro de todo, separar las cosas.

5

El último paseo familiar, con la familia ya quebrada, una mancha enorme en todo lo que implique algo de cariño.

6

Un puente que separa, lo mejor de la vida de lo peor. Cruzarlo sin sentir nada. Una anestesia generalizada en cada vena.

7

El caballo ya no puede arrastrarse, está tranquilo. Los otros caballos no comen y fingen dormir.

8

Una madre a veces, una madre a veces, una madre a veces.

9

La casa en obra. El baño y la cocina sin artefactos, sin pisos. Dos agujeros grises. Hay personas que no nacimos para ver el proceso de las cosas.

10

La nostalgia puede ser eso que no sabías que necesitabas. También el monstruo del lago Ness.

11

Un cajón que no se abre es un cajón que no se abre. El resto corre por mi cuenta.

12

Van a tirar la casa abajo Van a tirar la casa abajo Van a tirar la casa abajo. Nosotros quedamos.

13

Adonde estaba la casa va a haber un edificio con muchos departamentos chiquitos. Mucha gente que no va a tener nada que ver entre sí, como una familia disfuncional.

14

Cuando algo importante se cae, se vuelve a caer todo lo importante que se cayó en el pasado.

(De *Podría llevar cierto tiempo*, Inédito)

MIGUEL ÁNGEL PETRECCA
(Buenos Aires, 1979)

Publicó los libros de poesía *El gran furcio* (Gog y Magog, 2005), *El Maldonado* (Gog y Magog, 2007) y *La voluntad* (Bajo la luna, 2013). Además, seleccionó y tradujo la antología *Un país mental: 100 poemas chinos contemporáneos* (Gog y Magog, 2011).

ENTRE DOS PUNTOS

La ropa que no pensamos llevar
la doblamos así nomás empujándola
adentro de un cajón, tenemos
un mapa arrugado en mano donde ver
entre colores y dibujos a escala
nuestros lugares. Después de tanto
de andar sueltos, lo más raro
es este espacio-tiempo, parecido
al instante en que dos extraños se cruzan
en un aeropuerto. Señalo con un dedo
una ruta que es un dedo, tendido
hacia cualquier lado. Nuestros preparativos
consisten en imaginar, hacer una lista
mental de objetos nunca vistos, de encuentros
y desencuentros como túneles
de hormigas, intrincados. Mi cepillo de dientes
es verde, el tuyo azul, pero no importa
si nos confundimos. Sacudís el bolso
y las cosas adentro chocan con ruido

amortiguado por la ropa en un bollo,
un par de pantalones viejos y pullover
un par de remeras, gorros para el frío.
Tenés ganas de quemar algo, pero te basta
con prender un cigarrillo y observar
la llamita metida, como un animal peligroso
dentro de esa ceniza. Te toco
a lo largo de un brazo, y voy al baño
donde ahora que nos separa una puerta
puedo imaginarte, igual que recién
imaginaba bestias, ciudades
cambiadas por la nieve al caer; entonces ya no estás
y estoy contento de tener que viajar
aunque sea entre dos cuartos, para encontrarte.

(De *El gran furcio*)

ESTUDIOS

El fruto desmenuzado de estos árboles
va dejando en la vereda una capa gruesa,
graffitis ilegibles, superpuestos, escudos
de clubes de fútbol y leyendas de cumpleaños
en la pared se han ido sumando de a poco,
sobre la mano de pintura que cada enero,
en unas horas, formatea la entera superficie.
La cruz de la farmacia titiló un instante
antes de prenderse y el custodio una vez más
como la figura dentro de un reloj cucú
salió y volvió a entrar. De punta a punta
del dial pasó agarrando pedazos de canciones.
Aunque una especie de empate hegemónico
mantiene así por el momento en equilibrio

las trincheras opuestas de la enfermedad
y la salud, la bisagra nunca está en realidad
tan lejos como uno piensa, parece decir
la chica que atraviesa ahora el espejo retrovisor
con unas radiografías o algo así en un sobre,
como los mensajeros que llevaban entre sus cartas,
sin saberlo, una con su propia sentencia.

(De *El Maldonado*)

NOVELISTA

Será posible entonces que todo cobre sentido de repente,
como si agarraras diez años de tu vida y batiéndolos rápido
los volcaras en el formato preexistente de una novela?
No es tan fácil, parecen repetir, una y otra vez,
hombres que miran desde la ventana de un bar.
Ellos también se hicieron la misma pregunta antes,
mucho antes de que en vos naciera el germen
de esta fuerza que te obliga a caminar en redondo.
Algunos, tras responder negativamente,
dedicaron otra década a amaestrar un perro,
cultivar tomates en el jardín de su casa o convertirse
en coleccionistas de un objeto antiguo y anodino.
Cuando más tarde volvieron con ímpetu a la carga
buscaban mentalmente moldes donde verter su vida:
diez años acá, cinco allá, veinte en una frontera.
Sin embargo, el problema no era de forma sino de fondo.
No estaba, como el vino, añejándose en una bodega profunda
la experiencia, esperando el momento del descorche;
había escapado, quién sabe bien cuándo y por qué orificio,
dejando en su lugar como un inmenso depósito
donde flota, sin llegar a evocar nada, un perfume familiar.

LECCIÓN

Porque escribo desde el locutorio de la vuelta,
un chino como los que allá hay en cualquier parte,
me siento más en casa que en la habitación 22
en cuyo techo la humedad dibuja sobre mi cabeza
la figura de un ratón de larga cola.

No es que me despierte pensando: dónde estoy.
Sé bien dónde me encuentro y adónde llegué
tras casi diez años de esfuerzos inútiles.

Cada uno inventa, como dijo alguien,
una manera de ser joven, pero cuando yo conocí la tuya
odié de repente la mía. ¿No es esa bisagra
la única que importa? Podría exagerar, ahora,
decir: nada de lo que dijiste desde entonces
se me ha olvidado. La verdad, sin embargo,
es que mi memoria falla, mi atención es despereja,
y tu charla dista de ser tan interesante
todo el tiempo. Pero recuerdo aún tu latigazo
la primera vez que leíste mis poemas:

“Son correctos”. Estas dos palabras estuvieron
presentes a lo largo de todo este tiempo.

Incluso cuando en tus juicios posteriores
mostraras un entusiasmo mayor, habías dado ahí
en el blanco: eran correctos. El talento, a veces,
no lo es todo, pero el esfuerzo casi siempre no es nada.

Yo corregía, corregía, pero cada corrección
me parecía un paso que me alejaba
de lo que buscaba, y escribir era borrar
las huellas de la vergonzosa corrección.

Practicaba, a la vez, la escritura automática,
con la secreta esperanza de que saliera,
de algún lugar donde había estado gestándose,
el poema entero de un tirón.

Siempre supe que había un método afuera.
Incluso cuando no pensaba en nada
pensaba en el método.

Pensaba
Esto no puede seguir eternamente.
No puede seguir así.
Y sin embargo,

¿No tenés la sensación, a veces,
de que esto puede seguir eternamente?

¿No tenés la sensación
de que sos una mala influencia para tu ropa,
o las personas que te rodean?

Un comentario filoso.

Un fuego que no termina de apagarse.
Un hábito recién formado.

Camino por un pasillo con cuadros en la pared,
visito mentalmente la tumba de mi abuela.

Lo que está sonando en la radio me recuerda,
me recuerda idealmente, a un verano.
El sabor del vino no me recuerda nada.
Una pared me recuerda a otra más alta.

En la historia de esa pared soy una nota al pie.

Pienso en una parcela de pasto.
En un colectivo que frena sobre un puente.
Un mecanismo roto que un día arranca de nuevo.

Sabe que él mismo es una nota al pie en una historia.

A los 15 años fijé mi voluntad en la montaña,
a los 20 dejé de dudar.
A los 30 conocía mi destino
y aprendí a quedarme callado.

Era como encontrarse de golpe
en un cuarto vacío
a donde no sabés cómo llegaste.

Un caldo de cultivo
para lo peor que podría pasar.

Que tu carta comience con un paneo
de lo que ves desde tu ventana,
que comience diciendo:
le tomó años cruzar una frontera.

Había empezado a odiar la vida en la ciudad
y se pasaba horas revisando agendas
en busca de antiguos contactos.

Su padre, historias de su padre,
una medalla, un carnet de conducir,
un mapa de antes de la catástrofe.

Cada persona que encontraba
era la pieza de un rompecabezas.

Después en un viaje al sur
se quebró una pierna y estuvo varios días en cama.

la imagen de una santa y una niña
caminando en la noche cerrada.

Escupían las semillas directo al suelo,
como quien siembra.

Y hoy en la noche de 10 estrellas
yo pienso en esa siembra.

Lo importante es que hubo,
entonces, alguien que contaba los pasos
y guardaba las fechas

El hombre que guarda las fechas
El hombre que cuenta los pasos

Esa mujer se preocupaba por los gatos de un baldío,
les tiraba comida a través de una pared.

Vos pensás en todas esas casas vacías,
en cómo se acumula el polvo ahí adentro
durante meses, y la maleza en el jardín.

Te preocupás, pero sin exagerar.
Seguís caminando todos los días
en diagonal a través de un parque.
Regás tus plantas, recitás mentalmente tu decálogo.

Olvidaste el detalle de la historia de estas casas
pero el emblema que las resume
está grabado a fuego en tu cabeza.

Igual que un pozo, o la idea de un pozo.
La ciudad se hunde pero el pozo permanece.

En el bosque, dentro de la mente,
hay un camino que no lleva a ninguna parte.
El camino que no tomaste.

Algo que forma parte de vos pero no te conoce.
Objetos recogidos de una excursión casual,
un 7 de oros, después un ancho de espadas.

Tenés música para varios días en la compu,
comida, un patio desde donde ver los aviones,
¿pero estás preparado para el exilio interior?

¿Está preparado para escuchar
el ruido que hacen las paredes?

Soñé que era una cabra que perseguía a un caballo,
que escapaba de la cabra, que escapaba
de la idea de ser una cabra.

Me desperté pensando en lo que me dijiste:
que hay un hueco en la historia del vino en la Argentina.
Me quedé pensando en el hueco que hay en la historia del vino.

Si existen, como dice H., momentos que tardan
cincuenta años para encontrar la palabra justa
quizás este sea un momento así.

Oscurece.

Ya no se ve la montaña.

Oigo llaves, zapatillas contra la grava del camino.

Estoy lúcido y tengo mis ideas en orden.
Sean cuales sean mis defectos

nadie podría decir de mí que,
absorto en una partida de ajedrez,

sería capaz de abandonar mis responsabilidades
o escapar manejando en medio de la noche.
Soy, en cierta forma, mi artífice.

Eso es escribir, y eso también.
Un árbol que es un retoño de un árbol famoso.
Los pedazos de una familia.
El murmullo de una novela.

Hasta ayer era otoño acá,
y la calle estaba llena de hojas.
Después un día llovió y se inundó todo.
Tiraron una pared abajo.
Otra se desmoronó.

Yo también, como cualquiera, hice mi apuesta.
Cavé un pozo por el solo placer de cavar un pozo
y llevé una piedra en mi mochila de una ciudad a otra
sin ningún motivo en especial.

(Inédito)

SANTIAGO VENTURINI
(Esperanza, 1981)

Publicó *El exceso* (Torremozas, 2007), *El espectador* (Gog y Magog, 2012) y *Vida de un gemelo* (Iván Rosado, 2014)

DICIEMBRE

un enjambre de chicas
con anteojos de sol
cruza la calle:
es verano.

las cajeras bostezan
mientras el ojo tecnológico
de un láser
detecta latas botellas piezas
del rompecabezas de una vaca,
y el resplandor de la fotocopidora
que ilumina doce veces por minuto
la cara de un empleado,
es menos mágico
que las luces de esos árboles
de navidad
bañados con nieve de telgopor
que adornan las vidrieras
de este país tropical.

esas luces esos árboles inflamables
son un oráculo que dice:
vas a ponerte ropa limpia
vas a recibir un regalo
vas a salir a la calle
a medianoche
con el estómago hinchado
a mirar explosiones en el cielo,
y no habrá ningún dios abstracto
detrás de todo eso,
sino el intento de cambiar
una existencia común
con familiares y comida.

el calor reduce el futuro
a un vaso eufórico de soda
y un ventilador
que mueve su hélice
a la velocidad de la luz:
podría tragarse estos dedos,
salpicar las paredes y las sábanas,
pero en cambio
gira discreto toda la noche
a centímetros de mi respiración
con su cabeza mecánica

NO EN UNA MAGDALENA

sentado en el trono mugriento
de un colectivo
me asqueó el perfume a pino
de un ciudadano
y pensé en troncos en madera

en resina,
en el olor de un hombre
que no está.
en los interiores tapizados
de los autos
iban brazos vestidos con relojes
o camisas,
las luces dibujaban una metrópoli
sobre esta ciudad elemental,
y un poco más allá,
entre el vidrio sucio
y el tránsito,
apareciste para decirme
que fuimos algo más
que dos desconocidos
despertándose durante años
en la misma casa,
marcando los mismos platos
con los mismos cuchillos.
te tapé la boca
con el cartel luminoso
de una rotisería,
con la coreografía espontánea
de unos perros,
pero perseverabas
como las moscas.

y cuando te miré,
me pareció imposible
que siguieras usando
los mismos anteojos,
que te peinaras exactamente igual
que antes.

(no es difícil fabricar muertos:
son una mezcla de efectos especiales
y superstición).

por eso bajé a la calle
y caminé hasta que unas cosas
—vidrieras amarillas ambulancias deportistas—
terminaron por alejarte
de este lado del mundo
que no tiene nada que ver
con fantasmas.

FOOTING

cuando los habitantes de esta ciudad
se aburren de sus vidas modestas,
cuando creen desesperadamente
en la salud,
salen a los parques.

es una noche rigurosa de enero:
el gas del aire anestesia
a los grillos y los árboles,
los adolescentes transpirados
corren en cardúmenes:
todos son idénticos a sus padres,
muchos van a repetir sus vidas,
pero ahora son soberbios y puros
y en la velocidad es lo único que saben.

los humanos crecimos
viendo el espacio por televisión,
pero ahora veo que las galaxias

no están a años luz de nada:
son esos insectos que giran
elípticamente hipnotizados
alrededor de los postes de luz,
esas mujeres parlantes y bronceadas
que dan vueltas con zapatillas blancas
de la misma forma en que alguien,
que tal vez soy yo,
gira alrededor de lo que pasó:

bocas brazos cabezas,
dos respiraciones
que se tocaron
en una pieza cerrada.

alguien se volvió real
como el verano.

los gimnastas estiran sus piernas
sin hablar,
se doblan sobre el césped
como bailarinas sin técnica.

cansado
voy a volver con la ropa mojada
hasta esa casa
en la que una vez dijiste
que así son las cosas,
que no somos nosotros los que eligen,
pero yo por una vez
creí
que había elegido algo

(2010)

PiP

en la distancia que hay
entre las paredes y mi cerebro,
tu cara se mezcla
con las torres de esa ciudad
por la que caminé una vez
sin saber que pisabas
la tierra.

el espacio y el tiempo
hacen un truco de magia:
te escucho respirar
pero estoy parado en el frío
mirando una iglesia que capturó
mi cabeza de antes.

nunca te preguntaste
cómo es posible
abrir y cerrar los ojos
millones de veces
durante horas días décadas,
sin dejar nunca
de ver:
los cuchillos dividen la comida,
la pantalla muestra sangre mujeres
jabones
y yo
tengo mi cara de 1989
mientras mis manos del mismo año
levantan este vaso
del presente.

(la que se sienta ahora
a la mesa
usa desde hace mucho tiempo
el mismo vestido,
se queda sola con su peinado
en el comedor,
como un doble de la que fue).

en un segundo,
cuando estiremos los dedos,
vamos a tocar algo más que
unos hombros o una espalda
humana;
vamos a tocar la epidermis
de lo que en realidad somos:
ese anfibio ese reptil
esa cosa extraterrestre
en la que el vendaval de unos años
nos transformó.

LA DISPOSICIÓN GENÉTICA

hay familias que solamente
sobreviven
en los portarretratos,
y nunca entendí
cómo dejaste de ser
ese dandi riéndose
en fotos blanco y negro
para transformarte en un
mecánico corpulento
que amaba los aviones
y sufría en la oscuridad

de una pieza matrimonial
sus dolores de cabeza.

algo pensaba
tuvo que haber pasado
en el medio,
algo más que la obviedad
de la vejez.

hace un tiempo
desvié la mirada
de la autopista
y aparecí con tu cara
en el espejo retrovisor
de un auto.
viajé hasta mi casa
encorvado como la bestia
de esa película de Disney
que rompía los vidrios
de su castillo
porque no soportaba su reflejo.

estoy transformándome
en lo que fuiste,
y la sangre no alcanza
para explicar la metamorfosis:
si tus facciones se calcan
sobre las mías,
si te copio
el pelo seco la grasa
es porque nos expusimos
a la radiación de las mismas
cosas:
mañanas repitiéndose

en los programas de cable,
ropa sucia acumulada en un canasto,
cordones que atarse en los zapatos,
carne para masticar en el almuerzo,
maquinas de afeitar desafiladas,
sexo pastillas billetes
y la cascada artificial
del inodoro
sonando doce veces por día
como un reloj biológico
o un déjà vu.

te gastaste
en los mecanismos de la realidad,
y ahora es mi turno.
tal vez esta sea tu herencia,
algo que no quisiste enseñarme
pero lo único que aprendí.

DIORAMA

caí otra vez
en el engaño de la técnica
y entré a las piezas en miniatura
de unas fotos viejas,
llenas de cosas que ya no están:
sillones con su tapizado original,
botellas anacrónicas de vidrio,
perros más felices
barnizados por el flash
y nosotros
vestidos con la ropa que desintegró
la evolución de la especie
el uso o la moda.

todo estaba en esas
diapositivas,
menos el caos que nos unió:
ellos
que lloraban a veces en el baño
o se iban caminando lejos
cuando la vida familiar
los acorralaba,
aparecen riéndose o congelados
en un gesto que les deforma las caras
pero que es mucho al lado
de lo que tenemos ahora.

con el paso del tiempo,
mientras nos aferramos a la novedad
de los cortes de pelo,
los cuerpos se llenan de líquido,
las venas de las manos
se oscurecen,
pero esa trampa óptica
nos embalsamó a todos
para la eternidad.
es una ilusión,
claro,
por eso hay que clavar la vista
en una ventana o una pantalla:
golfistas profesionales
levantan sus cabezas con viseras
para seguir el trayecto
de una bola blanca
sobre el césped perfecto
de un campo.
no hay caso:
en la asepsia del presente

el espectador nunca deja de ver
el pasado vidriado del futuro

(De *El espectador*)

CHEETARA

Me compré un par de zapatillas caras
para seguir a los corredores.
Salimos a la tardecita,
cuando esta ciudad cae
en la fiebre deportiva:

cruzamos supermercados
casas con personas adentro
kioscos llenos de cigarrillos
y golosinas,
sanatorios donde los enfermos
duermen en sábanas usadas.
Tenemos un cuerpo aerodinámico
y un corazón que se acelera
contra su pared de piel
para limpiar la sangre usada
del día.

Somos diferentes,
pero todos creemos que correr
nos salva de algo.

En la pista
levanto la cabeza transpirada
para ver pasar los árboles,
y veinte minutos después
entro en coma:

quiero agua
quiero abrir los ojos entre las nubes,
quiero volver a mi pieza adolescente,
quiero besar a un hombre desconocido,
quiero alcanzar a los muertos,
quiero ser como Cheetara
que corría con una malla naranja
a la velocidad de la luz
para escapar del mal
y de ella misma.

Cuando me falta el aire
paro.
Les pido a los demás
que me esperen
pero no pueden frenar
la máquina de sus piernas.

Estoy solo en un paisaje oscuro,
respirando por la boca.
Vuelvo a ser humano.

HALCÓN GALÁCTICO

a Lauritem

Esta semana caminé con botas
de astronauta:
un vecino me vio arrastrar los pies
por el supermercado.
A la mañana
abría los ojos con el casco puesto
y en vez de salir al espacio exterior
me quedaba mirando la cocina.

Necesito un cuerpo de sólido metal,
unos pulmones de aleación,
para levantarme de esta silla
ir hasta el patio
y salir volando.

Necesito la perspectiva de la altura:
casas y edificios ordenados
por las líneas de las calles,
jardines con su césped prolijo,
ropa colgada al aire libre
lotes llenos de basura y chatarra,
cabezas de chicos que salen
de la escuela,
autos modificando el dibujo del tránsito,
plazas con drogadictos y embarazadas
bancos cementerios hospitales,

todo reflejado en mi pupila.

Miren,
ahí va el niño de cobre
volando entre los pájaros y los aviones
—dirá una señora señalando
hacia arriba:
el sol pega en las chapas de su cuerpo
que no quiere bajar
porque si toca el suelo se desintegra.

(De *Comportamiento de un espécimen adulto*, inédito)

MARCELO DANIEL DÍAZ
(Río Cuarto, 1981)

Publicó los libros de poesía *La sombrilla de Wittgenstein* (Cartografías, 2007), *Newton y yo* (Nudista, 2011) y *El fin del realismo* (Viajero Insomne, 2014).

SATÉLITES

Para el ojo del astrónomo
somos pequeñas gotas que caen en la tierra
desde un cielo ladeado en sus extremos.
Y para el ojo de los seres queridos
brillan los paneles de los satélites.
No sé explicarlo: es un candado de luz
ahogando la materia oscura.

OSA MENOR

El eje terrestre se detiene.
Es inédito. Olvidamos que la luz
es sombra carbonizada.
Y que la radiación la multiplicará como los panes.
Más tarde o más temprano
los nombres de las constelaciones
repoblarán los espacios celestes
donde el único método que nos define

consiste en habitar la ausencia
con la ausencia.

LA MAÑANA

Le gané por cansancio a la felicidad,
horas y horas practicando el ejercicio del abandono
como quien se deshace de una piedra que carga a sus espaldas.
El azar quiso que me encontrara en esta pieza,
es mentira que la escritura nos salva.
Mi infancia fue un país extraño y sin sol,
señal de que soy un desconocido,
una forma incompleta
alrededor de una experiencia imposible.

(De *Newton y yo*)

GOMEL (1986)

a Natalia Litvinova

Debería agradecer el equilibrio de los trópicos
por darnos la garúa condensada
en forma de último elemento.
Si uno muere, muere el nombre
y una parte significativa de la lengua.
Supongo que ahora serás la nota
apagándose en una caja de resonancia
o el sello de luz que deslumbra
o desvela como si fuera cierta
la contradicción de los proyectos futuros.
La táctica para borrar

el cóncavo disco de la ausencia
buscamos una cosa, encontramos otra
como dos satélites emitiendo señales
desde órbitas distantes
tomo tu voz como si fuese mía.

POLAROIDS

Capturas el rostro esquemático de mi padre
como quien se detiene cientos de instantes
en el fondo de un acantilado. La figura
del buda de fantasía con la que explicabas
que yo era como los insectos incinerados
por las lentes de aumento en la entrada del colegio
sobrevive a los segundos que nos devoran
en los ataques de miedo. ¿Es una forma de amor
o de terror encontrarnos en esta piecita aérea
como una cuerda o un escondite hecha para atar
el olvido? Anoche encontré fotografías
en clave borrosa de cuando practicabas
ejercicios aerodinámicos para soportar
la carga del abandono. Que lo tuyo sea mío
—decías— como quebrada. La memoria demanda
una gran preparación. La técnica para el armado
del álbum mental consiste en precisar los detalles.
Creíste en la posibilidad de encontrarnos
como criaturas en animación suspendida
en un continente de aguas negras entre minas
que no se activarían sino por encargo
hasta el día de tu cumpleaños.

TORONTO

A lo lejos el ojo de los turistas advierte una pareja
como venida del Ártico. ¿Interesa que
lleguemos disminuidos como las luces bajas
de un vehículo en la niebla espesa de las rutas?
Somos puntas de flechas con un recorrido programado
pero en un parpadeo la biografía que parece
tallada en granito cae en esta orilla indiferente.
Ayer nomás hicimos un nudo de oro o un amuleto
pero la alteridad por dentro del cielo estrellado
es un accidente de las simetrías. Si fuera físico
escribiría sobre cómo los movimientos de rotación
nos devuelven de un modo imperceptible
al mismo lugar como la arena de los acantilados
depositada en esta región del hemisferio.
Ni siquiera un radar de baja frecuencia podría
encontrarnos juntos tomados de la mano. El sonido
la lengua concreta de los espejismos no circula en el vacío.

CATAMARÁN

a Tom Maver

Fotograma: hombre con sombrero de mimbre
entrena a su pájaro en una balsa de bambú.
Es la doctrina del aire. ¿Soñará con un bosque
una cúpula invertida en un espejo de pinos?
Tras el ataque el pescador recoge los peces
en un recipiente de paja. De otro modo
si desata el hilo de su garganta el ave
partirá lejos enfocada en el mapa de ruta

de las migraciones transcontinentales.
En condiciones seguras será como un arqueólogo.
Excavará el terreno, anidará en su propio islote
alejado del gráfico elemental de los ríos
pero en el fondo sabe, como lo saben
todos los pájaros acuáticos, que el método
es inalterable, lo mismo que sucede con
la ingeniería de las represas o el movimiento
de sable de un samurái. De repente
te extraño. ¿Serás el pescador en la corriente
sosteniéndose con una sogá en la mano?
Pronto una nube negra, liviana como
una alfombra voladora, estará aquí
y recorrerá tu interior como un collar
un regalo que alguien echó de menos.

TEORÍA DE LA PÉRDIDA

a M.R.

Suponía que sería de noche
cuando el hilo eléctrico de tu voz desapareció
atrapado en un auricular como de plata.
Decimos sujetos a interpretación.
¿Qué cambiará ahora si enciendo un reflector
entre dos ciudades separadas por mil kilómetros
para reafirmar una marca en el asfalto
parecida a un hombre sentado en la autopista
ensayando una llamada nocturna?
Digo, por ejemplo, somos el campo de fuerza
de un agujero negro o como la espera
a punto de sacudir la quietud de las rocas.

Voy hacia ti, hasta aquí llegamos. Hablo
del boomerang de los afectos extraños
que en su viaje de regreso nos trajo lejos.

(De *El fin del realismo*)

CÍRCULO POLAR

En la televisión un pueblo nómada
realiza una traslación de miles de kilómetros
desde los pastos congelados
hasta los árboles del verano
en el desierto polar. La narración
es como una película o una novela.
No me llama algo vivido
es algo que hubiera querido vivir.
¿Tendré la propiedad de seguir
en cámara lenta las huellas
de los animales del invierno?
Pienso en el griterío intraducible
de esa población perdida en el deshielo
como en una canción o señal
aquí estoy yo, hundiéndome

MANTARRAYAS

El espejo de agua es una cortina donde
cientos de mantarrayas aparecen reunidas
formándose en la escuela de los afectos humanos.
Me esfuerzo por aprender las técnicas
para desplazarme en la bahía. Un hombre
puede sentir frío al contacto de un cardumen.

Por ejemplo mi vecino estuvo atrapado en una red.
El sonido del disparo de un fusil
fue la señal para iniciar el rescate.
La multitud de peces emergió del mar
como de una ciénaga. Habría dejado de ser trágico
con el tiempo regresaría la escena nocturna
contaría con aletas o raíces de una planta acuática
un estado previo en la hendidura de los corales.
Mastico los pedazos de mi casa. Confío
en la diferencia aumentada de nuestras voces
en el ritmo de la escritura. De algún modo
una debilidad creciente acentuada me recuerda
que no hay un comienzo o un final
en la vida propia, ese limbo donde no hay nadie
para hablar en nuestro nombre.

GOBI

La autobiografía de los afectos desencontrados
es parecida a un territorio
donde las oportunidades se minimizan o multiplican
dependiendo de la dimensión de tu voz.
Quién diría que en una región
en la que sobreviven los huesos
de criaturas gigantes de millones de años
no pueda existir un sentimiento más profundo
que el de una piedra. Durante los últimos glaciales
antílopes poblaron grandes extensiones.
Ahora casi no existen. Mañana es tu último día
en el árido vacío continental.
La arena es una hélice girando sin cesar
del tamaño de un motor nocturno.
No esperes la luz de una bengala o un mapa de estrellas

en un desierto es cosa común
que una venda como de sombras
se convierta en una tumba
para animales que sólo saben extinguirse.

(De *Bosque chico*, inédito)

MARIANO BLATT
(Buenos Aires, 1983)

Publicó *Increíble* (El niño Stanton, 2007), *El Pibe de Oro* (Colección Chapita, 2010), *Pasabobos* (Cartonerita Solar, 2010), *Nada a cambio* (Belleza y Felicidad, 2011), *No existís* (Determinado Rumor, 2011), *Hielo locura* (2011) y *Alguna vez pensé esto* (Triana, 2014).

EL PARAÍSO, EL ESPACIO EXTERIOR

El Paraíso,
el Espacio Exterior,
un viaje en lancha por el Río de la Plata,
una charla confusa con un perro,
3 pibes caminando por el medio de la calle.
El olor de una panadería, de un porro y de después de coger
en verano.

Una buena mesa en una pizzería. Un vaso de cerveza, un chico
en cuero.

Un pibe con cara de drogado en el subte. Un ventilador de esos
de pie que me tira aire a mí, a vos, a él, a vos, a mí de nuevo
y así toda la tarde.

El Paraíso,
el Espacio Exterior,
un camino entre árboles re altos,
las siete de la mañana,
una pila de libros,
varios pibes jugando a la pelota en un descampado

y otros destrozados por la droga y por el amor,
especialmente por el amor.

El Paraíso,
el Espacio Exterior,
una foto de un lugar abierto,
el ruido que hacen las estrellas
y el que no nos dejan hacer.

Gente del otro lado del alambrado.
Los diferentes tipos de drogas que usamos para estar bien,
el sol dándote de lleno en la parte de arriba de la cabeza.

El olor de una pileta techada,
la luz en el vestuario de chicos,
los chicos.

Un buen nadador,
un chico del interior andando en motito de delivery.
Un montoncito de yerba usada tirada atrás de un campo de
deportes.
Un pibe con buzo de Tigre andando en bici por la plaza de
Lobos.
Un campo de deportes a las cinco de la tarde.

El Paraíso,
el Espacio Exterior,
un chico re lindo bailando re bien.
La luz de una estrella,
la de muchas,
un pibe extasiado mirándote de cerca a los ojos
y otro con cara de extasiado buscando perdido a su grupo
de amigos.

El Paraíso,
el Espacio Exterior,
un buzo de los Minnesota Timberwolves.
El primer día de vacaciones de cuando tenías diecisiete y se
te marcaban los abdominales re bien.
El montoncito de mochilas en la playa,
un pibe dándole la mano a otro.

El Paraíso,
el Espacio Exterior,
el olor de fumar porro los sábados a la tarde.
Una casa con las ventanas abiertas,
las cerámicas frías de la cocina,
una pileta en la parte de atrás.

El Paraíso,
el Espacio Exterior,
el viento del Río de la Plata en la rambla de Montevideo,
un pibe rubio de ojos negros haciendo juego consigo mismo
y la camiseta de Peñarol.

El olor del barro seco entre los tapones del botín,
el pantaloncito de fútbol manchado con pasto,
una droga nueva re rica que viene en gotero.

El Paraíso,
el Espacio Exterior,
la sensación de empezar a estar muy drogado en una súper
fiesta,
una foto del campo a las cinco de la tarde,
un amigo pasándote el brazo por atrás de la cintura para
empezar a saltar juntos.

El Paraíso,
el Espacio Exterior,
un chico en la cancha de Quilmes moviendo una bandera de
palo de Argentinos.

Un jugador de fútbol bailándole cumbia al banderín del córner,
un puente re largo de cruzar.

Gente saltando porque su equipo va ganando,
un policía más chico que vos revisándote los bolsillos.

Quince micros parados al costado de la ruta a cincuenta
kilómetros de entrar a Córdoba,
unos vagos que estuvieron tomando Fernet todo el viaje
jodiendo a unas vacas para matar el tiempo,
un policía cordobés yéndolos a buscar.
Una foto desde el cielo,
la hinchada visitante cantando mucho más fuerte que la local.

El Paraíso,
el Espacio Exterior,
la única forma de entrar a un lugar.

Un pueblo de pocos habitantes,
un camión heladera llevando lácteos al almacén,
los yogures,
el chico que los descarga,
un billete de dos pesos volando en el medio de cualquier lado.

El Paraíso,
el Espacio Exterior,
la terraza de un edificio,
la parte más alta.

Una buena manera de empezar a bailar.
El primer momento que te das cuenta que te pegó,
saber que tenés más éxtasis en el bolsillo del pantalón.

Una charla graciosa con un amigo,
dos pibes hablando con los anteojos puestos,
siete amigos bailando exactamente igual por un ratito,
3 pibes caminando por el medio de la calle.

El Paraíso,
el Espacio Exterior,
una escalera que no termina nunca más,
un amigo jugando al ajedrez contra la máquina,
un pibito que no entiende lo que está pasando.

La droga de los buenos,
la de los mejores,
la de los increíbles.

Una foto satelital de altísima resolución,
un chico haciéndote una pregunta interesante.

Un abrazo re sincero.
Muchos recuerdos juntos que te hacen cosquillas en las piernas.

El Paraíso,
el Espacio Exterior,
las cosas que nadie entiende.

Un chico con los ojos cerrados,
unas zapatillas para saltar mejor.

Un perro de la misma raza que el chico que te gusta,
un amigo hablándote del campo a las cinco de la tarde

y en el momento en que iba a escribir que tomaba mate
tomo mate.

Un sueño re lindo,
un momento agradable para estar en.

El Paraíso,
el Espacio Exterior,
un chico imitando el ruido del viento con la boca,
una esquina mal iluminada.
Dos pibes con capucha fumando porro.
Un poema que empieza y termina como vos querés.

El Paraíso,
el Espacio Exterior,
un chico que te lo jura por dios,
una canción que viene con un sonidito increíble.

El Paraíso,
el Espacio Exterior,
saber que está todo bien.
Un chico con un tatuaje de Michael Jordan,
una pastilla que te pone como superhéroe.

El Paraíso,
el Espacio Exterior,
un pibe bailando re bien con las mejores zapatillas,
un tema que te da ganas de vivir
y otro, que viene después, que te da ganas de vivir más arriba.

El Paraíso,
el Espacio Exterior,
un festejo de gol igual a un súper pico de pastilla,
los mejores chicos para estar enamorado de.

Un poema re fácil de escribir,
un chico re lindo de ver sin remera,
un arquero que achica bien en el mano a mano.

El Paraíso,
el Espacio Exterior,
la sonrisa de éxtasis más linda de la fiesta,
mucha gente levantando las manos al mismo tiempo.

Estar bien,
estar re bien.
El árbol más alto del pueblo,
un tema que te hace despegar.

El Paraíso,
el Espacio Exterior,
una carrera de acá a la esquina,
una cosa que se me acaba de ocurrir,
un poeta con la mirada puesta en.

Media pastilla de éxtasis en el bolsillo de la campera que
más te gusta.
El Paraíso,
el Espacio Exterior.

(De *Increible*)

FANTASMITAS

Va Mario Bros caminando con Dr. PacMan
por la famosa calle de la realidad
y vos sentado en una silla escuchando todo lo que tenés que
hacer.

Tenés
por ejemplo que escribir poemas centrados
para que con ellos los chicos puedan construir
caños de cobre que esa misma tarde
en esa misma calle de la realidad
pero un poco más al costado
colocan en la plaza y se la pasan
haciendo pruebas muy difíciles pero a la vez muy bonitas
como el flip slide caño caño
o el doble triki sin remera
que consiste básicamente en lustrar los caños de cobre
con la panza de la tabla
(y hacerlo sin remera).
Esos caños de cobre lustrados
fueron hechos con la misma fibra con la que escribiste
poemas centrados. Tenés que escribir
además
poemas corridos.
Estos servirán para abastecer
la gran red de energía eléctrica
que está al servicio de la ya famosa realidad.
El proceso es así:
agarran tus poemas corridos
dicen esto está mal
esto está bien
esto no rima
esto no está pero lo veo igual
(fantasmitas).
Una vez que ya se sabe todo esto
pasan el poema por una maquinita
(es la misma maquinita
con la que los chicos hicieron los caños de cobre
solo que usada para el otro lado).
Entonces de ahí sale energía que se pasa al cableado

y así se iluminan las ciudades.
La iluminación de las ciudades es una cosa importante
aunque no lo parezca. A mí, personalmente
me gustan las luces rojas
las verdes, las amarillas. Me gustan las luces de mi cabeza
cuando están prendidas o cuando están apagadas.
Me gustan las luces con efectos
me gustan los chicos con defectos
y me gusta que vaya Mario Bros caminando con Dr. PacMan
por la famosa calle de la realidad.
No me gusta, en cambio
tener que escribir poemas torcidos.
Pero los poemas torcidos
son los que se usan para volver a la corriente. La técnica es así.
Como sabíamos uno se venía cayendo de la famosa calle de
la realidad,
porque esa es una calle resbalosa
además de angosta. Y como sabíamos
hay mucha gente caminando por la famosa, angosta y resbalosa
calle de la realidad. O sea que es casi imposible
no caerse. Pero como sabíamos
vos tenías que escribir poemas torcidos
que para que se los figuren
son como unas cañas de pescar, sólo que torcidas. Y para
que se lo figuren
si vos sacás tu caña de pescar y tirás el anzuelo para la calle
de la realidad
como la caña está torcida, inmediatamente se te traba en un
arbolito.
Es el arbolito que te trae a la realidad.
Abrazemos al arbolito.
Ahora sentémonos un rato a la sombra del arbolito.
Y veamos
si queremos

como los chicos hacen pruebas cada día más hermosas
como el viento mueve las hojas del arbolito
como tu chico se saca la remera porque tiene calor
y porque tiene lindo cuerpo.
Y como el mundo sigue dando vueltas
un día es de día al otro día es de noche.
La gente que hoy conocés mañana ya no la conocés
los problemas se hacen chiquitos
las civilizaciones se van
y tu chico tiene lindo cuerpo
y vos tenés una capucha
y por ahora todo marcha más o menos bien.

PLAZA LA MUERTE

El otro día me morí
y en la muerte había un chico andando en skate
Le digo eh muerti
me dice eh marian
le digo eh capucha todo bien
me dice eh feo qué contás
le digo ah o sea que era mentira eso de sk8 or die
no me dice nada
no le digo nada
y me pongo a caminar por la muerte
para ver como era.
Más adelante había unos chicos jugando al basket
les digo aguanten los Bulls
me dicen aguanten los Pistons
hacemos choque los cinco y tiramos sonrisita
demostrando una señal de respeto
onda vos sabés de NBA
yo sé de NBA

distancia y respeto.

Más adelante había una placita con banquitos re lindos
para sentarse a pensar.

¿Qué hice?

Me senté a pensar.

En este punto quizás sea bueno
aprovechando que estamos hoy todos aquí reunidos
bajo este sol tremendo

alrededor de esta luz hermosa
y rodeados por estas montañas espléndidas
explicar de qué la fueron mis pensamientos
en ese banquito de la plaza la muerte.

Bien, al principio los pensamientos tenían la forma de una
moneda dorada

de mucho valor

pero poco brillo. Luego
se me aparecían intermitentemente caras bonitas
de chicos bonitos
con ropa bonita
y actitudes bonitas.

Ejemplo:

un pibito desamparado con capucha
esperando el tren en estación Haedo.

Le guiño un ojo,
me guiña el otro.

Ejemplo:

un loquito de acá a la vuelta con brillo en los dientes
que me sonrío y me dice marian
cuando quieras estamos acá en la cortada
venite, trae churros que fuego sobra
(el fuego era él).

Pero luego, lamentablemente,
los pensamientos se esfumaban
o, más bien, se disolvían

en lucecitas brillos y recuerdos de electricidad.
Más adelante
por la calle que une al desmayo con la muerte
me encuentro con la vía.
Junto a la vía, un kioskito.
Pido una Coquita de vidrio
me la dan
y me siento en el pasabobos a tomar Coquita de vidrio
con mi amigo Pocavida.
Le digo eh Pocavida tanto tiempo
qué hacés acá
vení a tomar una Coquita de vidrio conmigo al pasabobos.
Y así fue.
Nos ponemos al día
él se pone mi shorcito blanco de All Boys
yo me pongo su shorcito negro del Necaxa
y cada uno sigue pues por su rumbo
porque la vida más allá de cualquier explicación
que se le pueda encontrar
consiste en agarrar un rumbo
cada uno el suyo
y a lo largo de ese camino
ir cruzándose con los rumbos de otros.
Cuando muchos rumbos se juntan
se forma una avenida
que también se conoce como Amistad
Familia o Grupo.
Estas avenidas
pueden ser más o menos anchas
y a su vez
más o menos largas.
Lo cierto es que al final
cuando la calle de tu propio rumbo
se acerca a la muerte

entonces se va transformando en un pasadizo cada vez más
angosto
oscuro e incómodo
en el que al principio sólo cabe uno mismo
pero al final
ni siquiera cabe uno mismo.
Yo lo digo porque estuve en la muerte
(el otro día me morí y en la muerte había un chico andando
en skate
le digo eh muerti
me dice eh marian
le digo sabés cómo vuelvo para atrás?
y me lo dijo
pero yo
a ustedes
hoy aquí aprovechando este sol tremendo
y la compañía de este bonito perro que descansa a mi lado
ey, perrito, buen día
estoy leyendo un poema
poneme atención.
Les decía
yo
hoy
a ustedes
junto a mi perro
lamentablemente
no les puedo decir cómo volver para atrás.

(De *Hielo locura*)

VALERIA TENTONI
(Bahía Blanca, 1985)

Publicó los libros de poesía *Batalla sonora* (Manual Ediciones, Chile, 2009), *Ajuar* (Ruinas Circulares, Buenos Aires, 2011) y *Antitierra* (Libros del pez espiral, Santiago, Chile, 2014).

NÚMEROS ROMANOS

De habernos acordado antes
deberíamos haber pedido
ser jabalíes.

Aspas de un molino de provincia.
Tétanos, tuberculosis,
fiebre.

Todos los alientos del incendio.

Un milagro, querida,
que no hayamos muerto en batalla.

Los heridos se cuentan
con números romanos.

CUARENTA HIJOS

Los vientres van muriendo en fragmentos.
Primero nos abandona la sangre
pero después los nombres de los hijos
que no hemos tenido.

Nombres que ensayamos en muñecas de plástico,
que anudamos con cintas de seda rosa
a un recuerdo enmohecido, como los silencios
que nos guardamos
en el estómago.

La sangre que nos llueve
anunciando la herida,
como si hiciera falta
subrayar la demora.

Pensé cuarenta nombres para mis dos hijos,
y a todos lloré el día de mi menarca
cuando comprendí que los estaba gestando
a mis cuarenta hijos arlequines
a mis cuarenta hijos ancestros
de mis muchos nietos.

A mis cuarenta desdichados hijos
de los que he parido ninguno.

(De Batalla sonora)

FLAMENCOS

Dicen que esos son flamencos
pero no me alcanza la vista. Dicen

que hay que tener cautela con el bramido
lo que puja y dicen que es espuma pero yo veo
un rebaño, lomos surtidos de marrón glacé.
Lo que se acerca y arrastra la arena.

Y el animal líquido lastima la lona
granulada de la costa
con caracoles apenas enteros, una defensa
contra los descalzos,
lengua las gaviotas que quedaron idas
en la dársena fucsia del fondo
justo sobre los que (dicen) flamencos
detrás del médano
más acá del faro.

Nadie que sepa bracear debería
irse demasiado lejos: el que conoce la fuerza propia
es el que sabe medir primero la ajena.

DIOSMÍO

Yo veo al pájaro incandescente cruzar el álgebra
lo veo ir
como una flecha luminosa cruzando el número
yo veo al pájaro, levitando, entre los rieles del número
el pájaro que es una cifra entre toda la nada
el pájaro que gorjea, y se parece un poco a la piedad.
Yo veo al pájaro y su constelación de sombras
ir y venir entre los tendales, ir y venir, meciéndose
al aire yerto de la mañana dejándose cruzar por el pájaro
al aire que es también un hijo pequeño y distante.
Yo veo al pájaro, diosmío, también lo veo
y nadie duerme al cuento cuando debería

y menos todavía el pájaro que cruza y se trenza en el cableado
y después
sale revoloteando como un monstruo marino
entre la miel blanca del cielo y las nubes como mantas
en las que se acuna el hijo
entre las que el hijo mama
y el pájaro cruza los ojos del hijo
que piensa en los ojos del pájaro
que de diminutos y fusilados resplandecen
como piedras amarillas
y lo ciegan
hasta que la sombra y la noche y el sueño
son una sola aureola seca.

(De *Ajuar*)

ARTE POÉTICA

La poesía debe ser
—sospecho—
aquel interregno entre
la palabra
y el silencio.

Mejor aquella
superposición de la palabra y el silencio,
y su producto:
una interferencia.

Entonces el relieve.
Por caso: el holograma.

Un ángulo, siempre.

Nada que pueda descubrirse
visto de frente.

La sensación óptica del sonido.

(De *Hologramas*, inédito)

ESTE ES MI AÑO NUEVO:

no te necesito, diciembre. Hice todo bien,
hice todo mal.

La felicidad es una cosa muy precisa
que no hace tanto ruido como pensábamos.

Algo empieza, algo termina,
todo se hilvana con la gracia

de lo que se completa a nuestras espaldas.

Hay una foto de Pizarnik en mi cocina, ella mira las hornallas.

Me gusta echarle la culpa

de todo lo que se me quema. Le hablo,

no me importa si ella no fue la que yo ahora digo que es:

ésta es mi versión del asunto,

lo que resulta de manosear las palabras y las cosas.

El repasador está sucio, a alguien se le quemó en la punta.

Por unos segundos fue un incendio posible, pero al final no.

Una vez un chico me dejó. Era escritor y me decía
que no me convenía insistir con esto.

Un tiempo después publicó un cuento

en el que hablaba de mí y decía que yo no era lo bastante
hermosa.

Contaba nuestra historia, desde el principio.

Contaba, sobre todo, su rechazo.

Él no lo sabe, pero con eso me convirtió.

Ahora es personal

y siempre va a ser personal.

No sé por qué digo en los poemas cosas
que me arruinarían el almuerzo.
Lo que no es excesivo no vive, me enseñaron,
pero no vale la pena destruir una mañana como esta
para escribir.

Contaron nueve planetas y no se quedaron contentos. Se dijeron
que debía haber uno más para completar el número perfecto.
Lo llamaron Antitierra, el décimo planeta ficto. Estaba justo
debajo de la tierra, por eso no podíamos verlo.
Como alguien que llega desde atrás y te tapa los ojos,
te pregunta *quién soy*.
Nos engañamos con paciencia, nos esmeramos.
Alguien nos falsifica y dice que lo hace por nuestro bien.

Las moscas insisten contra el vidrio porque no tienen la culpa
de que nosotros hayamos endurecido lo invisible.

Un día vas a hacer una marca en la cocina con aceite hirviendo.
Yo voy a estar ahí, mirándote rescatar la comida.
Yo voy a estar ahí, donde estuve también antes pero no.
Estas son mis biromes secas, todo lo que tenían para decir.
Todos esos decimales que aparecen
detrás de la coma. La base aritmética
de la mentira.

Cuando empecé esto estaba contenta,
ahora también
pero no:
el corazón es un animal que habita otro animal.

El problema es que siempre contamos las cosas
con los dedos de las manos.

Hice todo bien, hice todo mal.

Ahora solamente quiero
callarme la boca
lo mejor posible.

EL AMOR ES UN TORO MECÁNICO DEL QUE NADIE
SE BAJA CON ELEGANCIA...

Una atracción de feria
abandonada,
desafiando la intemperie.

Todos se paran frente al toro y se dicen
Yo puedo con él. Todos, sin excepción, confían
en sus talones
y se montan a la violencia eléctrica
de su lomo. Confían todavía cuando el movimiento
se inicia,
como si una mano poderosa e invisible
echase una ficha al aparato
sin previo aviso.
El clic metálico se recorta en el sonido,
una topadora minúscula
derribando
al silencio de un empujón. Entonces todo comienza, y ya
no hay manera
de emproljar el cuerpo, esa forma
de la que antes creíamos tener dominio y que ahora
se nos revela
como si hubiese estado esperando su turno
comiéndose las uñas
desde que le pusieron nombre.

Si yo fuese un ratón
preferiría
perder mi cola en la trampa
antes que mi queso.

Una y otra vez.

(De Antitierra)

VALERIA MEILLER
(Azul, 1985)

Publicó *El recreo* (El fin de la noche, 2010), *El mes raro* (Dakota, 2014) y, en coautoría, *Prueba de soledad en el paisaje* (Mansalva, 2012).

AGUADA

*

Durante una inundación, los más fuertes
se reúnen arriba de un árbol.
Con el agua en todas partes, la familia en el techo.
Hacer un barco de la pata de la cama. Una vela de sábana.
La primera solución es trepar. Transparentes,
padres, abuelos y embarazos.
Los niños en el techo chupando
su ración de hueso preguntan
¿Dónde estará el sol? Y fosforecen

Otros florecen además. Niños transparentes nacen bajo la lluvia.
La partera a nado
asiste a las madres sin dar abasto. Un perro la sigue.
Los más chicos sacan la lengua y beben la lluvia.
Muchas gotas es varón, entonces eligen un nombre.

*

Algunos rezan de rodillas sobre una chapa roja. Último bebe.
Bebe de rodillas en el borde del techo, toda
la cara en el agua, la nuca al cielo.
Con la panza hinchada y el agua en la chimenea casi, el agua
en todas partes...

*

Pongo las manos en el agua por vos y se tira
de cabeza al campo para buscar
más recipientes donde poner el agua, las últimas
cinco cacerolas de barro, tres
grandes recipientes de lata.
Dos lecheras, un balde que no arrastró
en los estantes de la despensa la corriente.
Y se mueve por la casa como si no
nadara, con tanta soltura...

*

Después de una semana de lluvia, una cabeza
es cuajo amarillo. Veinte cabezas, una mina de azufre.
Tristeza de leche agria hace llorar
ni tragarse un hueso va a salvar el brillo.

*

Cuando la mitad del cielo es la mitad del cielo y la mitad
de la tierra la mitad, alguno
traza con una piola la línea y dice: éste es
el horizonte.
Lo que queda, de mi mitad para tener,
es un corral de cardos y dos
animales flacos no dan para comer

*

Al octavo día es difícil
encontrar suficiente paja
donde posar el ojo. El agua
una ola chata solamente
se crispa cuando cae una gota.

Por eso, cuando la lluvia es dura
cortina de agua la superficie
del campo una tormenta marina.

Todo sucede por derivación:

*Si madre permite me baño
la cara de lluvia al cielo y si no pasa
cuando caiga otro hermano con nombre
pesado de gota entonces
ahueco un coco para hacerle una cuna.*

*

Un deseo:
cuando la rana deje de croar
escabullirse rápido hasta el corral soleado.

*

Así termina el cuento de la noche
para los niños el primer día de lluvia:
acurrucada al borde de una hoja
antes de dormirse la menor pregunta
¿Volverá padre? Y se queda dormida.

*

Cuando Último estira la mano, madre
apenas sabiendo nadar se arroja
por el amor del borde del árbol. *Madre
de la matriz del living al cordón del piano está*

hamacándose una canción de cuna.
Un anillo de rama de muérdago
hace sangrar el dedo.

Un anillo de rama de muérdago
hace sangrar el dedo y la unión
se disuelve. Después de tantos años florece
de carretel el círculo de tu panza. Un camino
va del hueso a la muela
de la muela a la primera nana. Así
se crece hasta llegar al último
arorró con leche pegado a la tapa.

*

Va a dar una vuelta de barro en el fondo del pozo.
Va a poner la casa en un barco para remar lejos.
Del barro a la casa va a levantar una vela. Una llama
para escapar del monte por un hilo de agua.
Para coronarla, de flores va a ponerle en el cuello
y en el pecho el curso del río.

La orilla queda lejos en el sueño. *De tanto
crecer, madre, algo sucede.* De agua y de tierra.
Dios es apenas una divisa, se va a secar
en el pecho desnudo si con el viento
aumenta la corriente.

*

Si se inunda el fondo del aula
y en la escuela corren todos
al burro suben a mano los libros
de la pata al cuerpo, así
hasta el cuello.

El juego termina en la segunda rueda:
*en la merienda, madre, quiero ser del color
de la flor que llevás en el cuello. Y si la tarde
es más larga, en la espera, subo la montaña al carro
y la mudo.* Para las seis:
un montón de guardapolvos y de dientes
son el tesoro de una rata de leche.

*

¿Por qué las casas quedan lejos de los pozos?
—Último la tinaja
pesada en la cabeza pregunta.
Cortando camino de la casa
cuenta en silencio la cantidad de pasos.
Si se distrae, deja caer el balde,
las manos en el barro, seguro pierde la cuenta.

*

Si la pena es más grande se hace
a un lado madre, empieza
el niño a cepillar el pelo
larguísimo de la niña hasta que diga basta.
Del pétalo se desprende una oreja
de conejo, esas flores de durazno. Se pone
de costado la palabra, la costilla
que el primer hombre dio a la primera mujer.

*

Hacia dónde va, Último bien no sabe. Corre.
El aire en la panza del agua se infla.
Que todavía queda resto y no hay canal
que no se salte cuando el valiente
como el malón, como el ganado,
como la tropa sigue a la yegua madrina.

Para ser libre —se dice— hay que probar el fondo
de los pulmones exigido al máximo. Las patas
levantan polvo al camino en la seca, y en el barro
dejan la huella del propio paso un hueco.
Hay que querer llegar al fondo de las cosas —repite—
aunque el potrero termine en alambrado, la propiedad
del hacer es privada y el horizonte traza
recto siempre el mismo dibujo.

(De *El recreo*)

LA SUMA DE TODOS LOS PASILLOS

En septiembre,
se esconden de los vendedores de zapatos, duermen
en los mocasines como nuditos
de carne agrandan el espacio de las hormas.
Los recién nacidos sirven
para ablandar el cuero, las suelas nuevas de la paternidad.
Es cierto,
asoman al mundo por los tobillos de sus madres.
En el cajón de las criaturas y las medias, nada
es extraño. La vida no es una caminata.
Mi padre es un pescador con olor a colonia, tu madre
una maestra en traje de tweed.

Nada es extraño: los médicos pasean en bañadores
de lana cada verano en los pasillos.
Hay hospitales como nubes, con habitaciones en el cielo.
Ahí se siembra y se cosecha
la vida fuera de la vista de todos.
A la muerte de los padres se llega por una puerta de barro,
a la vida
se llega tibio —como un budín.
El agua corre helada atropellando un valle de enfermeras.
Los sacerdotes
atropellan glaciales su valle
con el Salmo 23.
Los niños tímidos acaban
en la profundidades de las rocas y los anillos de bodas no
contienen a nadie, no protegen. Sin embargo
avanza por el vacío del oro la familia
hacia el norte en su ferry marital.

(De Prueba de soledad en el paisaje)

CONEJOS

En el futuro de la casa de campo hay pájaros y ellos parten olvidando una valija que no será indispensable. Aceptan el destino con voluntad, como aprendieron a ahogar crías en los bebederos: es necesario y la necesidad es la forma que conocen de la alegría. Actúan de acuerdo a sus rudimentos, desde la primera caza de conejos.

Es el verano de los cartuchos suaves, agazapados para el tiro al salto, vestidos del color de la maleza. Corre un año en que todos los conejos del coto caen enfermos y eso los impresiona tanto que algunas noches sueñan con largas

hileras de animales muertos y se despiertan para tocarse los brazos y saber que no llevan escopetas. Ella elige las armas y determina la cantidad de balas cuando recibe la noticia. Él llega en mitad de la mañana con la cara partida de sorpresa para decirle —las vacunas no funcionaron. El destino es un misterio ingobernable: la muerte benévola y mansa cediendo ante la muerte benévola y mansa.

En la víspera de la navidad visitan a las hermanas. El monasterio sólo existe en el filo silencioso de la siesta y el ladrido de los perros cortó el aire. El misterio que corona las catedrales es el silencio y las familias lo aprenden al asomarse al círculo del oro. Todo es amplio porque alguien creyó que los seminaristas serán muchos. También los cerdos, las gallinas y los conejos. Una monja le pone un conejo blanco entre los brazos, lo levanta de una jaula inmensa donde se agazapa tras una pila de heno. A ella le cuesta tomarlo porque el animal tiembla y sabe que en el principio, como en una mañana glacial, existe la idea de la muerte. Mientras lo sostiene, la mujer con el pelo cubierto dice que pronto van a sacrificarlo y el animal tiembla.

Cuando se van, imaginan que las hermanas ordenan todo rápido. Barren, laven los cacharros y los ponen en su sitio, de tal modo que parezca que nunca recibieron visitas. Que no vaya a pensarse que las monjas y los conejos son lo mismo, ellas no ceden ante el milagro de la vida y es difícil no pensar en eso.

—Lo que hacés primero es partirle el cuello. Le cortás la cabeza y después, lo pelás.

Quitarle el cuero a los animales se convierte en un acto de amor, el trabajo del cuchillo separando con ternura el abrigo de la carne. Viven los sacrificios con gratitud, se alegran en

la temporada de caza. Y ahora que los conejos están todos enfermos, la pólvora se humedece como la mañana y los armeros se llenan de tierra.

22 LONG RIFLE

Para el chico, lo único claro es golpear la punta suave de un percutor anular, el olor a pólvora un segundo después de ver salir una estela de humo —los ritos de batalla, tras su máscara de violencia, guardan secretos que los que disparan protegen como beatos. La pólvora lo hace pensar en el aroma del fósforo en su casa: las osamentas secas que traen los perros por la mañana, encender la salamandra en invierno, hacer tamborilear el tanque de agua para los baños de la noche.

En un cajón del escritorio hay un container de municiones importadas, cien cartuchos prolijamente dispuestos sobre sus orificios bajo la etiqueta azul de 22 long rifle. Cuenta once adentro del cargador sin furia y se encarama apoyándose contra la estructura de hierro que sostiene la parra.

Hace buenas agrupaciones. Apoya el arma contra el hombro, en la parte de adentro, y después de tirar siente la tensión sobre el músculo. A veces la tirantez se convierte en un dolor agudo, y otras en un calambre enérgico que le impide terminar de levantar el brazo. Igual continúa, y recién cuando la recámara está vacía, se acerca a mirar por donde entraron las balas, apoya las yemas sobre la madera buscando el orificio redondo, distinto de las estrías naturales del tronco.

Cada detonación es un bálsamo. Aun cuando de noche el ruido de las percusiones lo haga soñar con estampidas que pasan destruyéndolo todo —a veces son búfalos, otras simplemente ciervos. Las noches aterradoras, sin embargo, sueña

con pequeños conejos, gazapos que no alcanzan el tamaño de un terrón de azúcar.

(De *El mes raro*)

UN CABALLITO NEGRO

La voz de madre se les mete entre ceja y ceja.
¿Qué hora es? ¿Dónde están?
Supongamos que duermen, que en medio de la fiebre caminan tomados del meñique, acostumbrados a la intemperie que los une —el contorno igual de nariz o el apellido que estampa al resto de la familia atrás. Afuera las margaritas, las hormigas, ninguna amenaza. De la casa propios dos nombres de varón y un tercero de nena. ¿Qué hora es? ¿Dónde están? El más grande dice: ¡Nieva! y las ideas de los otros blanquean. La arcilla interior cae. En los estantes la porcelana se araña para contener la tormenta que gotea en la cocción del arroz y su punto. En el cuenco las visiones hierven, levantan. Por el blanco del ojo pasa una procesión de patas, van las vacas hilan por la colina un tapiz de varios puntos. La voz de la madre se les mete entre ceja y ceja, se alejan por las ondulaciones, por el salto del terreno doméstico que los empuja. El bautismo de los objetos y su función —eso que de día es claridad. La cuchara en la boca, la losa, el filo de todos los cubiertos. El paisaje

también cambia: los niños cuando duermen
abren una fisura, son los corderos
de las órdenes diurnas —comé, vení, andá,
vestite— que duermen para que no venga el lobo.
¿Qué hora es? ¿Dónde es que se fueron?
A las madres el imperativo las templó, les da
el ánimo lácteo de una cadencia
poética, adquirida. La madre es la única que no
sueña —hasta el padre se aleja cuando cierra los ojos.
La madre ve cómo todos van. Las horas de dormir
no le devuelven el tiempo de los verbos.
La segunda persona —la única— apaga
todas las lámparas. Y —los relatos propios —suponiendo
que el sueño tiene una lógica
como atar un moño— ¿aparecen ahí?
¿Emergen de la fiebre en el cuarto del sentido?
La superficie del sueño es áspera
para el tacto del día. Nieva y los niños blanquean
como figuras de cal expuesta. Igual,
alguien siempre los separa, traza el día
para ellos con alguna pregunta.

(De *El libro de los caballitos*, inédito)

DE UNA EVOLUCIÓN

Yo te amé desde antes, ahora existe el rayo,
tijera de luz cortando el aire de la noche.
Los grillos se quedaron sordos y se frotan
las patas con arritmia,
una canción disonante, interpretada por tres cuerdas.
Las ranas croan porque temen al agua y las asusta,
nadie lo entiende, la tormenta.

Yo te amé desde antes:
desde el filo almidonado, en las enaguas,
cuando las horas eran blancas porque eran puras y no
porque eran, nada más, blancas. Te amé
cuando el gallo supo la hora exacta, mientras el día
se dividía del tiempo. En esa división, te amé sin saber.
En el norte riguroso de las cosas, en los naturales
regresos de los ciclos y sus correspondencias,
te amé, con y sin sosiego, en el ojo
burgués de la tormenta, con el parte doméstico
del aburrimiento de los otros.
Te amé con la certeza
de que al año siguiente, no importaban
los muertos, volverían
a caer las nueces de sus cáscaras y los hombres
arrastrarían el hierro
de los días para mantener el temple del fuego.
Te amé con la certeza en abril de la leña,
en verano de los leñadores y en invierno
de las tormentas que habían derribado los árboles.
Y ahora que no te amo, en mi universo
sólo existe, boreal,
la forma endeble de la nieve.
Los fantasmas regresan,
noche tras noche, sin lámpara que los espante.
Ahora que no te amo, en los pliegues planchados
son siempre cómicas las mangas de camisa.
Ahora que todo es
irreal, anónimo, fortuito: las vacas suben como cantidades allá,
en la cuesta,
enfiladas a la par prudente de los álamos como puntadas de hilo
que atraviesan el nácar sin brillo de un botón.

(De *Diez poemas largos*, inédito)

ÍNDICE

Prólogo	
Ezequiel Zaidenweg	7
Fabián Casas (1965)	25
Beatriz Vignoli (1965)	35
Carlos Schilling (1965)	45
Laura Wittner (1967)	55
Alejandro Rubio (1967)	63
Carlos Ríos (1967)	71
Sergio Raimondi (1968)	81
Sonia Scarabelli (1968)	91
Eduardo Ainbinder (1968)	101
Anahí Mallol (1968)	111
Martín Gambarotta (1968)	121
Silvio Mattoni (1969)	133

Pedro Mairal (1970)	143
Andi Nachon (1970)	151
Aníbal Cristobo (1971)	163
Claudia Masín (1972)	173
Claudia Prado (1972)	187
Marina Serrano (1973)	197
Cecilia Pavón (1973)	207
Washington Cucurto (1973)	215
Marina Mariasch (1973)	229
Denise León (1974)	241
Francisco Garamona (1976)	251
Javier Foguet (1977)	263
Alejandro Crotto (1978)	271
Martín Rodríguez (1978)	281
Clara Muschietti (1978)	291
Miguel Ángel Petrecca (1979)	301
Santiago Venturini (1981)	315
Marcelo Daniel Díaz (1981)	331
Mariano Blatt (1983)	341
Valeria Tentoni (1985)	357
Valeria Meiller (1985)	367

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles

Rector

María Teresa Uriarte C.

Coordinadora de Difusión Cultural

Rosa Beltrán

Directora de Literatura

Leticia García Cortés

Subdirectora

Víctor Cabrera

Martha Angélica Santos Ugarte

Editores

Penúltimos. 33 poetas de Argentina (1965-1985), serie Antologías, editado por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó de imprimir el 11 de noviembre de 2014. Composición tipográfica, formación e impresión: Grupo Edición, S.A. de C.V., Xochicalco 619, Col. Letrán Valle, 03650 México, D.F. La tipografía se realizó en tipos ITC-Baskerville de 8, 9, 10, 11 y 12 pts. y se utilizó papel Cultural de 90 gramos. Se tiraron 1000 ejemplares en offset. Cuidaron la edición Víctor Cabrera y el compilador.